



se

BIBLIOTECA

ORO

MICHAEL INNES
EL NUEVO LIBRO
DE SONIA

Lectulandia

Aquellos que buscan en este género literario una obra de verdadera originalidad encuentran en esta novela cumplida satisfacción a sus deseos.

Excepcional por la singularidad de su tema, ofrece motivo para numerosas situaciones trágicas, emotivas e incluso regocijantes. Es una muestra genuina del típico humor británico.

Veamos su planteamiento, en medio del mar, a bordo de un yate, durante una plácida travesía: «El coronel Petticate contempló a su esposa con estupefacción. Con dificultad podía creer en la evidencia que le mostraban sus ojos, o mejor dicho, de sus dedos, que acababan de comprobar el pulso de su mujer. Pero era verdad. La pobre mujer estaba muerta».

Lectulandia

Michael Innes

El nuevo libro de Sonia

ePub r1.0

Titivillus 05.06.2019

Título original: *The New Sonia Wayward*

Michael Innes, 1960

Traducción: José M^a Mas de España

Cubierta: Pablo Ramírez

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El nuevo libro de Sonia](#)

[Guía del lector](#)

[Primera parte: El coronel Petticate en el mar](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Segunda parte: Sensación en Snigg's Green](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Tercera parte: La nueva Sonia Wayward](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

ALSPACH: Escritor muy distinguido.

BRADNACK: Sargento de policía.

GIALLETTI: Notable escultor de bustos.

GIALLETTI (Timoteo): Hijo del anterior.

GLYDE (Thomas): Experto coleccionista de objetos bellos.

GOTLOP (Augusta): Célebre novelista, rival de Sania.

GREGORY: Anciano doctor, médico de Petticate.

HENNWIFE: Matrimonio al servicio de Petticate.

LIFTON (Clara): Bella muchacha, prometida de Timoteo Gialletti.

LIFTON (Daphe): Madre de la anterior y esposa de, LIFTON (Edward):
Notable escritor.

PETTICATE (Ffolliot): Dueño de un yate, coronel médico retirado del ejército y esposo de la célebre novelista Sonia Wayward y protagonista de esta novela.

SMITH (Susie): Una mujer muy moderna, tan parecida a Sonia Wayward, que sirve de «doble» de ésta.

WAYWARD (Sonia): Eminente novelista, esposa de Petticate.

WEDGE (Ambrose): Editor de las obras de Sonia Wayward.

PRIMERA PARTE
EL CORONEL PETTICATE EN EL
MAR

CAPÍTULO PRIMERO

El coronel Petticate clavó la vista en su mujer con estupefacción. Apenas podía creer lo que sus ojos, y aún mejor el tacto de sus dedos, acababan de descubrir. No obstante, la verdad solamente era una: aquella mujer estaba muerta.

El coronel Petticate lanzó un profundo suspiro, uno de aquellos suspiros que lo mismo podían ser señal de hondo pesar que secuela de una copa de más. De todas formas, no podía admitirse como simple explicación al descubrimiento que acababa de hacer; sin embargo, nadie había allí para observarle ya que en aquel momento el coronel Petticate se hallaba completamente solo.

En cambio no era así cinco minutos antes, entonces, allí estaba Sonia aprovechando sus vacaciones y bullendo animadamente dentro de su reducido espacio, adoptando para con su marido un aire de melosa irritación que en ella era característico. Ahora ya no estaba Sonia, sólo quedaba allí un objeto inerte y sin vida... El coronel Petticate lanzó una nueva mirada hacia el cuerpo sin vida de Sonia, al tiempo que comenzaba a sentir una desagradable sensación de náuseas.

Tal vez esto, como el suspiro, fuese solamente una reacción extraña de lo que acababa de ocurrir. ¿O se trataría incluso de un vulgar mareo? Su pequeño yate, ahora solamente suyo, se hallaba ciertamente algo inclinado por donde colgaba el ancla, pero no era más cierto que él estaba considerado como un excelente marinero a quien nada debía afectar aquella posición del pequeño navío. No, tal vez creyera estar mareado, pero la verdad es que se sentía presa, de terror. Sonia era la causa de aquel terror. Ella, que había ideado tantos quehaceres en lo que desenvolvía su vida sin ayuda de nadie, pero deseando siempre que el coronel Petticate pudiese confiar en ella. ¿Por qué, pues, el espíritu del mal se había apoderado de él?

Petticate adelantó unos pasos para asegurarse de que su mujer estaba realmente muerta. Siendo médico retirado del ejército no encontraba ninguna dificultad al hacer tales diagnósticos. Luego se sentó cerca del timón y fijó su vista en las aguas del Canal Inglés que lucían con brillo plateado en la penumbra del atardecer. Pero las aguas no tenían nada que decirle, su neutralidad e indiferencia eran absolutas. La muerte de la señora Ffolliot

Petticate, como la pobre Sonia había consentido que se la llamase en su vida privada, no era asunto suyo. Si él la había estrangulado o si la hubiera golpeado en la cabeza con un arpón, a las aguas del Canal nada les importaba. Además, la muerte de Sonia había sido completamente natural. Si a simple vista podía parecer monstruosamente anormal, era solamente debido a su propia y completa naturalidad que en aquellos momentos llegaba a producir un extraño efecto. El asesinato es harto natural; en la selva en donde más o menos el estado de la Naturaleza es perfecto, se produce continuamente. El suicidio es natural, aunque ciertamente nada pueda ser más sensible que suicidarse, incluso en medio de este mundo hecho añicos. Y a pesar de todo, asesinato y suicidio se presentan siempre como actos antinaturales e inexplicables al obstinadamente racional parecer humano.

Incluso el propio Petticate era eminentemente racional y no dejó de acusar el golpe que había sido terrible. No sentía ganas de llorar por Sonia y por un momento se sintió insensible, pero de pronto recordó que aquella misma mañana había leído en algún sitio que la muerte tiene a veces su origen en contenidos impulsos de hostilidad que llegan a crear fuertes deseos de matar. Así, pues, la parte de culpa que ahora le apesadumbraba, podía ser que fuese solamente tributo a la honesta tolerancia que durante varios años había observado para con su esposa.

Aquellas raras reflexiones le tranquilizaron un poco, aunque por otra parte, cosa curiosa, le sumieron aún en una mayor inquietud. Se levantó y dirigió sus pasos hacia el camarote. Sobre el ingenioso hornillo de la cocina económica estaban las patatas que Sonia había preparado minutos antes y junto a ellas aparecían cuatro chuletas listas para freír. Supuso que no le costaría demasiado comerse cuatro chuletas, pues su estómago era capaz de resistir aquello y mucho más, pero finalmente creyó más oportuno guardar dos para el día siguiente. Después de todo, el mañana podía significar la dificultad o tal vez el mañana y todos los días sucesivos, como siempre había ocurrido con Sonia, de cuya arrolladora personalidad formaba parte un delicioso y casi artístico sentido de la imprevisión. Hasta entonces tampoco a él se le había ocurrido pensar en el mañana, nunca hubiera creído que iba a ser él el superviviente de aquel matrimonio.

Lo que a su mujer le había ocurrido, siguió pensando, no podía ser más que algo relacionado con el sistema circulatorio; probablemente una embolia, pues era imposible dar otra explicación. Se trataba de una mujer sana y llena de vida que era capaz de llevar el ancla sin ayuda de nadie y había sido precisamente en el momento de llevar el ancla cuando Sonia había caído

fulminada. Sí, una embolia era lo que le había causado la muerte. ¿O tal vez fuese aneurisma la palabra que estaba buscando? Estaba poco práctico en este tipo de dictámenes después de su prematuro retiro a raíz de haber contraído matrimonio.

El yate seguía inclinado y junto a la puerta del camarote aparecía una zapatilla afelpada; muchas veces él había tenido que llamar la atención de Sonia acerca del aseo y limpieza interior del yate. Ella no era ciertamente una mujer pulcra. La mesa de su escritorio estaba llena de anotaciones y numerosos papeles arrugados y cuartillas escritas aparecían esparcidos por el suelo entremezclados con residuos de barro del calzado que no se había preocupado en limpiar. En la máquina portátil había quedado una hoja a medio escribir. El coronel se dirigió hacia la mesa para leer la última palabra mecanografiada: «impenetrables». Aquella última palabra hacía suponer que la siguiente, la que Sonia ya nunca escribiría, debería haber sido «ojos». «La miró con sus impenetrables ojos». Sin duda la frase sería aquella, pues Sonia, como toda mujer joven, había entresacado todo su vocabulario de D. H. Lawrence aplicándolo en sus escritos e intentando darle una forma personal. El coronel Petticate removi6 con la punta del pie los papeles escritos que se extendían por el suelo. «Opera interrumpida», se dijo a sí mismo, citando a su escritor favorito.

Era innegable que Ffolliot Petticate, como hombre razonable que era, había consentido convivir con aquella mujer aceptando desde el primer momento su modo de ser. Al principio incluso le había gustado de verdad; ciertamente no era una mujer corriente y a él le divertía en el fondo haberse casado con una celebridad. Porque Sonia Wayward era una auténtica celebridad y su nombre era familiar a lo largo y ancho del país. Incluso en las más ocultas e intelectuales bibliotecas no podía nunca faltar algún tomo de las novelas de Sonia que poco a poco se habían granjeado la admiración de un gran sector de público lo mismo en Inglaterra que en América. Todo esto significaba que había ganado mucho dinero y estas circunstancias le parecieron a Petticate francamente agradables. Sonia había llegado a gozar de un prestigio tal que no necesitaba, como ocurre en muchos casos, mantener a un marido inteligente y sofisticado completamente envuelto en la sombra. Además, si alguna vez Petticate se encontraba cansado del ambiente de su mujer, se refugiaba en una tertulia de amigos entre los que pasaba ratos deliciosos ironizando de cuanto en el mundo hay. Y por otra parte, Sonia era realmente

una mujer divertida. Su carácter animoso y humorístico era capaz de levantar el interés de una reunión que comenzase a resultar aburrida y él encuadraba perfectamente a su lado, pues una esmerada educación desde la infancia le había convertido en un hombre cortés y cordial además de inteligente. Cuando Sonia descubría en público alguno de sus caracteres masculinos, tales como su sobriedad y distinción, dotándole al mismo tiempo de una aureola aristocrática, el coronel Petticate suponía que, usando de la libertad que le concedía el ser su esposa, estaba explotándole en favor de sus propios propósitos. Esto había hecho llegar la situación hasta aquel actual punto desilusionado que por lo demás resultaba completamente desconcertante.

Muchas veces él había escuchado sin querer cuando hablaba por teléfono. Efectivamente, Sonia hablaba tan alto, que con el teléfono o fuera de él resultaba inevitable oír frases y asistir a conversaciones en las que no se intervenía. Cuántas veces se había encontrado metido de pronto en una tempestad de frases dirigidas a otra persona y le había parecido que era a él a quien se dirigían. En alguna ocasión le había llamado la atención algún punto interesante del diálogo y entonces se había esforzado y prestado deliberadamente atención a las palabras de su mujer, hasta que cansado, había dejado de escuchar. Esto es lo que ocurrió en aquella fatal ocasión.

—Pero cariño, te aseguro que deberías conocer a mi marido.

Estaba hablando, según a él le pareció adivinar, con alguien a quien no había visto desde hacía veinte años, circunstancia que naturalmente la obligaba a hablar en un tono todavía más ardiente del que en ella era normal. Siguió escuchando con interés.

—Debes conocerle, quiero que le conozcas. Ven a una merienda o a una cena. Te aseguro que Ffolliot estará presente, nunca se pierde una comida y te garantizo que es la criatura más original que hay en el mundo.

Aquella conversación telefónica hirió seriamente la susceptibilidad del coronel Petticate que la consideró como una consumada ofensa lanzada contra él. Aquello fue lo que ya nunca pudo olvidar y lo que ahora, viendo el cuerpo rígido de Sonia, había vuelto a su memoria con claridad actual.

Estaba, a pesar de todo, friendo la primera chuleta cuando comenzó a pensar que en el fondo aquello era deplorable. Aquel pensamiento era también su pequeño tributo a la completa seguridad que siempre había tenido de que su mujer no era de mala especie.

Se sentía asustado lo mismo entonces que cuando ocurrió el hecho y pensaba alarmado que debía adoptar toda clase de prudencia. Para él estaba claro que al lado de su esposa había ido convirtiéndose en un perfecto y

simpático dependiente y que para Sonia él era más que el pan y mantequilla, una verdadera atracción, era algo así como el caviar y el champaña. Imposible seguir así. Debía liberarse de aquella dependencia y la única solución era liberarse de ella.

En el plazo de una hora había liquidado prácticamente el contenido de una botella de *whisky*. Estaba acostumbrado a saber hasta qué punto podía llegar cuando bebía, pero en aquella situación todo era diferente y le pareció que el licor podía ayudarle a enfrentarse al presente, que tal vez se le presentara amenazador. Su aprensión iba en aumento y poco a poco le invadía una incómoda sensación de desánimo al darse cuenta de que se encontraba cada vez más mareado y metido de lleno en una situación francamente difícil. ¿Qué puede ocurrir si se llega a puerto llevando a bordo el cadáver de una mujer?

Lo más probable es que uno se vea obligado a pasar por interminables y molestas formalidades. Se levantó tambaleando y de un manotazo apartó la botella de *whisky*, se le acababa de ocurrir una idea. ¿Por qué no lanzar al mar el cuerpo de Sonia?

De nuevo se encaminó a la popa y se detuvo junto al cuerpo. Estaba anocheciendo y pensó que lo que hiciera debía hacerlo aprovechando la mortecina luz del día que terminaba. Vería lo suficiente para manipular por la cubierta y actuaría al mismo tiempo en medio de la más completa y silenciosa soledad. Se inclinó sobre el cadáver mirándolo con atención, estaba rígido y al intentar moverlo se dio cuenta de que había olvidado el extraordinario peso de los cuerpos muertos. ¿O tal vez era el *whisky* el que le impedía realizar una fuerza mayor? No obstante, en un supremo esfuerzo, logró levantar el cuerpo y mantenerlo en sus brazos. Sonia llevaba solamente una blusa de hilo debajo de su jersey y fue aquello lo que le hizo concebir una nueva idea, o mejor aún, removi6 en su mente una idea que antes había comenzado a producirse. Con toda seguridad aquello podía ser mejor...

Se pase6 nervosamente a lo largo de la pequeña embarcación, esforzándose en pensar que la medida que iba a tomar era la mejor solución, mejor que lanzar a Sonia por la borda en aquel mismo lugar del mar. Creía notarse ya más ligero sobre sus pies cuando un tropez6n le hizo rodar por el suelo advirtiéndole que su cabeza seguía todavía presa de las perturbaciones ocasionadas por el alcohol. Se levant6 a ciegas y encontr6 lo que estaba buscando, el bañador de Sonia que colgaba todavía del mismo gancho en donde ella siempre lo ponía a secar después del baño. Se dirigió hacia el cadáver con prisa, quería solucionar rápidamente aquella situación y pensaba que iba a ser difícil. No lo fue en efecto quitarle lo poca ropa que llevaba

puesta, pues Petticate conocía perfectamente dónde estaban las cremalleras y pasadores. Pero la segunda parte se presentó más laboriosa ya que el bañador estaba todavía humedecido y ella no le ayudaba como en otras ocasiones. A medio trabajo se detuvo un momento intentando cerrar los ojos desmesuradamente abiertos de Sonia. Tal vez fuera un viejo instinto profesional el que le obligaba a aquella detención o tal vez a él se lo pareciese así. Tal vez aquellos ojos quisiesen mirar por última vez a la criatura más original del mundo.

Pero siguió la tarea que se había propuesto y momentos después lanzaba el cuerpo de Sonia en bañador a las frías aguas del canal. Le costó mucho trabajo, pero finalmente aquel cuerpo familiar se hundió y desapareció perdiendo forma entre las olas. Convencido de su soledad el coronel creyó estar seguro del éxito de su macabra tarea. Tan seguro estaba que se equivocó completamente al creer en aquella absoluta soledad. Acababa de echar por la borda el cuerpo de Sonia y se volvía a estribor, cuando descubrió que muy cerca de él se encontraba otro pequeño yate. Aquel descubrimiento le produjo una horrible sensación de angustia que casi le impidió alcanzar el camarote en donde se refugió. Se acurrucó durante largo rato sin dejar de temblar ni un solo instante esperando oír alguna voz a la bocina, de la otra embarcación situada ya tal vez a su mismo costado, pero nada ocurrió; no se escuchó ninguna voz ni sonó ninguna bocina, sólo el rumor de las olas chocando contra la proa de su propio yate rompía el silencio impenetrable de la noche. Mas incluso aquel chocar continuo le producía terror, pareciéndole como si alguien golpease en el casco de su yate. Se le antojaba que era ella quien golpeaba pidiéndole ayuda.

No ocurrió nada. Se levantó y asomó la cabeza por una ventana intentando husmear en la inmensidad del mar; el otro yate se había alejado y ya sólo era una vaga silueta situada a lo lejos. Por lo tanto, podía comenzar a pensar que no había sido descubierto, aunque sí había estado muy cerca de ello. Afortunadamente no había escogido la parte de estribor para echar el cadáver al agua. Negligentemente había omitido dar un vistazo alrededor de su yate y la experiencia le demostraba que no podía permitirse tales negligencias.

Hizo un alto en sus pensamientos...

Tras estas consideraciones Petticate frunció el ceño y meditó un momento. ¿Por qué estaba dándose a sí mismo tales consejos? Aquellas recomendaciones eran las que podrían dirigir un compañero a alguien que se hubiese visto metido en un asunto feo o incluso en un crimen y él no se hallaba envuelto en ninguna cosa así; había sencillamente adoptado un

moderno sistema para deshacerse de un cuerpo privado de la vida y lo único que podía ocurrir es que en realidad su sistema ofendiera los sentimientos de mentes más anticuadas que la suya. Había actuado completamente desprovisto de prejuicios ya que con más de tres millas de mar por delante se encontraba en aguas legalmente internacionales y él era el capitán, y dueño de todo lo que podía ocurrir dentro de su embarcación. Podía decidir y tenía facultad para hacerlo sobre cualquier situación que a bordo se creara por difícil y comprometida que ésta fuese. Su actuación hubiese sido más correcta de haber leído el correspondiente fragmento de la Biblia que las circunstancias requerían, pero en la carga de su yate no figuraba todavía ningún libro perteneciente a tal literatura.

Era ya completamente de noche y la única luz que podía verse en la inmensidad marina, era la de su propio yate que ahora navegaba prácticamente a oscuras. No esperaba tropezar con ningún transatlántico ni que ningún gran barco de línea le echase a pique su pequeña embarcación, si esto podía ocurrir no era precisamente en aquella parte del océano. Algo seguía resultándole enigmático ya. ¿Por qué había puesto a Sonia el traje de baño? Le parecía que había habido algo raro en aquel extraño entierro marino. Estaba seguro de que su mente había planeado alguna cosa, pero no podía concretar exactamente. En cuanto lograra saber por qué la había lanzado al agua con su alegre bañador, acaso la situación le resultara menos complicada.

Completamente perplejo, Petticate, volvió a tropezar rodando nuevamente por el suelo de su camarote. Tal vez el *whisky* le ayudase a recordar; palpando intentó encontrar la botella, pero la botella estaba en aquel momento lejos de su alcance y no logró encontrarla. Se sentó cansado y de nuevo permaneció unos momentos completamente quieto escuchando el sordo rumor del mar. Aquel continuó chocar le resultaba familiar y era el que noche tras noche le ayudaba incluso a conciliar el sueño. Sí, efectivamente aquel era un sonido dulce y soñoliento.

Despertóse en medio de una oscuridad total y se sintió frío y con los miembros entumecidos por la humedad del mar, pero en aquel momento aquello no le importó nada, ya que de pronto acababa de sentirse invadido por un inexplicable sentido de terror. Llamó incoherentemente a su mujer, pero su mujer no le contestó. Se dio cuenta entonces de que algo irreparable había ocurrido, de que había cometido un acto injustificado y al mismo tiempo irreflexivo, algo que no ligaba con las razones de su sentir. Se puso en pie con

brusquedad y aquel movimiento violento acabó de hacerle comprender el porqué de lo que había ocurrido. Para no provocar sospechas de ninguna clase la había vestido con el bañador para que pudiese creer todo el mundo que Sonia se había desvanecido mientras se bañaba junto al yate, o lo que era lo mismo que su fatal ataque mortal le había llegado cuando ella nadaba cerca de la embarcación, sumergiéndose inmediatamente después. Seguramente aquello es lo que todos dirían ya que nadie, ni incluso los tripulantes del otro yate, habían asistido al desarrollo de los hechos.

Petticate caminó hacia la lámpara de proa y la encendió, fijó el rumbo y se volvió hacia el camarote, consciente de que dentro quedaba algo que él debía encontrar. Aunque lo cierto es que lo único que él podía encontrar lo llevaba dentro de su propia mente y le molestaba como una pesada carga y esto era sencillamente el peso de la conciencia. Sus pies se deslizaron por entre los papeles esparcidos por el suelo y de nuevo volvió a encontrarse junto a la máquina de escribir. La miró con ojos recelosos como si de un momento a otro pudiese comenzar a teclear por sí sola; estaba tan familiarizado con aquel repiqueteo escuchado durante tantos años que el click de sus teclas le parecía tan, normal como el sonido producido por el choque de las monedas de sus bolsillos.

De pronto le cegó una poderosa luz que casi le derribó. El efecto puramente psicológico duró unas décimas de segundo; en el camarote seguía luciendo una pequeña luz. Petticate se encogió de hombros, se pasó la mano por la barbilla, relajó los tensos músculos de su boca y respiró profundamente. Si en aquel preciso instante el ángel del recuerdo le había lanzado un reto, había llegado el momento de declarar que él, Ffolliot Petticate, M.B., R.A.M.S. (retirado) seguía siendo un hombre honesto. Después de todo no había hecho nada que traicionase la noble racionalidad dentro de cuyas creencias transcurría su vida. Se sentó delante de la máquina y escribió una sola palabra; luego leyó la frase completa. Su conjetura inicial no había estado demasiado equivocada pues la frase completa decía así:

«La miró con inescrutables e impenetrables ojos».

Volvió a leer las frases anteriores intentando estudiar su sentido y de nuevo pulsó las teclas de la máquina, muy despacio y pensando lo que escribía:

«La miró con inescrutables e impenetrables ojos en los que nada podía leerse».

Creyó que de aquella forma la frase tenía más sentido. Puso punto final y se sintió aliviado al pensar que a Sonia le agradaría saber, si es que podía saberlo, que su «ópera» había dejado, de ser «interrupta».

CAPÍTULO II

—Me he leído las primeras treinta mil palabras —dijo Petticate—. Verdaderamente delicioso. Sonia está en su mejor momento y usted sabe, como yo, lo que esto significa.

Petticate se hallaba cómodamente sentado en la oficina del editor de Sonia, Ambrose Wedge. Una oficina en extremo destartada desde el mismo día en que el padre de Ambrose Wedge la había inaugurado tras comprarla a un oscuro y arruinado agente literario de la última época victoriana. De esta sencilla forma, el padre de Ambrose Wedge fue creando poco a poco la editorial Wedge, que nació al mismo tiempo que la propia edición lo hacía en Inglaterra, arriesgando tal vez diez libras por «El paraíso perdido», para ayudar al poeta Milton o socorriendo temporalmente la gallarda indigencia de Fielding o de Steele. Continuaban todavía jalonando las paredes de la oficina los viejos cajones barnizados en negro, en los cuáles se guardaban o se habían guardado originales manuscritos de clientes famosos. Los nombres de los clientes antiguos ya casi no podían leerse pues que la tinta había ido amarilleando con el paso del tiempo y en la mayoría de los casos el nombre de un nuevo cliente había sido escrito encima del anterior. A pesar de ello todavía era posible descifrar entre los viejos a *miss* Emily Bronte, William Kordsworth Esquire o El Autor de Waverley, mientras que entre los escritores actuales ocupaba un puesto preeminente el nombre de Sonia Wayward. Petticate se fijó en ello complacido. «Obras de Sonia Wayward» leyó perfectamente desde su asiento.

—¿Sonia en su mejor momento? —preguntó Wedge hundiendo su piramidal estructura dentro de un enorme sofá de piel—. ¿Pero es que ha tenido algún momento diferente? Siempre ha sido un placer leer las obras de Sonia Wayward, ¿no lo cree usted así?

—Infectivamente —respondió Petticate convencido.

—Su lectura no cansa en ningún momento —siguió diciendo el editor.

—Nunca. Este nuevo libro es una obra maravillosamente verde.

—¿Verde? —preguntó Wedge a quien una sombra de duda o tal vez de alarma le obligó a contraer sus facciones—. ¡No es posible que ella rompa con su tradicional línea de conducta!

—No, no, nada de eso —se apresuró a replicar Petticate intentando aclarar conceptos—. Solamente he querido decir que su escritura tiene una maravillosa cualidad de lozanía y verdor poco común.

—Eso es verdad —afirmó Wedge alegrando ostensiblemente su rostro—; a la misma altura que cualquier otro de los más serios autores de la actualidad es capaz de seguir el camino que se ha trazado, sin torcerse en ningún momento a un lado o a otro. Por eso yo estoy seguro de que nunca cambiará su rumbo y en realidad nunca lo ha cambiado; si esto hubiese ocurrido se habría vendido a sí misma matando el libro siguiente antes de salir a la luz.

Petticate movió la cabeza afirmativamente.

—Estoy seguro —dijo— de que Sonia nunca hará eso, ni yo se lo permitiré por poco que pueda.

—Perfecto, me consta que es usted de una tremenda utilidad para su mujer.

En un gesto que parecía de forzada afectación, Wedge sacó de dentro de un cajón la caja de los cigarros y alargándosela al marido de su admirada autora le invitó diciendo:

—Fume, son habanos.

A Petticate no le pasó por alto aquel desmesurado afecto y tomó un cigarro.

—Sé que algunas veces tienen ustedes sus choques, pero eso es cosa normal —dijo mientras encendía el habano.

—¡Ya lo creo que sí! Usted conoce a Alspach —Wedge miró a Petticate con una sonrisa conspiracional—; si exceptuamos a su distinguida esposa, Alspach es indudablemente el escritor más distinguido de toda mi amplia lista. No me equivocaría afirmando que es único en su género, en la misma línea que un O. M, y algunos otros; pues bien, usted conoce sus libros. Siempre el mismo tono sombrío y estilo melancólico lleno de profunda humanidad; sus obras destilan tristeza e inspiran compasión. Uso fue Alspach, tan majestuoso como *mister* Humphry Ward y por añadidura un genio, hasta que la desgracia se cebó en su vida privada.

—Siento saber esto —interrumpió Petticate—, lo ignoraba.

—Naturalmente, yo también —contestó Wedge y siguió hablando lentamente—. Desde un punto de vista profesional, es decir mirándolo profesionalmente, el hecho ocurrió así. Su esposa se volvió loca y casi al mismo tiempo su único hijo se mataba en los Alpes. Por otra parte, a su anciano padre, con más de ochenta años le metieron en la cárcel y para colmo de desgracias los médicos le dijeron al propio Alspach que pronto quedaría

ciego. Sinceramente amigo mío, al enterarme de aquellas noticias esperé recibir en el correo de cualquier día una obra de Alspach que acabara para siempre con todos los demás Alspach anteriores, dejando en la sombra del recuerdo aquel estilo musical y triste que yo tanto admiraba.

A Petticate no le interesaba conocer dramas ajenos y cortó diciendo:

—Bien, dejemos a los pobres diablos desheredados de la fortuna y mantengamos un caritativo silencio a su alrededor.

—Un momento —prosiguió Wedge—. El manuscrito llegó pero como yo esperaba completamente descarrilado del viejo camino de su autor. Allí ya no quedaba nada de Alspach. Tristeza, gravedad, compasión, todo había desaparecido. El libro era una, comedia salvaje, una farsa diabólica. ¿Había oído hablar alguna vez de un caso semejante?

—Nunca, absolutamente nunca —contestó rápidamente Petticate sin pensar demasiado en lo que decía. Luego preguntó:

—¿Puedo contarle a Sonia la historia de Alspach? Sin duda le interesará muchísimo.

—Sí, desde luego; me hubiese gustado que hubiera venido a la ciudad con usted.

Petticate pareció dudar y luego añadió:

—¿Me permite que le diga una cosa?

—Adelante —respondió Wedge mirándole con ojos suspicaces.

—Pues, bien, fue usted muy amable al invitarla hoy a comer, pero entre nosotros le diré que Sonia es una mujer difícil, llena de susceptibilidad. No sé si me comprende; lo que yo quiero decir es que debería usted organizar otra de aquellas cenas en honor de Sonia. Es un sabio consejo.

—Muchas gracias —replicó Wedge agradeciendo sinceramente aquella indicación—; veré como puedo arreglarlo.

—Tendrá que esperar un poco, porque Sonia está ahora fuera tras haber tomado una de sus sorprendentes resoluciones.

—Nunca había oído, que Sonia tomase resoluciones sorprendentes —exclamó Wedge vivamente interesado—. ¿No pasaban siempre ustedes dos juntos las vacaciones en su yate?

—Sí, en efecto, pero ocasionalmente Sonia hace sus maletas y se va. Tal vez sienta una especie de inquietud, estado de ánimo que la obliga a ausentarse. Algunas veces me da miedo pensar en lo que algún día puede ocurrir.

—¿Teme usted que su mujer le abandone? —preguntó Wedge alarmado por aquellos indicios de inestabilidad de Sonia Wayward que él ignoraba.

—No es exactamente ese mi temor, pero no me extrañaría que de repente un día me llegase una postal suya desde el Brasil o cualquier rincón del mundo. Afortunadamente eso no afecta su producción, no hay nada que afecte su rendimiento.

—Ciertamente mítica ha ocurrido nada que menguase sus ansias de escribir —afirmó Wedge a quien aquella conversación le hacía sentir desasosiego—. ¿Se lleva en sus viajes una secretaría?

—No, en absoluto; no somos millonarios, amigo mío, a pesar de su excelente conducta en nuestras relaciones comerciales y Sonia no necesita a nadie para que le lleve su máquina de escribir. Desde luego, cuando ella se va de viaje me lo envía todo a mí para que yo lo copie y lo ponga en limpio.

—Sí, usted ha sido siempre su perfecto apoderado —dijo Wedge en un tono no demasiado afectuoso.

—En todo caso a ella le gusta así; se conforma con recibir el dinero y vigilar de cuando en cuando sus cuentas que también llevo yo. A mí me divierte la tarea y eso es suficiente. Los negocios la distraerían de su trabajo y de esta forma su privilegiada inteligencia literaria se mantiene fresca y clara, logrando superarse a cada nueva obra, como ocurre con su nuevo libro que para mí es lo mejor que hasta ahora ha escrito.

Wedge pareció nuevamente animado y preguntó:

—¿Está basado en el suspense?

—¡Oh!, ciertamente, uno no sabe abandonar su lectura en espera siempre de lo que pueda ocurrir en la página siguiente.

Por un momento Wedge pareció dispuesto a admitir aquella explicación como una simple broma. Luego lo pensó mejor.

—Perfecto —dijo—, y ¿cómo va a titularlo?

Petticate pareció dudar durante una fracción de segundo. Se dio cuenta de que aquella era la primera prueba a la que se veía sometido tras embarcarse en aquel embrollado juego. En realidad, ¿era Sonia quien fijaba el título de sus obras o era Wedge quien lo proponía al leerlas? Justamente era esto lo que Petticate en aquel momento no podía precisar; pero debía contestar.

—«Las puertas del placer» —dijo— va a titularlo. «Las puertas del placer», un título muy logrado a mi modo de ver, discretamente erótico pero nada vulgar.

Wedge abrió desmesuradamente los ojos y miró al coronel.

—¡«Las puertas del placer»! —exclamó—. Pero, ¿cómo puede haber puesto ese título, si así se llama ya su tercer libro? ¿Es posible que lo haya olvidado?

En realidad era Petticate quien lo había olvidado, o mejor, su memoria inconsciente le acababa de jugar una mala pasada.

—Sí, desde luego —se apresuró a contestar riendo en un intento de recuperación tras el desliz que acababa de cometer y siguió diciendo—; he querido decir «El deseo del hombre» y usted va a comprender por qué he confundido estos dos títulos. Recuerde aquella maravillosa oda de Bridges:

«Ábreme las puertas del placer,
las del jardín del deseo del hombre,
en donde los espíritus tocados por el fuego divino
plantaron los árboles de la vida».

—Sonia piensa realmente tomar todavía un tercer título de este mismo fragmento, quiere escribir un libro titulado «Los árboles de la vida», pero es «Las puertas del placer», mejor dicho «El deseo del hombre» la obra que tiene ahora entre manos.

Wedge estaba ostensiblemente impresionado por aquel derroche de referencias literarias.

—«El deseo del hombre», no queda mal —dijo— a condición de que sea una cosa correcta, no debemos esperar nada patológico de Sonia. Al público no le gustaría y a los críticos tampoco.

Petticate guardó silencio durante unos minutos. Reflexionaba pensando que al engañar de aquella manera a Ambrose Wedge estaba realmente burlándose de un hombre cabal.

—Usted cree —dijo— que esta nueva obra puede romper con su línea anterior. El deseo del hombre se encamina a la mujer y el deseo de la mujer se dirige al deseo del hombre y usted sabe que tales profundizaciones están hoy muy en boga invadiendo todo tipo de bibliotecas. En algunos sectores Maugham ha empezado a decaer y no obstante Sonia se mantiene y estoy seguro de que se mantendrá si yo, si yo...

—Si usted sigue manteniéndola —le interrumpió Wedge.

—¡Exacto! —exclamó Petticate aceptando con entusiasmo aquellas palabras—. Su vitalidad es insaciable y estoy convencido de que Sonia seguirá siendo fuerte mientras yo viva.

—Es maravilloso que usted piense así —dijo Wedge quien comenzaba a invadirle una extraña sensación de estar siendo objeto de una burla—. Usted es de los que creen que siempre es útil tener el lobo a la puerta del jardín.

Petticate rió con una risa que en aquel momento se le antojó risa de embustero.

—Ciertamente tengo unos pequeños ingresos privados además de la pensión que el ejército me hace llegar cada mes. Pero es natural que encuentre delicioso que el mundo vaya tratado tan bien a Sonia; él año pasado fue estupendo. Creo que usted estará de acuerdo conmigo.

—Lo encuentro muy bien, las ventas son excelentes —Wedge hablaba como un hombre predispuesto a lo mejor—; sólo que nos cuestan un poco, no sé cómo decírselo, hay que librar una verdadera batalla para mantener un continuo aumento.

—¿Es ciertamente así? —preguntó Petticate con discreto escepticismo—. No recuerdo que ninguno de sus anuncios haya dejado de surtir efecto.

—¡Mis anuncios! —exclamó Wedge, que a pesar de aparecer en aquel momento como abatido por el peso de una gran zozobra le dirigió una sonrisa indulgente—; amigo mío, no crea usted que hoy los anuncios venden libros. Los libros los colocan un adiestrado equipo de vendedores que desgraciadamente resultan endiabladamente caros. Me gustaría que los conociera personalmente, se trata de hombres de aspecto atrayente o, mujeres —añadió, como si en aquel momento se acordase de ellas—, sí, debo componérmelas para que algún día conozca a mis vendedores.

Petticate no hizo ningún comentario y nuevamente volvió a guardar silencio durante unos minutos; finalmente añadió:

—Últimamente, poco antes de que Sonia se fuera, tuve con ella una charla de negocios, fue ella quien comenzó la conversación hablándome del cobro de los derechos de autor. La vi un poco nerviosa y le dije que no se inquietara que ya me encargaría yo de hablarle a usted. ¿Cree que hice bien?

Wedge pensó su respuesta.

—Creo que sí —dijo ambiguamente.

Petticate continuó:

—He estado pensando acerca de esta oscilante escala y con franqueza me gustaría que ese 20% se hiciera efectivo mucho antes de lo que ahora se hace.

Wedge le miraba con el gesto inteligente de un hombre de mente despierta.

—Mi querido amigo —respondió acompañando sus palabras con una sonrisa extraordinaria franca—, procuraré complacerle en cuanto me sea posible, recuerde solamente —y Wedge movía acompasadamente sus brazos señalando a Petticate—, recuerde solamente que en este negocio se vive positivamente y que cinco libras son siempre cinco libras.

Petticate miró su cigarro, más que como agradecimiento al que le había invitado, para calcular cuánto podía durarle todavía ya que lo consideraba

parte importantísima en aquella conversación. Se le había ocurrido una nueva ingeniosidad con la que Wedge podía verse obligado a soltar algunos de aquellos billetes de cinco libras.

—Me parece recordar —dijo—, que a sus vendedores les gusta tener con anticipación un pequeño resumen del siguiente libro, ¿no es así?

—Cierto —respondió Wedge golpeando la punta de su habano contra un gran cenicero, obsequio de una fábrica de aguas minerales—, y Sonia acostumbra siempre a enviármelo cuando ha escrito ya la mitad de su libro. Recuerde usted cuando la vea, indicarle que puede ya enviarme el argumento para repartirlo entre mis vendedores.

—Lo haré en cuanto la vea, pero opino que no la volveré a ver hasta que haya terminado por completo «El deseo del hombre». No obstante tengo una copia de esas treinta mil primeras palabras que he leído; además me ha fascinado tanto esta historia, que incluso ahora recuerdo el argumento perfectamente. Conservo en mi mente todo lo que he leído y puedo contárselo.

—¡Extraordinario! —exclamó Wedge desaprobando inmediatamente aquella espontánea manifestación de júbilo lanzada con demasiado candor—. ¿Comienza la historia en el estudio de un artista o a bordo del Queen Mary o en el momento en que los invitados de *lord* Fulano de Tal acaban de llegar para pasar un fin de semana?

—La historia comienza efectivamente en el estudio de un artista, un eminente y afamado escultor llamado Paul Vedrenne. Inglés, desde luego.

Wedge asintió con la cabeza.

—¿Pero de una vieja familia de hugonotes?

—Ciertamente. El escultor tiene un hijo llamado Timmy, que no es artista pero que de cuando en cuando echa una mano a su padre golpeando con el martillo el mármol en un trabajo de preparación para el inicio de las colosales figuras que luego su padre da forma. Timmy no es feliz, explicaré el por qué más adelante, y aquel continuo martilleo, le destroza los nervios. Está trabajando un día cuando llama la chica.

—¿Pelirroja o morena? —preguntó Wedge.

—Rubia ceniza, con grandes bucles.

—¡Dios mío! —exclamó Wedge—, ¿cómo es posible que Sonia se la haya imaginado así? Eso de los bucles resulta muy poético.

Petticate continuó:

—Debe ser así ya que está plagiada de Yeats. La muchacha se llama Clara.

Wedge meneó la cabeza dubitativamente como contrariado, y preguntó:

—Pero ¿no hay bastantes Claras todavía?

—Si es necesario, el nombre puede cambiársele. Su padre es un gran industrial pero ella es una muchacha encantadora pues la familia de su madre vivió mucho tiempo en Shropshire. Tal como le he dicho, la chica llama al estudio de Paul Vedrenne, con un mensaje de su opulento padre que ha encargado al escultor la realización de un busto. Y allí está Timmy Vedrenne martilleando como un loco. En el momento que entra la chica, Timmy está desnudo hasta las suelas.

—¿Hasta las qué?

—Hasta las suelas, no hasta la cintura sino hasta las suelas de sus zapatos. Wedge le miró alarmado.

—Oh, eso debe romperlo, debe llevar puesto algo.

Petticate hizo una señal de calma con la mano y explicó:

—Exactamente; se puede hacer una modificación haciendo que lleve puestos unos viejos *shorts* de remero ya que Timmy ha remado defendiendo los colores de Oxford.

—Supongo que este detalle no influirá en el desarrollo de la acción — interrumpió Wedge, en quien se había despertado su antigua afición a la broma a expensas de la literatura femenina—. Dígale a Sonia, que los pantalones de remero son extraordinariamente cómodos pues están confeccionados para usarlos agachados y sentados, en cuclillas, remando en posturas violentas y de acuerdo con la figura masculina. Se lo aseguro yo que los conozco bien.

—No lo dudo —replicó Petticate aprovechando una pausa en la explicación de Wedge que de pronto se sentía atraído por su pasado atlético—. Allí está el muchacho y a continuación Sonia hace una completa descripción de él.

—¿Torso curtido, ondulante musculatura bajo su piel, hombros de gigante y todas esas cosas?

—Nada de hombros de gigante, amigo mío, eso puede olvidarlo; aunque a usted se lo parezca Sonia no sigue las huellas de Lawrence y toda esa partida de colegas que vociferan a su alrededor. Dejemos hombros a secas o incluso delicados hombros. De cualquier forma Timmy es un muchacho encantador y esa es la causa de que Clara se sienta completamente trastornada cuando le supone en la habitación con su horrible tía Sofía.

—¿Una hermana del opulento industrial?

—Exactamente, las tías de Clara por parte de su madre son tan aristocráticas que sólo se interesan por el sexo cuando hablan de perros o caballos. Naturalmente, el descubrimiento de Clara se lleva a cabo en forma delicada. Dos pantalones de remero son los culpables. Timmy, invitado a pasar un día en el campo, se los había puesto para bañarse en el río y ahora Clara acababa de verlos colgados en un balcón que daba a la habitación de tía Sofía. Da pobre chica sufrió una gran decepción pero quiso tener la seguridad de que no se equivocaba y como era una muchacha de espíritu, trepó al balcón e introdujo en el bolsillo de los *shorts*...

—Los *shorts* de remera no tienen bolsillos.

—Hoy en día, sí, y si no es así los lectores no lo saben. Además, nadie pensará en este detalle en un momento de tal interés. Clara introduce en el bolsillo una flor que Timmy había arrancado del jardín para ella la noche anterior.

—Malos invitados los que andan arrancando flores por el jardín.

—Timmy no es exactamente un invitado, ya que aquella casa pertenece a su padrino que es un Par del Ministerio. Los Vedrenne han estado siempre bien relacionados desde que un antepasado se encontró en la matanza de San Bartolomé o no sé dónde. Lo importante es que Timmy se encuentra la flor, ajada y marchita, símbolo de su propia virtud; usted me comprende. Timmy se da perfecta cuenta de lo que ha sucedido y se siente más desgraciado que nunca. Día a día se entristecía y en su mirada se reflejaba aquel hondo pesar. Sus ojos eran a la vez inescrutables e impenetrables, nada decían... y nada más, porque aquí termina la parte escrita.

—¿Y se ha marchado —preguntó Wedge—, la muy ladina, sin darle a conocer lo que sigue?

—Ciertamente, y dejándome en la incertidumbre, lo mismo a mí que a todos sus lectores —replicó Petticate con calma—. ¿Cómo se imagina usted que puede terminar la historia?

Wedge renunció a su cigarro vivamente interesado por la pregunta que Petticate acababa de hacerle.

—Amigo —preguntó—; ¿es esto realmente un juego de imaginación o solamente de deducción? En cualquier caso me gustaría conocer algún detalle más. Por ejemplo, la tía de Clara, Sofía, ¿está casada?

Petticate pensó un momento.

—Sí, en efecto —contestó—; el marido es un hombre obsceno, tal como Sonia le define, uno de esos hombres que en el ejército no pasan de sargentos, pero desde luego existe.

—Y ¿cree que ese Timmy conseguirá al final ganar el favor de Clara, una boda en Santa Margarita y todo lo demás?

—Esto es exactamente lo que yo le estoy preguntando a usted, pero supongo que en efecto debe ocurrir así. Conociendo a Sonia hay que esperar que el sol acabará brillando y que sus optimistas rayos iluminarán las últimas páginas de su obra. No podemos confundir el carácter de Sonia con el del desgraciado Alspach.

Wedge le había escuchado atentamente y con un gesto afirmativo comenzó a hablar:

—Muy bien —dijo—, si el argumento continúa por los caminos que Sonia ha seguido siempre, una cosa está clara: Timmy no tuvo amores con tía Sofía; Podrá comprometerle en alguna pequeña aventura, pero el adulterio hay que descartarlo. En ninguna obra de carácter popular que se haya hecho famosa, un adúltero acaba casándose con la heroína. Si no fíjese en Shakespeare.

—¿Y qué diablos tiene que ver Shakespeare aquí?

El culto espíritu del coronel se sentía ultrajado al oír pronunciar un nombre de tal distinción literaria al ridículo Wedge.

Afortunadamente Wedge estaba demasiado concentrado para percatarse de aquella súbita extemporización del marido de Sonia Wayward y prosiguió con su tema:

—Amigo mío, en todas las obras de Shakespeare, ocurre siempre lo mismo y eso no nos conduce a nada.

—Prosigamos; si Timmy se ha «liado» con Sofía, arrepintiéndose después en brazos de Clara, que es la honesta, la pura, la obra no rompe con la normal línea de conducta de Sonia y su final no me extrañaría. Casi me atrevo a asegurarle que podría contarle el argumento enteramente —y al decir esto Petticate miró la colilla de su cigarro que pronto comenzaría a quemarle los dedos.

—Usted no lo ha considerado analíticamente —dijo Wedge meneando la cabeza distraídamente—. Debemos pensar que cuando Sonia nos habla de los pantalones colgados en el balcón de tía Sofía, lo único que quiere es definírnoslos.

Ahora Wedge bajó la cabeza pesadamente al tiempo que repetía:

—Uso es, quería simplemente definírnoslos.

—No obstante, usted olvida que por aquel entonces el muchacho se sentía terriblemente infeliz. Así nos lo presenta la primera vez que aparece en la obra ayudando a su padre en el estudio y aquella infelicidad sólo podía ser debida a un oculto sentido de culpabilidad.

—Amigo, yo creo que es algo completamente distinto —afirmó Wedge con seguridad—, algo que precisamente demuestra que el muchacho tiene delicada sensibilidad. Cierto es que cuando niño abandonó a su vieja cabra en el lecho de muerte. Aquello era realmente una falta. Pero todo, todo sin excepción se lo cuenta a Clara y la muchacha —fíjese bien— acaba confesándole algunos pecadillos similares ocurridos durante su niñez. Me apuesto una docena de botellas del mejor champaña, eso es, una docena de botellas de Beaujolais, a que ocurrió así.

Petticate estaba impresionado por el giro que estaban tomando las cosas, acumulándose gran información para el plan que preparaba sobre la producción de aquella novela.

—No dudo —dijo— que la obra de Sonia debe ser exactamente tal como usted dice, pero me gustaría saber qué es lo que hará Sonia con los famosos pantalones.

—Puede estar seguro de que se tratará de una estratagema artificial, tal vez una burda calumnia. Bu las novelas, se encuentran muchas veces balcones de todos tipos que siempre son objeto de estas maquinaciones. Bu Shakespeare lo encontramos muy a menudo.

—Sí —afirmó Petticate con frialdad.

—Puede ocurrir —siguió diciendo Wedge—, que el carácter tímido y callado del muchacho no le permita darse cuenta de que aquélla mujer madura quiere hacerle su amante o quizás, en el libro de Sonia aparecerá alguien que descubrirá que tía Sofía nunca llegó a conseguir el favor de Timmy.

Petticate frunció el ceño y distraídamente afirmó:

—Si no hay que descartar esta posibilidad.

—Tal vez tía Sofía comete una pequeña chifladura dejándose llevar por su espíritu maternal y tras encontrar los pantalones en el río se los lleva a su casa y los lava colgándolos luego en su balcón para que se sequen, dispuesta a entregárselos luego a Timmy. Imagínese el dramatismo que puede darse a esta escena provocada por un mal entendido y la decepción posterior de la persona que celosa y llena de malicia ha provocado tal falsedad.

—Me parece que debe usted tener ganas de saber si ha acertado en algunas de sus ideas sobre la obra de Sonia —dijo finalmente Petticate sopesando sus palabras como quien acaba de llegar a una conclusión—, y no dudo de que desea tener en su poder lo antes posible el nuevo libro.

—En efecto, pero tengo miedo en espera de ver si ha abandonado o no sus viejos caminos —contestó Wedge—; el argumento puede habersele complicado.

—No se preocupe, amigo; do que para nosotros son dificultades, para ella es sencillez, y en medio de la más enmarañada trama puede hacer aparecer una luz resplandeciente.

—Ciertamente, su mentalidad es lúcida —dijo Wedge—, en su libro la luz brillará y resplandecerá como siempre lo ha hecho, ella no es de las que se inspiran de las profundidades.

—No, en efecto, le atrae mucho más lo alto que lo profundo —dijo Petticate pisando la colilla de su cigarro, y añadió levantándose y estrechando la mano de Wedge—, no recuerdo haberla visto nunca nadar en aguas profundas. Les tiene terror.

CAPÍTULO III

Con razonable satisfacción el coronel Petticate meditaba sentado en el cómodo compartimiento de primera clase que ocupaba en el tren que salía de la estación de Paddington a las 4,45.

Hasta llegar a ocupar su asiento había atravesado varios coches de segunda, atestados de maletas y bultos de todos los tamaños e inundados de niños pegajosos que alborotaban en los pasillos; aquella visión de lo que él llamaba los horrores de la vida plebeya, le había hecho pensar en los efectos que podía tener su resoluta conducta de las últimas cuarenta y ocho horas en busca de la libertad.

Una viuda, pensó, es algo así como un trasto viejo si, su situación no es económicamente muy brillante, pero un viudo en las mismas circunstancias es además de eso un ser completamente ridículo. Es ir al teatro, sentarte en la platea y ser blanco de todos los comentarios de los amigos que desde los palcos te observan, es tener que ir a visitar a los matrimonios que antes venían a tu casa, es verse obligado a pensar en el nuevo traje o en media docena de corbatas, meterse en las tiendas de comestibles aunque sólo sea con el propósito de comprar un poco de jerez colonial.

En medio de oscuras tinieblas, el coronel Petticate vislumbraba una sucesión ininterrumpida de tales sinsabores que parecían amontonarse ensombreciendo lúgubrementemente su futuro. De todas formas, él no se consideraba un despilfarrador y su envergadura intelectual, le prestaba como consecuencia natural, cierta superioridad sobre cualquier sombría consideración que pudiese hacerse.

Todavía había límites; y por fortuna recordaba que en su yate había estado a punto de sumirse definitivamente en las tinieblas pero que sobreponiéndose a la crisis que le agarrotaba los nervios, se había levantado decidido a enfrentarse a la vida declarándose a sí mismo, señor de su destino y capitán—coronel, ciertamente— de su propia alma.

No podía sentirse descontento de su visita a Wedge. Su admirable estrategia había cazado al editor para su papel en el planeado engaño —si es que engaño no era una palabra excesivamente asociada a la idea de fraude—. Petticate arqueó sus cejas en un delicado gesto, expresión exterior de la silenciosa corrección que acababa de hacerse dentro de su propio

pensamiento. Mejor sería llamarle inconsciente colaborador, pensó. Decididamente Petticate conservaba un espíritu excelente.

Wedge se había tragado el anzuelo fácilmente, pero era preciso coordinarlo todo de forma que no quedasen cabos sueltos. Precisamente ahora, poco antes de tomar el tren, había pasado una hora en el club meditando sobre el particular y recordando sus palabras con el editor. Todo estaba claro menos una cosa: ¿en qué circunstancias se había marchado su mujer? No tenía idea. ¿Le había Sonia insinuado algún destino? Y si lo había hecho así, ¿cuál era ese destino? A Wodge le había hablado del Brasil, pero sólo como un ejemplo hipotético. La curiosidad del editor le había llevado a interrogar a Petticate con penetrantes y comprometedoras preguntas pero la completa seguridad en las respuestas del coronel habían acabado finalmente por engañarle. Por lo tanto Petticate creía que ahora debía dedicarse a concretar de forma sistemática el desarrollo de los hechos pasados y futuros; en todo caso no cabía dudar de que el trabajo preparatorio estaba ya hecho.

Afortunadamente ninguna noticia de Sonia había venido a turbar las tareas de aquel trabajo preparatorio. Las felices circunstancias de su muerte simplificaban los proyectos de Petticate que, recordando la impertinente imagen trazada por Wedge, había dejado de ser el lobo vigilante a la puerta del jardín.

Aquellos pensamientos le hicieron sonreír en voz alta, pero apenas acababa de hacerlo cuando de pronto se sintió molesto al percatarse de que en el compartimento estaba sentado otro viajero. Aquel pasajero no era un extraño y si el coronel no hubiese estado absorto en sus meditaciones le hubiese conocido mucho antes. En efecto, se trataba del anciano doctor Gregory, médico de Petticate y antiguo vecino suyo. El doctor Gregory, al darse cuenta de que había sido descubierto, fue el primero en hablar:

—Buenas tardes, Petticate, ¡qué! ¿Otro de esos fastidiosos almuerzos, verdad?

Petticate hizo una mueca poco ceremoniosa en contestación al saludo de Gregory, que tampoco había sido ceremonioso. Aunque su estado mental en aquellos momentos era satisfactorio no tenía intención de hablar demasiado con su nuevo compañero de viaje; mientras le fuera posible no quería contar nada de «aquello» al doctor Gregory, cuyo fortuito encuentro representaba el primer contacto con la sociedad rural en medio de la cual desarrollaba su vida. Antes de poner en circulación cualquier versión destinada a aquella sociedad rural, era preciso meditarla cuidadosamente.

Debía pensarlo todo con extraordinaria detención y ahora estaba en condiciones de hacerlo.

Petticate, pues, tras su mueca de saludo a Gregory, desplegó con calma el *Times* adoptando el gesto ritual con el que todo caballero inglés solicita unos minutos, horas a veces, de inviolable aislamiento. Por su parte el doctor Gregory abrió el *Medical Journal*. Todavía quedaban diez minutos para que el tren se pusiese en marcha.

Petticate volvió la página que la Printing House Square dedica semanalmente a sus lectoras femeninas. No lo hizo como nostálgico recuerdo hacia Sonia, sino pensando que la página en cuestión podía servirle de distracción antes de enfrentarse a los problemas que tenía intención de enfocar. Desprovisto de todo apasionamiento, Petticate juzgaba que su proyecto podía envolver, jurídicamente hablando, dos tipos de falsificación o suplantación que él debía evitarlos.

Se consideraba en la misma línea de conducta del célebre James Macpherson, que se sintió animado a dotar al mundo de un nuevo poema gaélico de la antigüedad o de un William, que todavía con más loable intención, quiso añadir una nueva obra al número de las escritas por Shakespeare, pero no estaba muy claro acerca del aspecto legal de la cuestión. Sin duda, pensaba, numerosos escritos publicados como obras de X se deben totalmente o en parte al trabajo de Y.

Desde luego, estaba seguro, algún apartado de las leyes del código penal debían tratar de este tipo de infracciones, condenándolo con toda seguridad. El código penal es algo muy serio y si no te coge por un camino te atrapa por el que menos puedas imaginarte. Petticate frunció el ceño al llegar a aquella conclusión. En verdad iba a adentrarse en un terreno desconocido y debía prestar cuidadosa consideración a cualquier detalle por insignificante que pudiera parecerle. Sería necio pensar que no le aguardaban innumerables peligros, algunos de los cuales todavía le eran desconocidos.

Por ejemplo, hasta su conversación con Wedge no había prestado atención a lo que representaba la moralidad de la literatura novelesca popular y sin embargo, ahora, veía claro que no podía escribir nada que hiriese la delicada sensibilidad de aquel numeroso grupo de esposas de clérigos que formaban un sólido bloque en las filas de lectores de Sonia.

Había otros detalles técnicos, tales como la simulación de la firma de Sonia. Siempre que se estipulara un nuevo contrato con algún editor, tendría que aparecer la firma de Sonia, aunque a su vez tal contrato debería siempre contener, como venía conteniendo durante los últimos años, una cláusula,

exigiendo que todos los pagos fuesen hechos al agente del autor, en aquel caso, el coronel Petticate. Todos los editores solían obrar de la misma forma y aquello significaba que el dinero sólo podía ir a parar a unas manos: las suyas. Las suyas y las de una señora que no existía. Tal vez no existiera en el mundo otra profesión, pensaba Petticate especulando tranquilamente, en la que fuese menos importante la continuada existencia carnal.

Desde luego, como todas las cosas de esta vida, sus planes tendrían algún día un final natural. Apenas podía esperar proseguir su actividad más allá de su noventa o cien aniversario, además, por esas fechas los redactores del «¿quién es quién?» vendrían a verificar la personalidad de la anciana Sonia Wayward a la que no creía encontrasen en pleno vigor de su carrera. No obstante, quedaba mucho que hacer entre ahora y aquel lejano futuro de su noventa o cien aniversario.

Petticate, pensando así, no pudo reprimir una sonrisa que naturalmente no sorprendió al doctor Gregory, que suponía que aquella diversión provenía de la lectura de uno de los irresistibles chistes del *Times*.

También debía estar atento a la cuestión de los impuestos, aunque no creía que por este lado pudiesen surgir serias dificultades. Sonia debía firmar cada año el pago de los correspondientes impuestos e incluso un recibo o dos de pequeñas y poco considerables cantidades que los comisionistas le devolvían algunas veces. En ningún caso creía que fuese a haber alguien que se decidiera a estudiar con detención la firma de Sonia.

Desde luego, cualquier equivocación relacionada con los impuestos podía ser fatal; de ahora en adelante debería efectuar sus cuentas con extraordinario cuidado para impedir la puesta en marcha de pesquisas que podrían acarrearle consecuencias desastrosas.

El propio Banco de Sonia podía presentarle otro serio problema. Se vería obligado a escribirle una o varias cartas y precisamente a un banquero es difícil engañarle con una firma falsificada si esta falsificación no es perfecta. Efectivamente aquello podía encerrar un serio peligro. Resumiendo sus últimas consideraciones, Petticate veía claro que una prudencia absoluta era aconsejable para enfrentarse a los problemas que podían provenir de la parte contable y legal de su proyectado negocio.

Pero era en la esfera social en donde le aguardaba el verdadero interrogante.

En primer lugar debía decidir dónde estaba Sonia. Todo había sido muy fácil durante la conversación con Wedge, pero con sus vecinos de Snigg's Green debía emplear una técnica diferente. El anuncio de que su mujer se

había ido sería el comienzo de interminables comadreo en todo el vecindario. Por otra parte, si aseguraba que su mujer se había ido quedaba claro que él debía conocer su paradero y si conocía el paradero de su mujer había de complacer a muchos lectores que acudirían a él solicitándole la dirección de Sonia para mantener correspondencia con ella o escribirle con motivo de alguna fecha señalada. Petticate pensaba que podía permitirse un compás de espera indicando que su esposa había salido precipitadamente y sin comunicar su inmediata dirección y que oportunamente, cuando él la conociera, la comunicaría a sus lectores. Aprovechándose de aquella tregua, decidiría por sí mismo qué camino debía tomar.

Se sentía con gran libertad de maniobra, pues hoy en día está muy de moda que una novelista fije su residencia en un rincón de mundo por lejano y extraño que sea mientras a él o ella se le antoje encantador. Exactamente esto es lo que podía haber hecho su mujer que contaba además con un marido, profesional retirado, de recursos independientes. En efecto, Sonia podía buscar un lugar maravilloso en el que quisiera un día reunirse con su marido y éste solamente tendría que hacer sus maletas y seguir el camino que su imperiosa esposa le señalara.

Las afirmaciones no podían ser ni demasiado vagas, ni demasiado precisas, por ejemplo, no debería decir «está en Nassau o está en Nairobi», pues cualquier nombre citado con precisión podía encaminar una corriente de peregrinos que desde Snigg's Green se encontrasen casualmente en viaje por aquellas latitudes. La frase a emplear podía ser parecida a ésta: «Sonia puede muy bien haberse avecindado en las Bahamas, aunque las Bermudas no dejan de ser otra posibilidad». Aquella era una buena fórmula y una vez cubierto con su fingida ignorancia del paradero de Sonia, ya casi nada podía salirle mal.

Aparte de una vaga nube de primos lejanos, Sonia no tenía otros parientes. La vicia había rodado de tal manera que Petticate, aunque indudablemente investido de inherente distinción, no había nunca despertado interés ante los ojos de los apasionados lectores de Sonia. Aquella falta de interés a todos sus movimientos era ciertamente una apreciable ayuda en las actuales circunstancias. Si un exilio permanente no le cuadraba, regresaría de cuando en cuando para pasarse uno o dos meses en su casa, explicando a todos los que le preguntasen por Sonia que la salud de su esposa no le permitía por el momento realizar ningún viaje. Incluso visitaría Snigg's Green y trataría a sus habitantes haciendo en todo momento uso de su inagotable y al mismo tiempo agradable fantasía. No cabrá dudar, se dijo Petticate todavía escondido detrás

de su *Times*, que había tenido un gusto delicioso al escoger tal estratagema. Aquella situación tenía un encanto particular y era que él, engañando a todos en gran escala, despertaría un afán inusitado en decenas de millares de lectores que buscarían y esperarían con excepcional interés las obras de la nueva Sonia Wayward.

El coronel Petticate había alcanzado un punto satisfactorio en sus reflexiones tras realizar en rápida ojeada un repaso general a los diferentes problemas con los que debería enfrentarse en el futuro, cuando la voz del doctor Gregory vino a devolverle a la realidad desde el otro lado del compartimento:

—Petticate —dijo el doctor Gregory—, ¿no le parece que su esposa va a perder el tren?

CAPÍTULO IV

Aquella era la primera pregunta inesperada con que alguien le interrogaba acerca de Sonia y Petticate encajó el impacto. Dejó el periódico y miró al doctor Gregory con gesto de consternación.

—¡Mi esposa! —exclamó.

Se produjo un momento de silencio durante el cual el coronel meditó apresuradamente las dos palabras que acababa de pronunciar y que ahora le sorprendían pareciéndole extrañas y dignas del infortunado Moro de Venecia que exclamaba: «¿qué esposa? ¡Yo no tengo esposa!...».

Inesperadamente estaba a punto de naufragar y el doctor Gregory no paraba de mirarle con atención.

—Me he cruzado con ella frente al puesto de libros —dijo el doctor.

—¿Sonia? —preguntó Petticate completamente sorprendido de escuchar su propia voz.

Efectivamente, tras las palabras del doctor, Petticate se sentía preso de una extraña sensación. Sonia hablaba en sus novelas muchas veces de sensaciones similares, que parecía impedirle balbucear palabra.

Hizo un esfuerzo y siguió preguntando.

—¿Habló usted con ella?

—No, no, sólo vi que estaba comprando una revista.

El doctor Gregory se interrumpió al escucharse el silbato del jefe de estación.

—Ha perdido el tren —añadió en el momento en que el convoy se ponía en marcha.

Ciertamente, aquello podía haber sido verdad, pero estaba seguro de que no lo era. O por lo menos así se lo creía hasta que oyó una voz y vio abrirse la puerta de la plataforma. La puerta estaba abierta sin que pudiera verse quién la había pulsado, pero de pronto se cerró de golpe y con estrépito y fue entonces cuando Petticate quedó petrificado por el horror, que le acababa de helar la sangre, descubrió a la figura de su mujer caminando por el pasillo en dirección a su compartimento. Aquella visión duró sólo un segundo.

Llevaba una maleta y avanzaba por el corredor, pero de pronto desapareció metiéndose en otro compartimento.

El doctor Gregory no se dio cuenta de la catástrofe acontecida en el interior de Petticate, aunque inclinado hacia delante no cesaba de mirarle intentando escrutar su persistente silencio para darle una explicación profesional.

—No debe preocuparse —le dijo— respire despacio y no tema, que no es nada alarmante. Se trata de algo digestivo que se le pasará en unos minutos.

Acompañaba todas estas observaciones con una fría mirada en la que Petticate reconocía una evidente expectación ante la inmediata fatalidad que se cernía sobre él. Estaba seguro de que Gregory suponía que él acababa de sufrir una trombosis cerebral. Al apercibirse erróneamente de aquel supuesto diagnóstico, Petticate, pensó que Gregory seguía siendo lo que siempre había sido: una verdadera, nulidad.

Entre tanto, Gregory había vuelto a sentarse en su posición normal ya que por lo menos en apariencia Petticate parecía reanimado. No obstante, su mente seguía sumida en un mar de confusiones; no era para menos tras haber experimentado durante unas décimas de segundo una extraña sensación de satisfacción al descubrir de pronto que Sonia seguía viviendo. No había ocurrido nada anormal y todo aquello había sido un sueño, su esposa seguía viviendo.

Petticate cerró los ojos e intentó seguir el consejo del doctor Gregory y acompañar su respiración. Trató de recordar, buscando señales y pruebas que no le hicieran dudar más de que todo aquello que él creía la realidad de los últimos días, había sido un sueño auténtico del que acababa de despertar; quería imaginarse que había sido víctima de una terrible pesadilla en la que había imaginado perder a su esposa. Pero trató en vano y su esfuerzo de nada sirvió. Estaba seguro que no acababa de despertarse de ningún sueño. Realmente había perdido a Sonia. Él mismo había sido el causante de aquella pérdida.

Y sin embargo, ahora, ella estaba en el tren. Sonia, ¿o quién sabe si el fantasma de Sonia?, estaba ocupando un asiento a muy pocos metros de él. Todavía con los ojos cerrados Petticate se esforzó en encontrar una explicación normal. No podía ser un fantasma porque los fantasmas no existen y tampoco podía ser una alucinación porque el doctor Gregory le había hablado de ella. Lo que él había visto en el pasillo era la auténtica Sonia, en carne y hueso y desprovista de toda circunstancia fantasmal. Era su esposa, que como normalmente hacía, había tomado el tren que debía conducirla a su casa.

Pero era imposible, imposible, volvió a repetirse removiéndose nervosamente en su asiento. Y de pronto, como una fuerte llamarada, borró la sensación de horror y satisfacción que sintiera momentos antes y comenzó a pensar la explicación natural que aquel extraño caso requería. Una cosa había cierta: la Sonia que él había visto sumergir para siempre en las aguas profundas del Canal Inglés no estaba muerta, sino que vivía. Había confiado demasiado en su enmohecida pericia médica y ahora, precisamente ahora, todos sus conocimientos médicos habían vuelto a su memoria. Ahora acababa de recordar que había leído varias veces casos de síncope que llevan al paciente a un estado externo similar al coma y que sólo un examen minucioso podía distinguir en estos casos entre el estado real del paciente y la auténtica muerte. No había duda, aquello era lo que había ocurrido en el yate.

¿Pero incluso así...? Y entonces recordó perfectamente la visión de aquel otro yate aparecido inesperadamente muy cerca del suyo, que le produjo un terrible estado de sospecha y temor que le obligó a esconderse en el interior del camarote; sin duda aquellos momentos que él permaneció agazapado en su escondite, fuera ocurrió algo insospechado.

Probablemente el choque del cuerpo de Sonia contra el agua fría le devolvió su sensibilidad y recobró el sentido normal. Se dio cuenta de lo que había sucedido y nadó haciendo gestos hasta atraer la atención de los ocupantes de la otra embarcación. Una vez izada a bordo, indujo a sus salvadores a que se alejaran de su yate, albergando seguramente ya en su interior algún diabólico plan de venganza.

El descubrimiento repentino de aquella extrema maldad de Sonia trastornó todavía más el estado de Petticate. De pronto, se sintió inundado de pies a cabeza de un pegajoso sudor frío. Gregory volvió a mirarle intranquilo. El coronel se dio cuenta de que allí no estaba bien, sus pies tambaleaban, pero hizo un esfuerzo, se levantó y salió al pasillo. Una corriente de aire reconfortante le acarició el rostro.

En el corredor del tren, Petticate, se tambaleaba siguiendo el vaivén del vagón y con sus pensamientos en el más completo desorden.

Lejos, a su izquierda, adivinaba perfectamente la majestuosa silueta del castillo de Windsor recortándose sobre el azul del cielo. Pero, en cambio, le era imposible intentar ver quiénes eran las personas que se hallaban sentadas en el compartimiento vecino al suyo, al otro lado de aquellas ventanas de la derecha. Sentía miedo al pensar qué es lo que podía descubrir en cualquier momento, ahora se daba cuenta que había sido una temeridad abandonar su compartimiento. Si Sonia le descubría, cosa que estaba seguro no había hecho

al subir al tren, se organizaría en pocos minutos un escándalo público que él debía evitar. Una buena solución, podía ser de momento encerrarse en el primer lavabo que encontrase y pensar allí algún camino a seguir.

Petticate se decidió a obrar en aquella forma y penetró en un lavabo. Se trataba, en verdad, de un recurso muy distante de su refinada sensibilidad sobre todo cuando se veía obligado a hablar a las personas que a menudo llamaban a la puerta, pero por lo menos allí estaba aislado y podía pensar. Sentado sobre la tapa de madera, atisbaba el paisaje a través del pequeño ventanal ovalado, aprovechando todo contacto que con el mundo exterior le permitía la modestia de aquel poco aristocrático rincón.

La única solución, tras haber llegado a aquella inesperada situación, era asesinar a Sonia. No obstante, aquel pensamiento le llenó de desánimo al recordar que sólo unos minutos antes, su corazón había iniciado un salto de alegría al descubrir que su mujer seguía viviendo. Era evidente que se sentía preso de la más completa confusión mental. Lo que por un lado le parecía el mejor camino, por el otro se le antojaba repulsivo y detestable.

Pero el miedo al presente le obcecaba y seguía creyendo que la solución estaba en liquidar de nuevo a la reaparecida Sonia. Tenía que estudiar su proyecto inmediato y no le quedaba tiempo que perder.

Sólo había una posibilidad: descubrir el compartimiento de Sonia y si la fortuna le ayudaba y Sonia viajaba sola, meterse en él, lanzarse sobre ella, abrir la portezuela exterior y precipitarla a la vía, como en otra ocasión lo hiciera a las aguas del Canal. Petticate se estremeció al pensarlo.

Sin duda sería la solución, pues el tren rodaba en aquellos momentos a más de sesenta millas por hora.

Era un excelente plan porque era el más sencillo de todos, pero una vez lo hubo meditado de nuevo se sintió invadido por el desánimo. Se dio cuenta de que lo había pensado con una mentalidad equivocada y atrasada en unos cuarenta años, pues ahora los vagones ya no eran así; sólo una puerta al principio y otra al final de cada pasillo daban al exterior y a no ser que Sonia ocupase un vagón para ella sola y la pudiese conducir por la fuerza a lo largo del corredor, era completamente imposible, su primera idea se convertía en algo completamente irrealizable.

Petticate seguía sentado en su desagradable escondite dispuesto a encontrar cualquier otro sistema con el que poderse deshacer definitivamente de una mujer tan vigorosa como Sonia. La primera cosa que debía evitar, estaba claro, era usar cualquier método que entrase en su campo profesional. Debía impedir que el asesinato de Sonia fuese catalogado tras su

descubrimiento, como un crimen llevado a cabo por un médico. Aquella circunstancia era suficiente para perderle irremisiblemente.

Pasaron quince minutos sin que el coronel Petticate, absorto en sus profundas meditaciones y macabros proyectos, se diese cuenta de que el tren circulaba ya por Reading. ¿Por qué quería convertirse en el asesino de la pobre Sonia? ¿No tenía él muchas firmes razones con las que podría demostrar que la historia que ella contara era sólo fruto de una mente desquiciada?

Era cierto que él había llegado a puerto sin su mujer y que no obstante no había dicho nada a nadie. Pero también podía serlo que su mujer había llegado con él en un estado tal de perturbación mental que su delicado sentido de discreción le había obligado a mantenerla dentro del camarote descansando y sin que nadie viniese a perturbar sus prolongados sueños.

Desde luego, podían surgir complicaciones y si Sonia insistía demasiado en su increíble y a la vez extraordinaria historia, no tendría más remedio que acabar recluyéndola en un manicomio. Esta decisión acabaría, no obstante, con su primitivo proyecto de escribir las obras de la nueva Sonia Wayward.

Decididamente, debía optar por la primera solución, pero ¿cómo? ¿Un tiro? ¿Un accidente de coche?... Y después... ¿estaría acaso seguro de que Sonia no había ya contado la historia a alguna persona? Aquella era una posibilidad que podía convertir, y en realidad convertía, su tarea en algo extraordinariamente peligroso y delicado.

¿Y la gente de aquel otro yate? De nuevo Petticate pensaba en algo que fatalmente había olvidado por completo. Cualquier historia que él pudiese contar debía partir ineludiblemente del hecho cierto de que ellos habían pescado a Sonia de las aguas del Canal. Un accidente casual podía haber provocado su caída al mar o mejor todavía, Sonia, en un primer raptó de locura, se había arrojado al agua. Él no tenía nada que ver con todo aquello, simplemente había salido con su yate para pasar unas vacaciones con su esposa y la fatalidad había hecho que Sonia se volviese loca.

Petticate se dio cuenta de que había analizado la situación desde todos los ángulos y de que, a pesar de todo, seguía sin saber exactamente qué posición tomar. Porque, en efecto, no era algo desconocido lo que había caído al agua sino el cuerpo de Sonia Wayward y él era su marido. La gente del yate podía opinar que si no había existido un claro asesinato, sí por lo menos existía algo que se le parecía mucho.

El coronel bajó da cabeza agotado. Sólo un camino le quedaba abierto y era, por cierto, el más desagradable que hubiera podido imaginarse. Acercarse

a Sonia con humildad y pedirle perdón.

Después de todo, se dijo mientras abría la puerta del lavabo y salía al pasillo, en ningún momento su actuación había sido criminal ni perjudicable a Sonia. Por el contrario, ¿acaso no acababa de abandonar la idea de asesinarla? Nunca se había sentido mortal enemigo de Sonia y su acción poco ceremoniosa del yate, había sido llevada a cabo en un momento en el que estaba convencido que su mujer había muerto. Es más, si Sonia era razonable, desgraciadamente ninguna mujer lo es, sopesando bien los hechos, acabaría por encontrar que debía cierta gratitud a su marido por su conducta en aquel asunto.

Lo que había hecho lo había llevado a cabo en su afán, digno de alabanza, de que las obras de Sonia Wayward siguieran flameando en lo más alto de los mástiles de la literatura contemporánea universal.

Desde luego, sería preciso vigilar sus primeras reacciones, pues seguramente ella no creería que Petticate hubiese estado seguro de lanzar al agua un cuerpo muerto. Quizás el primer impulso de Sonia fuese dejar el tren en Oxford, la primera parada que se acercaba, y dar parte a la policía. Incluso así, él se veía con fuerzas para lanzarse tras ella y detenerla. Tal vez fuese oportuno hablarle claro de entrada, aunque se viese obligado a hacerlo en público, delante de los demás pasajeros del compartimiento.

Petticate recorrió el tren del principio al fin, compartimiento por compartimiento fue descubriendo la cara de todos y cada uno de sus compañeros de viaje. No tuvo demasiado trabajo ya que el convoy iba medio vacío; aquí y allá pasaba departamentos completamente vacíos y en algunos veía maletas, pero no pasajeros. Todo parecía indicar que los pocos viajeros del tren estaban en su mayor parte tomando el té en el coche-restaurante de cabeza. Tal vez Sonia estuviese allí.

Ya casi no le quedaba ningún compartimiento por registrar y cada vez le resultaba más desagradable su tarea, pues a cada momento esperaba enfrentarse a la mirada fría y acusadora de Sonia. Al pensar así le vino a la memoria durante Unos segundos el recuerdo de aquellos ojos que él mismo había ayudado a cerrar cuando para él Sonia era solamente un cadáver. Aquellos ojos de un extraño color verde oscuro que siempre habían sido su más distintivo rasgo físico.

Petticate sintió miedo de volver a encontrarse frente a aquellos ojos desconcertantes. No obstante, apresuró su marcha saltando por encima de bultos y paquetes que invadían un sector del pasillo de un vagón de segunda.

De pronto, chocó con otro viajero que venía en dirección contraria.

La alarma de Petticate fue grande y no tanto por las voces que daba la pasajera, era una mujer, sino por descubrir, que para colmo de desgracias se trataba de otro vecino; nada menos había ido a tropezarse con la señora Gotlop.

—¡Pero hombre, si es mi encantador Blimp!^[1]

Da señora Gotlop cargada de sortijas, pendientes y brazaletes de todas clases, había pronunciado aquellas palabras al mismo tiempo que agarraba la mano de Petticate en un salvaje apretón. Al coronel le molestaba más aquel prolongado apretón, que no el que le hubiera saludado con el impertinente apodo de siempre. La conocía bien y la temía. Augusta Gotlop no era simplemente una vecina de Snigg's Green, sino una autora de talento y en calidad de tal, colega y rival de Sonia Wayward.

—¡Mi coloradote Blimp! —siguió vociferando la señora Gotlop refiriéndose sin dura al rostro todavía moreno de Petticate tras sus vacaciones en el mar—. ¡Siempre tan marcial y con su aspecto campesino! —y al decir esto no soltaba la mano derecha del coronel, torturándola en un apretón que parecía no fuese a terminar—. ¡Vaya aspecto tan delicioso el suyo tras de contemplar a esa partida de ratones de biblioteca de la B. M.!

Petticate trataba en vano de desasirse de su inoportuna vecina. ¡Cuán distinta era la señora Gotlop en la realidad de lo que podía uno imaginarse al leer sus libros!

Los libros de la señora Gotlop eran siempre biografías de notables personalidades del siglo XVIII y sus eruditas investigaciones traían a la luz episodios de la vida de figuras cuyos intachables sentimientos quedaban maravillosamente realzados por la delicada prosa de la escritora. Augusta Gotlop era un sorprendente ejemplo de disparidad entre ella y sus obras y así como Sonia Wayward era exactamente la de sus novelas, la señora Gotlop personificaba lo contrario a lo que plasmaba en sus obras.

Petticate se dio cuenta de que prefería a Sonia. Traqueteado en el pasillo de un horrible tren y aprisionado por la garra de aquella espantosa mujer, el coronel sintió con nostalgia un súbito afecto por Sonia y decidió localizarla fuese como fuese.

Esta decisión le indujo a interrogar a la señora Gotlop:

—¿No ha visto usted por casualidad a Sonia?

—¿Dónde? ¿Aquí, en el tren? ¡No, qué va, ni rastro de Sonia! —y la señora Gotlop reía con estruendosas carcajadas desprovistas de matices, reía por el mero hecho de reír—. ¿Por qué, es que acaso ha perdido a su mujer?

—No —respondió Petticate tartamudeando—, no, no, es decir, me parece que ha tomado el tren. Es posible que esté en el coche-restaurante tomándose su té.

El coronel se daba cuenta de que no podía hablar demasiado ni decir algo que no ligase con lo que le había contado al viejo doctor Gregory. Pero ¿acaso le había contado algo comprometedor? ¿O no le había hablado nada? La verdad era que no podía recordar lo que había ocurrido durante el viaje. ¿Era posible que incluso hubiese pensado en arrojar a Sonia fuera del tren? ¡No, no podía ser!

Y en cambio sí guardaba una palabra en su memoria que se le aparecía cada vez con mayor fuerza: reconciliación.

Se puso en marcha y aunque le pareció una operación torpe y poco delicada, no tuvo más remedio que estrujarse contra el enorme cuerpo de la señora Gotlop que le impedía por completo el acceso al otro lado del estrecho pasillo. Cuando su rostro rozaba casi el de la escritora, ésta se puso a vociferar de nuevo:

—Hemos de tomar unas copas, sí, sí, unas copas juntos.

Petticate entendió aquello como una invitación que incluía también a Sonia y replicó cortésmente:

—Nos agradaría muchísimo, podemos reunirnos cualquier día.

—No, cualquier día no —refunfuñó la señora Gotlop gritando—; mañana mismo a la hora normal.

Y su risa adquirió una resonancia distinta al añadir:

—Se entiende, si Sonia está dispuesta a reunirse con el tunante de su editor.

—¿Se refiere usted a Wedge? —preguntó Petticate intentando zafarse del peso de Augusta que con su cuerpo le aprisionaba contra la pared del corredor.

—Exacto, a ese tipo me refiero. Ambrose Wedge está pasando el fin de semana con los Shotovers en Little Stroat y Rickie Shotover ha prometido traerle. ¡Habrà ginebra a raudales!

A Petticate le fastidiaban las mujeres que eran capaces de decir «¡habrá ginebra a raudales!» y por eso en aquel momento la señora Gotlop se le antojó todavía más repelente. Además, le sobresaltó la idea de que Wedge y la señora Gotlop pudieran intercambiarse notas antes de la proyectada reunión, y era seguro que lo harían pues era muy probable que en aquellas notas saliese a la superficie todo lo que le había contado a Wedge referente a la súbita partida de Sonia y lo que sólo pocas horas más tarde había explicado a la

señora Gotlop: que él y su mujer viajaban en el mismo tren camino de su hogar.

Tal vez no tuviese gran importancia, después de todo, con Sonia viva, cualquier problema podía de pronto empequeñecerse hasta desaparecer; pero aún opinando así a Petticate le había gustado siempre la claridad y pulcritud; en todas las circunstancias de su vida y el asunto de Sonia no había duda de que se había convertido en algo muy poco limpio.

—Muchas gracias —dijo tras lograr pasar finalmente al otro lado del pasillo—, lo tendré en cuenta y veré cómo podemos componérselas para asistir a su tan gentil invitación.

Consciente de que aquella frase podía esconder un presagio fatal, añadió frunciendo el ceño:

—Usted conoce a Sonia, nunca puedo saber lo que se dispone a hacer al día siguiente. Veremos qué opina. ¡Adiós!

Y Petticate se alejó por fin caminando a lo largo del corredor del tren.

Estaba atravesando un vagón de segunda clase casi completamente vacío cuando de pronto, algo atrajo su atención incitándole a aflojar su marcha y finalmente detenerse.

En uno de los compartimientos totalmente vacíos, había una maleta que, colocada sobre el asiento lindante al pasillo, parecía guardar innecesariamente el sitio a un pasajero ausente. Petticate se dio cuenta de que no era la primera vez que veía aquella maleta. No podía precisar cuándo la había visto o a quién se la había visto antes, pero algo le atrajo hacia aquel compartimiento.

Sí, estaba seguro, no podía equivocarse, en aquellos horribles instantes en que Sonia estaba regresando de la muerte, su maleta, la que ella llevaba para sus vestidos, acababa de caerse por el vaivén del tren sobre el asiento desocupado.

Desde luego no era una maleta como las que ella solía usar y las prendas que se veían a su alrededor tampoco las recordaba Petticate como propiedad de Sonia. Era cuestión de estudiar todo aquello.

La pobre mujer había sido sacada de las aguas del Canal en traje de baño y, como es natural, sin un penique. Había pedido algún dinero prestado para, por lo menos, poder regresar a casa y con ese dinero se había comprado algún vestido al mismo tiempo que la prestaban aquella maleta.

Se dio cuenta que de aquella maleta colgaba una etiqueta cuya parte escrita miraba hacia el interior del compartimiento. Era imprescindible leer lo que allí estaba escrito. Petticate miró a ambos lados del corredor y

asegurándose de que no venía nadie se introdujo en el compartimiento. Dio la vuelta a la etiqueta y leyó:

Smith
116 Eastmoor Road
Oxford

Aquella dirección aparecía escrita por una mano con muchos nervios o tal vez con demasiada prisa.

El coronel abandonó el departamento y saliendo otra vez al pasillo permaneció unos minutos mirando hacia la maleta. No era difícil pensar que aquel nombre y dirección correspondiesen al verdadero propietario de la maleta, pero al mismo tiempo tampoco podía olvidarse que el tren se dirigía en aquellos momentos hacia Oxford y que tras haber pasado ya Didcot no podían tardar ni veinte minutos en llegar a la ciudad universitaria.

¿Acaso sería posible que Sonia, planeando alguna horrorosa venganza, hubiese adoptado el oscuro nombre de Smith deseando permanecer momentáneamente oculta?

Partiendo de aquella suposición podían hacerse toda clase de conjeturas que cada vez destemplaban más los nervios del agotado Petticate. Volvió a penetrar en el departamento tras cerciorarse de que nadie venía e intentó abrir la maleta. Pero estaba visto que no tenía su día, la maleta estaba cerrada y optó por abandonar la intentona. Si alguien le descubría, su situación podía sufrir una muy peligrosa complicación.

Finalmente decidió llegar al final del convoy. Sólo le quedaba por recorrer el último coche: el vagón restaurante.

Abrió pues la puerta de este coche y su emoción llegó al límite. Cerca de la puerta que acababa de abrir estaba ella, sentada exactamente delante de él y frente a ella aparecía un asiento vacío.

Petticate, completamente decidido y sin dudar ni un instante, corrió a ocupar aquel asiento que el azar le brindaba.

—¡Sonia! —exclamó—. ¡Sonia, mi querida mujer!, deja que te explique.

Se paró de repente, dándose cuenta de que aquella mujer no era Sonia y que había ido demasiado lejos.

En efecto, la mujer que le miraba con asombrados ojos, unos bellos ojos verde oscuros en los que parecía descubrirse un excesivo azoramiento, no era Sonia Wayward.

Petticate nunca llegó a saber cuánto tiempo permaneció sentado sin pronunciar ninguna palabra frente a aquella mujer. Esta era más joven que

Sonia, pero no mucho más menos bella que Sonia, aunque no mucho menos y aquellas dos comparaciones la colocaban en una situación de parecido tan grande con. Sonia, lo mismo en facciones que en figura, que de pronto podía aparecer como una auténtica alucinación. Pero eran los ojos, aquellos asombrados ojos verde oscuros, los que más le recordaban a Sonia. En verdad que estaba seguro de que aquella mujer no era Sonia, pero él sí que seguía siendo el marido de Sonia.

Más no, y al pensar así a Petticate le dio vueltas todo a su alrededor como si el tren acabase de descarrilar, aquello no era verdad, él no era el marido de Sonia. No lo sería ya más por la sencilla razón de que Sonia estaba muerta.

CAPÍTULO V

—Disculpe mi equivocación, lo lamento —comenzó a decir Petticate dirigiéndose a la extraña mujer frente a la cual se había sentado—, la he confundido con mi esposa.

—No tiene importancia —respondió la mujer con voz ronca y entrecortada que apenas podía creerse fuese habitual en ella.

A Petticate se le antojó exagerado el nervosismo que aquella mujer parecía sentir, aunque no obstante pensase que era normal cierto desconcierto tras una escena extraña como la que acababa de producirse frente a ella. Si él la hubiese dicho «perdone, pero la he confundido con una conocida mía», el incidente no hubiera tenido mayor importancia que la de centenares de confusiones que diariamente se producen; pero él había afirmado categóricamente que la había confundido con su esposa y la equivocación era algo más grave. Tal vez aquella confusión encerrase a la postre un error de táctica que pudiese acarrearle un nuevo peligro. Petticate prometió a partir de aquel momento hablar de su mujer cuanto menos le fuese posible, para no poder llegar a parecer que el recuerdo de Sonia le perseguía obsesionadamente.

—Desearía no haberla asustado —dijo Petticate, paseando nervosamente tras haber rehusado permanecer sentado frente a aquella mujer que seguía mirándole con extraños ojos.

—No tiene importancia —repitió ella con voz todavía ronca y acercándose a sus labios una taza de té que temblaba ostensiblemente entre sus nerviosas manos.

Petticate se convenció de que había algo de anormal en el estado de nervios de la mujer y por esta causa su inesperada intervención había resultado doblemente desafortunada.

Iba ya a marcharse, cuando de pronto la mujer, dejando su taza de té sobre la mesa, con repentina resolución, se dirigió de nuevo al coronel, preguntando:

—¿Pero es que usted piensa que pueda creerme lo que me dice?

La respiración de Petticate se había hecho indecisa y a cada minuto que pasaba, parecía sentirse más cansado físicamente y deseando terminar aquel

abominable y desastroso viaje. Le parecía como si desde hacía mucho rato hubiese estado intentando trepar a la cima de una interminable colina.

—¿Crear lo que yo digo? —repitió con gesto estúpido.

—¿No irá usted a pensar que yo le crea? —repitió a su vez la mujer, añadiendo para terminar—: ¿o acaso lo piensa así?

—¿Por qué no iba usted a creerme? —preguntó Petticate pensando que aquello era lo único que las circunstancias le permitían decir y dándose cuenta de que debía obrar, rápidamente y sin divagaciones si no quería levantar sospechas.

—Me imagino lo que usted buscaba —dijo la mujer reanudando sus comentarios—. ¡Bueno, pues piense que en realidad yo soy su mujer!

En aquel momento, Petticate se dio cuenta que su verdadera cualidad de inglés no le había abandonado y seguía sintiéndose un caballero aún a pesar del alarmante giro de los acontecimientos en aquella aciaga jornada. En efecto, la mujer que había encontrado no era una señora como Sonia o Augusta Gotlop, aunque fuese justo reconocer que tampoco se trataba de una mujer rematador amén te plebeya. Petticate intentó descubrir cuáles eran los planes de aquella mujer tras sus últimas palabras.

Intentó reconstruir las frases pronunciadas momentos antes y concluyó asegurándose a sí mismo que el sentido de las mismas envolvía una segunda intención indescifrable.

No podía dudarse que ella había estado insinuándole que su pretendida equivocación al sentarse a su lado, no era más que una excusa por el propósito de iniciar una conquista de modo ciertamente original y sin duda con propósitos poco correctos.

Naturalmente, la correcta personalidad del coronel Petticate se sintió ultrajada ante tal insinuación que tan poco coincidía con su caballeroso modo de ser.

No obstante, a pesar de su disgusto al escuchar a aquella mujer, en el fondo acababa de sentirse aliviado, pues durante unos momentos se había creído atrapado en un cerco siniestro. Ahora todo estaba a punto de pasar y lo que antes había pensado, ahora se le antojaba sin sentido. Las circunstancias del extraordinario parecido de aquella mujer con Sonia, habíanle por un momento desequilibrado su juicio. Pero pronto quedaría todo atrás. Ahora lo único que se imponía era una retirada digna.

—Señora —dijo—, lamento este desgraciado accidente, que sin duda está expuesto a malas interpretaciones. Repito una vez más mis disculpas y con su permiso me retiro.

Pero la mujer no parecía impresionada y añadió:

—Su mujer está muerta y eso usted lo sabe muy bien.

Petticate se dio cuenta entonces, de la misma forma en, que a veces los hombres cuando están frente a un gran peligro se aperciben de las cosas más tontas, de que un camarero cuya presencia no había hasta entonces descubierto, acababa de colocar sobre la mesa, en el sitio vacío que quedaba frente a la mujer, un suculento servicio compuesto por una tetera, una tarta, un plato con varias tostadas untadas de mantequilla, un pedazo de pan moreno también con mantequilla y una copa conteniendo una enorme bola de mantecado, además de varios trozos de jamón alineados sobre un plato.

Petticate miró aquella exhibición de abundancia con la misma ilusión que un condenado puede mirar los manjares de la cena de su última noche. Fantásticas especulaciones se agolpaban febrilmente en su cabeza.

Quizás Sonia tuviese una hermana más joven de quien nunca le había hablado; tal vez, aquella hermana viajase a bordo del segundo yate; o quién sabe si todo aquello no formara parte de un juego perverso preparado por la propia Sonia para someterle a él a aquella despiadada tortura. O quizás...

No pudo seguir pensando, la mujer volvía a dirigirse a él.

—Sí, su esposa está muerta y bien muerta —repitió mirándole fijamente— y además, sé también como usted, que usted la ahogó.

Un instintivo sobresalto impulsó a Petticate a servirse precipitadamente una taza de té. Sorbió un trago sin poder reprimir un gesto de dolor por la hirviente infusión.

—Debería usted tener cuidado con lo que está diciendo; para hablar de esta manera es preferible hacerlo en privado.

Y al decir esto, Petticate estaba convencido de que si aquella mujer lo sabía todo, o casi todo, la única solución que le quedaba era comprar aquellos diabólicos conocimientos.

Bebió distraídamente un segundo trago e inevitablemente volvió a escaldarse la lengua.

—No he ahogado a mi mujer —balbuceó débilmente, pensando al propio tiempo que nunca podía una verdad como aquella sonar de forma tan parecida a un miserable embuste—; le juro que no la ahogué.

—Atándole los tobillos, ¿no es verdad? —añadió la mujer—. ¿Acaso no lo leyó en los periódicos del domingo? ¡Sí! Le ató los tobillos y la echó al baño.

Por un momento Petticate supuso que aquella asombrosa palabra pronunciada por la mujer en último lugar, podía ser *argot* refiriéndose al mar.

Pero el hecho de hablar de los periódicos del domingo era definitivo. Angustiadamente no pudo reprimir un largo suspiro.

—¿Cree usted que yo ahogué a mi esposa en el baño? —preguntó más tranquilo.

—Oh, ya sé que no es lo que contaron los periódicos ni lo que dijeron en la encuesta, 'Enry 'Iggins^[2] —y al pronunciar aquel nombre la mujer pareció sonrojarse avergonzada—. Henry Higgins, quiero decir.

Una vez más el tren se zarandeó exageradamente como si fuese a descarrilar.

—¿Cómo se llama usted? —gruñó Petticate.

—No haga caso de cómo le llame, no me da vergüenza haber nacido en un hogar humilde y además quiero decirle que hay cosas peores de las cuales uno puede avergonzarse, usted debería saberlo bien. Usted es Henry Higgins y se casó con mi tía.

—Yo no he hecho nada de eso —replicó el coronel Petticate indignado por aquella falsa acusación—. Nunca he conocido a su tía y a simple vista se ve que ustedes no pueden moverse dentro de mi círculo. Además, yo no soy Henry Higgins.

—Deje su valor ahora. ¿Con que usted no es Higgins? Usted lo que es, es un cobarde y de cobarde ha sido su actuación; se las da de millonario, se lleva a nuestra tía apartándola del mundo sin dejarla tener un solo contacto ni una sola visita por parte de sus familiares y finalmente la ahoga sin decírnoslo.

—¡Sin decírselo! —En la mente de Petticate comenzaba a tomar cuerpo una idea clara: tenía que habérselas con una loca.

La mujer continuó:

—¡Eso, sin una palabra! ¿Quién hubiera creído que aquel puñado de billetes iban a acarrear tales desgracias? Pero le advierto, Higgins, que si me pescan, le pescarán a usted. Si es que en realidad usted es millonario, preocúpese de comprar a quienes pueden delatarle. Por mi parte le aseguro que no tengo ningún miedo.

—No me atrevería a afirmarlo categóricamente —interrumpió Petticate tras haber recobrado el equilibrio.

Indudablemente hasta aquel momento habían estado jugando a los despropósitos y quedaba claro que no había nada que temer por parte de la desgraciada doble de Sonia, que por algún motivo todavía desconocido parecía invadida por el pánico.

No era posible pensar que todo lo que la mujer hablaba era pura invención de una mente enfermiza, más bien podía afirmarse que en realidad había

confundido al coronel con un tal Higgins, persona «poco» delicada, con la que se bailaba envuelta en algún asunto no demasiado limpio. Parecía como si aquella mujer, sobrina de la última esposa del desaprensivo Higgins, se hubiera encontrado metida en algún negocio sucio y tras la súbita muerte de su tía, metida en un callejón sin salida.

No obstante, Petticate no tenía demasiado interés en hacer más indagaciones, en realidad, no le interesaban las extravagancias de la gente de las clases sociales inferiores.

Se puso pues en pie y se disponía a alejarse sin añadir ninguna palabra más, cuando la doble de Sonia exclamó al tiempo que el tren comenzaba a detenerse:

—¡Oxford! ¡Y todavía no he recogido mi maleta! ¿Me acompaña, Higgins? Tal vez le gustaría bajarse en Oxford y tener una parrafada con *lord* Nuffield, de millonario a millonario, ¿no es verdad?

Sacó de debajo de la mesa una maleta y se dirigió hacia la puerta del vagón; miró una vez más con sus desafiantes y desorbitados ojos verdes al coronel y exclamó:

—¡Adiós, Henry Higgins, millonario industrial de pacotilla! ¡Mal viaje!

Petticate tuvo que contenerse para no adelantar unos pasos y abofetear el rostro de aquella desgraciada. Cerró los puños, pero no hizo ningún otro movimiento. Tal vez aquella indiferencia desconcertó más a la mujer de lo que pudiera haberlo hecho una escena violenta. Dio media vuelta y se alejó apresuradamente. Minutos más tarde Petticate la vio todavía de pie en el andén de la estación de Oxford; en la mano llevaba la maleta que antes le llamara la atención y que incluso había inspeccionado. Se trataba, pues, de la señorita Smith, o por qué no, de la señora Smith y vivía en el número II6 de Eastmoor Road, en cualquier rincón escondido entre las decenas de tejados en forma de flecha que ahora, cuando el tren acababa de reemprender la marcha, comenzaban a girar y retroceder cada vez a mayor velocidad. El ferrocarril seguía su marcha hacia el oeste.

Petticate, en una de sus extrañas conclusiones, pensó que era lamentable que la bella ciudad de Arnold y Pater, pudiese dar cobijo a seres tan desagradables como el que acababa de descender.

De pronto se dio cuenta de que tenía apetito. Aunque las tostadas estaban ya frías y poco apetitosas, acabó comiéndoselas todas. Todavía quedaba algún pasajero en el coche restaurante, pero Petticate creyó estar seguro de que

nadie se había apercibido de los momentos difíciles que le había hecho pasar aquella mujer. Tampoco creyó que nadie pudiera haber escuchado las palabras de la señora Smith ni las suyas propias; su instintiva buena educación le había salvado de una escena escandalosa que ciertamente no le hubiese reportado beneficio alguno.

Ahora que aquel incidente había pasado, el coronel Petticate podía reír tranquilo ante el carácter absurdo del mismo.

Dejó de pensar en aquello. Ya era hora de enfocar la situación de una forma más seria; debía intentar una nueva ordenación de sus ideas y poner en claro su situación. La situación que en aquel momento había vuelto a ocupar.

En efecto, acababa de volver al punto cero, había vuelto precisamente al mismo punto en donde se encontraba antes de tomar aquel tren lleno de sorpresas y caer en la falsa y peligrosa suposición, ocasionada por el extraordinario parecido de la tal Smith con Sonia Wayward.

El anciano doctor Gregory había sido el iniciador del imprudente equívoco y ahora Petticate debía regresar junto al doctor Gregory.

Recordaba que el doctor Gregory se había percatado del mal rato que frente a él había estado pasando. Pero estaba seguro que, en su ausencia, el anciano doctor había estado dando explicaciones fisiológicas a aquel anormal estado. Por otra parte, no recordaba exactamente qué es lo que le había dicho él al doctor refiriéndose a su indisposición; en cambio recordaba mejor su encuentro con la señora Gotlop; la señora Gotlop era un asunto diferente.

Allí sí que él había dado un paso en falso, al preguntar nada menos que a aquella horrible mujer que le llamaba Blimp, si se había cruzado en el pasillo del tren con su esposa Sonia. Considerando que en su anterior conversación con Wedge, Petticate le había dicho que Sonia había desaparecido y que por el momento no esperaba su regreso, era una discrepancia demasiado grande hacer ahora aquella pregunta a la señora. Gotlop y más aún cuando Wedge iba a ser huésped de la Gotlop al día siguiente.

Petticate se bebió el té que quedaba en su taza al tiempo que pensaba en lo enojoso que era tener que perder el tiempo salvando un obstáculo tras otro sin poder dedicar toda la tranquilidad necesaria a la sin duda memorable terminación de «Las puertas del Placer», o, mejor dicho, «El deseo del hombre».

En la inteligente mente de Petticate tomó forma el modo de esquivar el nuevo peligro que representaba su pregunta a la señora Gotlop.

Minutos más tarde, descendiendo por el pasillo del tren hacia donde ella se encontraba, descubrió a la señora Gotlop. La vio exactamente desde el

mismo sitio en que antes había descubierto a Sonia, a la inexistente Sonia, causante del embrollo.

Los mejores amigos de la eminente biógrafa eran Johnson y Boswell, dos pacíficos perros que ahora se encontraban sentados frente a su dueña en el mismo departamento. Johnson, que parecía más grande que nunca, con la lengua fuera, a pesar de estar echado parecía cansado, y Boswell, igual que su compañero, jadeaba ostensiblemente.

Petticate pidió cortésmente permiso para entrar en el departamento y se acomodó entre los dos colegas perrunos. Johnson le lanzó una compasiva mirada, impregnada de tanta tristeza como sólo los sabuesos saben hacer. El coronel pensó, al ver aquella triste mirada canina, que tal vez la estrella de Wedge, el famoso Alspach, había llegado a obtener su celebrado tono sombrío y melancólico por contacto con aquellas dos criaturas que parecían eternamente infelices.

Boswell, pekinés, miraba al recién llegado con aristocrático y altivo porte.

—¿Pero es que se lleva usted a Johnson y Boswell al museo inglés? —preguntó Petticate para comenzar la conversación.

—Ciertamente, no. No me gusta que mis perros puedan mezclarse con estúpidos perrazos que rondan siempre por ahí. No quisiera que Johnson y Boswell se me pervirtieran por el mundo.

Al decir estas palabras la señora Gotlop hizo una extraña mueca, un gesto que a Petticate se le antojó como de arrogancia y altivez. Petticate deseaba que la conversación fuera cordial para poder llevar el tema a su tan peligroso terreno.

—Entonces, ¿no les deja salir con amigos? —preguntó simulando gran interés.

La señora Gotlop meneó la cabeza vigorosamente y sus enormes y complicadísimos pendientes produjeron una musiquilla al chocar entre sí las diferentes piezas que los componían. Al mismo tiempo exclamó:

—¡Salir con amigas, nunca! ¡En absoluto! Lo único que hago es llevarlos a una clínica canina. A Johnson le están aplicando masajes, aunque la verdad es que comienzo a dudar del beneficio que puedan hacerle estos masajes. Me parece que es solamente un papadinerero.

Petticate miró al triste sabueso con simulado interés:

—¿Y Boswell? —preguntó.

—También está en tratamiento. Un tratamiento terapéutico, pues parece que sufre nemosis aguda. Según he podido observar, tiene continuamente la obsesión de enterrar y desenterrar huesos.

La señora Gotlop rió tras su explicación y Petticate no se atrevió a afirmar si lo que había escuchado era un chiste o efectivamente se trataba de los primeros pasos de la psiquiatría en el mundo canino. Intentó decir algo acerca de Boswell y su extraña obsesión, pero prefirió callarse por miedo a cometer algún error. Así, pues, creyó llegado el momento de cambiar de conversación.

—¿Recuerda la pregunta que le hice de si había visto a Sonia en el tren? Pues bien, se la hice sabiendo con toda seguridad que no la había visto, sabía perfectamente que usted no podía haberla visto.

—No siga, Blimp, no siga —le interrumpió la señora Gotlop mirándole fijamente—; ¿por qué no podía yo haber visto a Sonia igual que usted la puede ver? ¿O es que quiere hacerme creer que soy una borracha cegata?

—No, no quise decir eso. No podía ver a Sonia porque Sonia no está en este tren, no puede estar de ninguna manera. Sonia está lejos, se ha ido.

—¿Por qué dice usted cosas tan raras? ¿Cómo es posible que me pregunte si la he visto cuando en realidad está seguro de que no la he visto?

—Voy a explicárselo. La razón es muy sencilla. Se trata de una pequeña diversión que a veces practico —dijo Petticate pensando las palabras que empleaba—, un pequeño juego para recordar e imaginarme por unos momentos que nada ha cambiado y que las cosas siguen como yo quisiera que siguieran. Durante unos minutos he imaginado que Sonia seguía a mi lado y viajaba en mi mismo tren.

—Pero, ¿es que quiere usted decir que se ha ido para siempre?

—En absoluto, lo que quiero decir es que estará fuera durante una temporada indefinida. En nuestro último crucero marítimo tuvimos alguna discusión, siempre existen diferencias entre los matrimonios y de pronto decidió alejarse de mí por una temporada. Yo siento mucho su ausencia, aunque sé que no tiene demasiada importancia y que el día menos pensado aparecerá otra vez a mi lado. Pero, le repito, siento su ausencia y por eso le hice esa pregunta que a usted puede parecerle sin sentido. Sé que es una tontería y que sólo podía permitirme una libertad así con una vieja amiga como usted, querida señora Gotlop.

La voz de Petticate parecía entrecortada. Estaba convencido de que había empleado demasiadas palabras en su charla y de que la señora Gotlop había olfateado algo anormal.

—No sé por qué —dijo ésta—, me parece que no me dice la verdad.

—¿Usted cree que yo podría engañarla? —balbuceó Petticate con voz muy débil.

—Debe recordar mi profesión, *Blimp*, estoy acostumbrada a hacer distinciones entre la verdad y la falsía aunque se pronuncien con el mismo tono de voz. No, yo no puedo equivocarme.

Y al decir esto miró el rostro de Petticate mirándole con severidad.

—Le aseguro que... —comenzó a decir Petticate, pero no continuó.

De nuevo estaba nervioso y no era dueño de sus palabras. Pasaban los segundos y la señora Gotlop seguía mirándole fijamente. Aquello era realmente un signo alarmante y lo más alarmante era la seguridad con la que había pronunciado sus últimas palabras.

—No me asegure nada, *Blimp*, lo sé todo.

Petticate suspiró desesperado mientras Johnson, que todavía estaba jadeando, volvió la cabeza y le lanzó una mirada compasiva.

—Bien —se atrevió por fin a decir Petticate—; veo que usted ya sabe por qué se marchó. Sonia ha pasado estos últimos meses presa de cierta inquietud. Se sentía enferma y creía que el clima de Snigg's Green no le iba bien para su salud. Seguramente cuando volvamos a reunirnos ella estará completamente bien. Había leído y oído mucho acerca de las Bermudas y no me extrañaría nada saber que está allí. Por mi gusto, yo también me iría hacia allá, pero me es completamente imposible, debo cuidarme de las cosas de Sonia.

—Le comprendo muy bien, querido *Blimp* —dijo la señora Gotlop sin matizar sus palabras.

A pesar de un aparente acercamiento a la normalidad, a los ojos de Petticate la escritora seguía antojándole insolente en grado sumo. La señora Gotlop continuó:

—Bueno, bueno, querido *Blimp*. No es necesario que se esfuerce más. Me Le dado perfecta cuenta de su juego; usted no tenía intención de contarme la partida de Sonia o quería explicarme otra versión de la misma, pero al enterarse de que mañana voy a ver a Wedge no ha tenido más remedio que decir la verdad. Me explico perfectamente su visita de ahora. Mi querido *Blimp*, ¡qué trabajador está usted hoy!

Petticate no supo qué decir. Desde luego, las últimas palabras de la señora Gotlop, demostraban que no sabía ni imaginaba nada acerca de la muerte de Sonia y de la falsa alarma de su resurrección, pero igualmente parecía indicar que estaba sobre la pista y que si sospechaba algo, no se contentaría con esperar pasivamente el desarrollo de los acontecimientos.

Petticate se arrepentía de haber hablado demasiado de su mujer y una vez más, se proponía evitar la repetición de tales charlas que sólo podían crear sospechas que en realidad no tenían por qué existir.

Se levantó decidido y aparentando completa naturalidad dijo:

—Bien, señora Gotlop, debo volver a mi compartimiento, me espera allí el doctor Gregory y no quiero perderme una charla con un viejo amigo como él.

—Le recomiendo que le cuente la historia de su esposa —replicó la señora Gotlop con cínico acento.

Petticate meditó una respuesta inteligente a aquella nueva impertinencia de la horrible Gotlop; su mirada se detuvo en Boswell que parecía inquieto:

—Me parece —dijo señalando el pekinés—, que será mejor que lo saque al pasillo. Creo que siente alguna necesidad acuciante.

Luego saludó con una inclinación de cabeza y se retiró.

Mientras se dirigía hacia su compartimiento, pensó que tal vez Gregory estuviese esperándole intranquilo. Recordaba que había dejado su asiento aparentemente obligado por una necesidad que ahora había atribuido al melancólico Boswell y que ya no había regresado. Sí, no había duda de que el anciano doctor Gregory debía sentirse seriamente preocupado por aquella prolongada ausencia.

—¡Hola, Petticate! —exclamó al ver aparecer al coronel—. ¿Se encuentra ya mejor?

—Gracias, estoy perfectamente. Pero he creído que me vendría bien una taza de té.

—¡Hum! ¿Y no se ha tomado usted unas sales?

—Pues, no, doctor Gregory, no me he tomado ninguna sal, aunque es verdad que no me he olvidado de sus consejos.

Y al decir esto Petticate estaba pensando que a pesar de recordar los consejos de su médico se había comido todas las tostadas con mantequilla que le habían puesto por delante.

—Sí, es preferible que no coma mucho —continuó el doctor con acento profesional.

—Le prometo que me portaré bien —replicó Petticate y añadió en distinto tono:

—He visto en el tren a la mujer que usted había confundido con mi esposa.

—¿Que yo había confundido con su esposa? ¡No sé de qué me está usted hablando!

—¿No recuerda haberme dicho que acababa de ver a Sonia comprando una revista y que le daba la impresión que si no iba de prisa perdería el tren?

—Ah, sí, desde luego.

—¿Y no recuerda que yo le he dicho que no podía ser mi esposa porque Sonia estaba de vacaciones?

—Pues, no, francamente, no recordaba haberle oído decir esto.

Petticate le miró sorprendido.

—Es extraño, hubiera jurado que se lo había dicho. Tal vez iba a decírselo en el momento en que me sentí indispuerto y me vi obligado a interrumpir la conversación.

—Sí, seguramente fue eso —contestó el doctor Gregory, e interesándose por el asunto de Sonia preguntó—: ¿Así que ha visto usted a una mujer igual que su esposa?

—Casi idéntica, y es más, he estado sentado frente a ella en el coche restaurante. ¡Qué parecido! Los ojos son asombrosamente iguales.

—Muy interesante.

—Desde luego —quiso aclarar Petticate— podía haber ocurrido que Sonia hubiese de pronto cambiado sus planes y decidido regresar a casa, pero lo considero prácticamente imposible.

—Siento que Sonia se haya ido.

El doctor Gregory era un hombre comedido y sincero y al decir aquellas palabras sentía verdaderamente que Sonia hubiese abandonado a su esposo de forma, según parecía, algo irregular. Continuó hablando:

—Lo siento y me sorprende al mismo tiempo. Tal vez la señora Petticate, mujer de enorme vitalidad, se sienta ahogada en el ambiente de Snigg's Green. El mundo está lleno de anchos espacios y países maravillosos en donde la vida es mejor. Yo que ayudo a que decenas de niños vengan al mundo, pienso muchas veces, que aquí en Snigg's Green, en esta sombría región, cada niño que nace lleva consigo una condena al no haber tenido la posibilidad de nacer en una región más sonriente. Sólo una vida muy sana y ordenada puede ayudar a que no nos veamos sorprendidos por muchas más enfermedades que acechan entre las nieblas y humedades de este país. ¿No ha leído usted a Landor? ¡Maravilloso escritor!

—Sí —contestó rápidamente Petticate a quien siempre le agradaba demostrar su alta cultura literaria— leo a Landor y le admiro mucho como escritor, siento que su obra «Conversaciones imaginarias» no figure todavía entre los libros de mi mesita de noche. Es extraordinaria.

—Pues bien, hay un fragmento en su «Esopo y Rhodopo» que yo he tomado siempre como bandera de mis consejos profesionales. Landor predica insistentemente que es mucho mejor irse temprano a la cania que levantarse tarde, el día es la vida, la noche la muerte; hemos de vivir la vida, pues si

vivimos la muerte, al final de nuestros días habremos estado más tiempo muertos que vivos.

—Perfecto —afirmó Petticate—, Landor tiene razón.

—Sí —asintió tristemente el doctor Gregory—, pero muchas veces cuando aconsejo a mis pacientes este tipo de vida no quieren oírme, me dicen que estoy anticuado, pasado de moda y algunos acaban por buscarse otro médico más moderno. ¡Tal vez tengan razón y yo esté ya demasiado viejo para mis funciones!

—No diga usted eso —se apresuró a decir cortésmente Petticate— precisamente, una de las cosas que Sonia me decía en el yate era lo bien que usted se conservaba.

Hizo una pausa y tras haber vuelto a nombrar a Sonia decidió terminar la conversación de forma parecida a como la había comenzado.

—Bien, doctor Gregory, Sonia se ha ido y deseo que en su ausencia sea feliz, ya que trabajo y felicidad es lo que ella anda buscando. Un cambio de residencia es casi obligado de cuando en cuando para el bien de su trabajo, tal como usted dice, el mundo está lleno de anchos espacios y maravillosos países. Tal vez, cualquier día de la próxima semana, reciba un cable emplazándome en un escondido rincón de las Bahamas. Será una lástima porque aún sintiéndolo dudo que pueda obedecerla.

—Sí, ciertamente será una verdadera lástima si esto llega a ocurrir, pues nunca viene mal un viaje de esta envergadura y ya no hablemos de una estancia en medio de paisajes maravillosos, jugando al golf y respirando aires paradisíacos.

El tono del doctor Gregory era como siempre extremadamente afable y cortés, pero Petticate se sentía inquieto ante aquellos diminutos ojos que parecían intentar atravesar sus propios pensamientos. Tenía razones para sentirse inquieto. Aquel viaje en tren había resultado agotador.

SEGUNDA PARTE
SENSACIÓN EN SNIGG'S GREEN

CAPÍTULO PRIMERO

El coronel Petticate se pasó la mañana siguiente enteramente en su casa, trabajando en la novela que firmaría la nueva Sonia Wayward.

De una frase de Robert Bridges había decidido sacar el título definitivo de su obra.

«Tal vez no sea todo lo que el hombre llega a alcanzar, lo que realmente estaba en el deseo de la juventud».

Quizás «El deseo de la juventud» no concordase exactamente con el estilo de Sonia, pero Petticate pensaba comenzar por explicar a Wedge que efectivamente Sonia había cambiado ligeramente.

Lo más probable es que Wedge ante la auténtica calidad de la nueva Sonia no tuviese nada que objetar.

«Objetar», pensaba Petticate, he aquí una palabra que Sonia nunca hubiera empleado y al pensar así disfrutaba preparando frases como la siguiente: «sin objetar, el gran escultor volvió sus talones y se alejó». Cuando hablaba del gran escultor se refería desde luego al padre de Timmy Vedrenne. Algunas líneas después le llamaría «eminente artista» y más adelante llegaría el momento de comparar a Timmy con Byron al tratar de su insensata pasión; no debería olvidar llamar a Byron «el melancólico señor de Newstead».

Sinceramente, todo aquello le resultaba verdaderamente entretenido y mucho más fácil de lo que podía esperar. La mañana iba transcurriendo y las páginas de «El deseo de la juventud» fluían sin cesar extendiéndose por el suelo y haciendo recordar a Petticate con nostalgia, tiempos pasados.

Aceptando completamente el criterio moral de Wedge, el coronel Petticate comenzaba a sentir dudas acerca de la consistencia que en la obra pudiese tener el asunto de los pantalones de remero. En aquel fragmento le parecía que Sonia no había dejado una huella demasiado profunda de su estilo. Tal vez, fuese mejor echar una nueva ojeada a aquellas treinta mil palabras escritas por Sonia e introducir las variaciones que pudiese creer oportuno.

Petticate, sentado frente al maravilloso mirador de su pequeño estudio, entretenía su mente en aquellas divagaciones, cuando mirando a través de los cristales, se dio cuenta de que por el pasillo central del jardín se acercaba el sargento Bradnack.

Aquello significaba que la policía venía a visitarle.

Sonó la campanilla de la puerta y un minuto después entraba en el estudio Hennwife, silencioso y serio.

—El sargento Bradnack, señor. Siento decirle que se trata de una citación.

Petticate clavó su mirada en el mayordomo y preguntó siempre con ánimo de corregirle:

—¿Acaso quiere usted decir que vienen a interrogarme?

—Pues, tal vez, señor. No creo que se trate de un arresto, pero si de una multa de circulación, algo de esto me ha dicho el sargento, aunque se ha apresurado añadir que lamentaría causarnos demasiadas molestias.

El amo de Hennwife que se había sentado pesadamente en su silla, cambió de pronto de idea y se puso en pie.

—Bueno —dijo— aunque en el fondo me fastidie enormemente, es preciso que Bradnack, entre y exponga el asunto; ignoro qué reglamento, cómo y cuándo he podido infringir. Además, creo que es una exageración, que por un, motivo tan sencillo vengan a molestarme a mi casa.

—Opino exactamente igual que el señor. ¿Le digo que pase?

Petticate sin mirarle refunfuñó de mala gana.

—Sí, llégale pasar.

Hennwife se retiró hacia el vestíbulo, mientras Petticate se apresuraba a recoger los papeles que desordenadamente se extendían por el suelo. Si Bradnack era un buen detective, cosa que en realidad no creía, podía fácilmente sorprenderse de encontrar al coronel Petticate llenando multitud de cuartillas con diálogos. En cualquier caso era preferible no crear nuevos peligros con él sargento Bradnack, lo mismo que no debía, crearse complicaciones con Hennwife y su mujer.

Bradnack entró manteniendo respetuosamente su casco en la mano. Tenía el aspecto de un hombre de andar pesado, pies grandes, enormes zapatos y aspecto desgarrado. Su aparición tenía siempre algo de teatral y hubiese pasado perfectamente por uno de los alguaciles rurales de cualquier comedia montada en una fiesta aldeana.

Petticate, sobreponiéndose a la sensación, a la que por otra parte comenzaba a acostumbrarse tras su nueva situación, procuró adaptar el aire más altivo que pudo y que él creía obligado en una persona de su situación social que debe siempre mirar a este tipo de oficiales de la policía, como mirara a sus propios criados.

—Buenos días, Bradnack —saludó amistosamente—. Qué, ¿siguiendo la pista de un crimen, no es verdad?

—Lamento sinceramente molestarle, coronel, procuraré darme prisa; se trata solamente de una pequeña infracción civil.

Mientras el sargento Bradnack hablaba, su mirada se posaba una y otra vez en todos los rincones del estudio. Era muy posible que no estuviese siguiendo la pista de un crimen, pero desde luego, no había duda de que buscaba algo.

Petticate sintió una extraña sensación de desasosiego al preguntarse a sí mismo si en efecto había algo que él debía haber ocultado.

—Bien, entrégueme lo que sea, no necesita andarse por las ramas y antes de irse, tómese una cerveza que Hennwife le servirá.

—Muchas gracias, coronel, repito que siento molestarle, pero siento decirle que no es a usted a quien tengo que entregarle la citación, Debo hablar con la señora; lamento verme obligado a molestarla pero me es indispensable hablar con ella.

—¿Se refiere usted a mi esposa?

Entre tanto Bradnack había extraído de su bolsillo un sobre azul y leía cuidadosamente el escrito de su interior. Petticate pensaba alarmado en el contenido de aquella cuartilla.

—Señora Ffolliot Petticate —dijo por fin el agente y siguió mirando a todos los rincones del estudio como esperando aparecer a Sonia de detrás de una cortina del interior de un armario.

—Mi mujer no está en casa —dijo Petticate—, creo que será mejor que me lo entregue a mí; si lo cree conveniente, puedo firmarle un recibo.

Bradnack movió la cabeza en gesto de duda.

—No sería correcto, coronel, nuestras ordenanzas exigen un contacto directo con la persona interesada. Debo molestarle una vez más rogándole me facilite la dirección de su esposa.

—Le aseguro, sargento, que no tengo ni idea de dónde pueda estar. Estoy asustado, mi mujer está de vacaciones y continuamente se traslada de un lado a otro, he perdido todo contacto con ella.

Por un momento pareció que el rostro de Bradnack se ensombreciese con un gesto de extremada seriedad, pero luego se iluminó con una indulgente sonrisa:

—No siga, coronel, no hace falta que se invente más historias. Da citación no tiene importancia, le aseguro que no es nada serio; aparcamiento en zona prohibida. Ya sabemos la importancia que eso puede tener, no creo que le cueste más allá de diez chelines.

Petticate no estaba dispuesto a aceptar aquella imbecilidad con tolerancia.

—Amigo mío, no es cuestión de intentar anular la citación; estoy diciéndole la pura verdad: la señora Petticate no está en casa y no tengo ningún medio de poderme comunicar coa ella, ni sé cuándo lo tendré; sus planes son completamente indefinidos.

—Ah, ¿quiere usted decir que su esposa ha desaparecido de verdad?

El sargento Bradnack había pronunciado aquellas palabras con tal solemnidad, que a Petticate le pareció que el asunto de, Sonia iba a pasar automáticamente a la Interpol.

—Mi inspector debe conocer este caso —añadió el sargento y con brusca decisión se sacó del bolsillo una libreta de notas y un lápiz negro. Se rascó distraídamente la oreja con el lápiz y añadió—: en principio me interesa saber la fecha exacta de la desaparición de la señora Petticate.

El coronel se sentía aplanado. Aquella tontería estaba tomando un cariz absurdo y ridículamente peligroso y precisamente ahora se daba cuenta de que no se le había ocurrido fijar la fecha que ahora el sargento preguntaba. «El deseo de la juventud» le había absorbido demasiado. Había estado ideando escenas entre Clara y Timmy y no se le había ocurrido idear la escena de la partida de Sonia.

—Hace muy pocos días —balbuceó—; habíamos estado disfrutando en nuestro yate de unas merecidas vacaciones, cuando al finalizar nuestro crucero, decidió comenzar ella sola un nuevo viaje.

Terminada aquella imprecisa contestación, Petticate pensó que era la respuesta adecuada a la pregunta del sargento, ni demasiado precisa ni extremadamente vaga.

A Bradnack pareció interesarle mucho aquella información aunque su interés no fuese solamente profesional ya que ahora mantenía el block de notas cerrado.

—Siempre he pensado —dijo— que estos cruceros encierran numerosos peligros. Incluso el bañarse es peligroso cuando se va en un yate.

—Sin duda —replicó Petticate a quien la voz le temblaba imperceptiblemente.

Se daba cuenta de que había llegado el momento de hacer algo para que el policía se marchase.

Bradnack continuó:

—Siempre he tenido gran interés en conocer detalles referentes a bañistas.

—¿De verdad? —preguntó Petticate suponiendo que el sargento se refería a detalles de las exiguamente vestidas bellezas que aparecen con insistencia en las portadas de numerosas revistas populares.

—Me refiero —aclaró Bradnack—, a bañistas abogados. Es espantoso, se lo aseguro, verdaderamente espantoso. Observe solamente la costa del Sur en plena temporada, diariamente se enterará de desgracias acaecidas a gente que se bañaba o de gente abogada mientras navegaban. Las cifras son altísimas y tengo la impresión de que no todos los accidentes son fortuitos. Creo que hay mucho juego sucio.

Un frío intenso se apoderó del cuerpo de Petticate.

—Muy posible —se atrevió a decir.

—Usted ha dicho la palabra exacta sí, señor, muy posible. Tan posible que estoy convencido de que cada año a bordo de los yates y al borde de las playas, se cometen verdaderos asesinatos. A parte de que puedan también cometerse actos similares en otros muchos lugares, ¿no ha leído los periódicos de hoy?

—Pues, sí, los he leído, pero no la parte que trata de estos sensacionalistas sucesos.

—Pues se ha perdido usted algo verdaderamente interesante. Un caso que apasiona y cuya investigación ha entrado... ahora en su fase decisiva. El cuerpo ha aparecido ahogado pero se sospecha que estaba ya muerto cuando fue sumergido en el agua.

El pensamiento de Petticate, voló tras las palabras del sargento, hacia el cuerpo muerto de Sonia sumergida en la inmensidad del océano.

—¿Cree la policía que podrán identificar a la mujer? —preguntó.

—No se trata de ninguna mujer —contestó Bradnack momentáneamente extrañado—; el cuerpo encontrado corresponde a un hombre de mediana edad y bien alimentado. Ahora bien, le advierto señor Petticate, que hace menos de diez días apareció el cuerpo, medio roído por el agua y los peces, de una mujer.

El coronel no pudo prestar mucha atención a aquellas alarmantes últimas palabras ya que sus nervios habían acabado nuevamente por producirle serios trastornos intestinales y en aquel momento sólo se afanaba en localizar un vaso y su frasco de sales.

—Antes de irse, sargento, le invito a un *whisky* —dijo mientras caminaba con inseguridad en busca de algo con que humedecer sus resecaos labios.

En su atolondramiento le fue imposible localizar las sales y sólo pudo encontrar la botella de *whisky* y un par de vasos. Así pues, un minuto después, Petticate estaba sentado en un cómodo sillón ingiriendo alcohol. A su vez el sargento Bradnack, permanecía respetuosamente de pie en el centro de la habitación manteniendo en su mano derecha aquel inesperado refresco. Le

extrañaba aquella repentina invitación de última hora y en su interior se preguntaba si la sugerencia de una cerveza con Hennwife seguiría aún en pie.

Tras un tiempo prudencial, Bradnack saludó respetuosamente, se despidió y abandonó el estudio. Petticate permaneció todavía largo rato sentado contemplándose fijamente en el vaso que mantenía entre sus manos. Luego se levantó, encontró las pastillas que buscaba, introdujo una en un vaso de agua y se lo bebió con una mueca de desagrado. Luego se dirigió hacia las ventanas y miró a través de ellas. No se veía a nadie.

Petticate no quiso beber más *whisky*, pues recordaba que aquella bebida no le había servido de ayuda la noche del yate. Se había hecho el propósito de que su vida debía discurrir de ahora en adelante por el camino de la sobriedad.

Abandonó la ventana y se dirigió de nuevo a su escritorio. «El deseo de la juventud» volvió a acaparar toda su atención.

CAPÍTULO II

La señora Hennwife estaba preparando la carne para la merienda de Petticate. Ceremoniosamente la cortaba con los cubiertos de plata, mientras el coronel observaba sus movimientos.

—Dispéñeme, señor, ¿dijo la señora si quería que le enviásemos algo?

—No, basta el momento no ha hecho ninguna mención a este respecto; si desea que le enviemos algo, cuando escriba lo dirá.

—Gracias, señor.

La señora Hennwife no podía disimular su extrañeza ante la forma de expresarse de Petticate, que demostraba que la posibilidad de una comunicación entre él y su esposo era algo puramente condicional. Todavía creyó oportuno insistir y añadió:

—Yo he pensado que lo que lleva consigo no es suficiente para unas vacaciones de cierta duración y sin duda, señor necesitará otras cosas.

En aquel momento se le ocurrió a Petticate la idea de desprenderse de sus criados. Los Hennwifes deberían irse. Aunque probablemente estuviesen ajenos a los problemas íntimos de Petticate, su presencia resultaba peligrosa en casa. Eso sí, debería actuar sin precipitación y preparando antes el terreno. Un marido que de pronto llega un día a su casa sin su esposa y lo primero que hace es desprenderse de sus criados, es lo más a propósito para protagonizar el papel principal en la historia de un crimen. Los Hennwifes deberían acoplarse en su debido papel a la hora de la retirada final. Todo debía presentarse como algo absolutamente normal. A Petticate se le antojaba perfecta aquella expresión que acababa de pensar: retirada final. Le pareció digna de ponerse en boca de un caudillo que en medio del fragor de la batalla sigue en posesión del control completo de la situación.

¿Acaso no era él un caudillo en medio de mi combate? Mordisqueó un pedazo de carne y frunció el ceño.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo con buen humor a la señora Hennwife—, no creo que el presente ajuar de la señora sea suficiente, pero sospecho que debe haber planeado recalar en París para reavituallarse. Ya sabe usted que todas las mujeres que viajando necesitan comprarse vestidos o cualquier otra cosa, acaban siempre en París.

Rió con estudiada risa y continuó:

—Ya verá como el día menos pensado la veremos llegar cargada con los últimos modelos. No dude de que aprovechará bien su viaje. Señora Hennwife, ¡este pimentero está vacío!

La señora Hennwife a quien le dolía sentirse reprendida corrió a llenar el pimentero. Petticate no pudo evitar una ligera sonrisa esta vez completamente real. Había tenido una excelente idea al hablar de París. París, Brasil, las Bermudas, las Bahamas, etcétera; en poco tiempo había ido soltando todas estas vagas y no obstante razonables sugerencias y la posibilidad de centralizar la localización en algunos de estos puntos se hacía prácticamente imposible. Por otra parte, creía que ninguna seria amenaza podía provenir de los Hennwife; él era un ser que a Petticate le parecía extremadamente estúpido y la señora Hennwife se le presentaba como el apreciable tipo de criada perfecta que no tiene ningún otro interés que no sea el del eficiente desempeño de sus labores.

Petticate se dio cuenta de que el pimentero estaba ya lleno y colocado frente a él sobre la mesa; pero la señora Hennwife no parecía todavía dispuesta a irse. Algo quería.

—Dispéñeme, señor, pero he pensado si no sería conveniente asear un poco la habitación de la señora.

—Perfectamente, señora Hennwife, creí que no necesitaría usted preguntarme esto —respondió Petticate, quien por alguna razón que ignoraba se sentía de pronto sobresaltado pues su instinto le decía que aquello podía acarrearle un nuevo contratiempo.

Cuidadosamente dio la vuelta al pimentero, al tiempo que la señora Hennwife volvía a hablar.

—Señor, el pasaporte de la señora estaba colocado sobre el *buró* de la Habitación. He pensado que a la primera oportunidad deberíamos enviárselo.

—Sí, verdaderamente; de momento póngalo sobre mi escritorio, ¿quiere? —y al decir esto Petticate se acercó a la boca un gran trozo de carne, intentando entretenerse mientras decidía lo que debía decir inmediatamente después.

Efectivamente, él y Sonia se Habían ido sin intención alguna de cruzar el Canal y tocar puertos franceses. A pesar de ello, no Había duda de que tanto él como ella llevaban siempre su pasaporte, pero tras las palabras de la señora Hennwife, quedaba claro que Sonia se Había olvidado el suyo en el último momento. La cuestión que ahora se le planteaba era sencilla. ¿Se percataría Hennwife o su esposa del completo significado que este documento olvidado podía tener? Petticate Había estado esforzándose en presentar a Sonia vaga,

pero al mismo tiempo definitivamente lejos del país y, desde luego, en el extranjero y ahora, de pronto, quedaba claro que Sonia no podía haber abandonado Inglaterra.

—Creo, señora Hennwife que voy a tomarme el café en el estudio. Hábleme otra vez del pasaporte a la Hora del té.

—Sí, señor.

Petticate se levantó de su asiento sin apetito. Hubiera querido estar seguro de saber si la señora Hennwife sabía o por lo menos sospechaba que él y Sonia estaban en el presente sin ningún medio de comunicación. Desde luego, así se lo había comunicado al sargento Bradnack y era muy fácil pensar que el sargento Bradnack a su vez se lo había comunicado a Hennwife. Petticate pensó una vez más que si en la mente de la señora Hennwife había tomado cuerpo algún pensamiento sombrío no le quedaba más remedio que actuar con rapidez, ligereza y sin pérdida de tiempo.

—Se trata del pasaporte viejo de la señora Petticate y simplemente está aquí porque hay que devolverlo al Foreign Office.

—¡Ah!, ya comprendo, señor.

E inmediatamente, la señora Hennwife dio media vuelta y se alejó. ¿Era aquella súbita marcha completamente normal o había habido una sombra de excesiva precipitación? ¿Acaso Petticate acababa de decir algo de fatales consecuencias?

Nunca había oído decir que los Hennwife hubiesen estado alguna vez al servicio de personas residentes fuera del país. Lo más probable es que no supiesen nada acerca de pasaportes y si algo sabían era de esperar que su conocimiento no fuese tan amplio como para saber que cuando uno obtiene un nuevo pasaporte continúa en posesión del viejo, al que le cortan y le doblan misteriosamente hacia abajo un solo ángulo. Ahora bien, si la señora Hennwife se sentía acuciada por la curiosidad, nada le impediría dar otra ojeada al documento de Sonia y por poco inteligente que fuera la mujer, le sería fácil darse cuenta de que un pasaporte que tiene sólo dos o tres años sigue conservándose en vigor y sin posibilidad de cambiarlo por uno nuevo. Ciertamente, pensó Petticate, aquella vez no había estado acertado en su embuste. Quizás lo único que había logrado con su nueva treta fuera despertar la posibilidad de que la señora Hennwife hiciese conjeturas; era casi seguro que ya en aquel momento la señora Hennwife las estaba haciendo y si a ella se le pasaba por la cabeza que podía haber sido engañada, era más que probable que haría cuanto estuviese en su mano para informarse sobre el particular.

Después de tomarse el café, salió a pasear por su inmenso jardín dispuesto a despejar su embotado cerebro. Estaba enamorado de su jardín y mientras se paseaba se dio cuenta de que en realidad no tenía ninguna gana de cambiar aquellos árboles y flores que le eran tan familiares y tan bien conocía, por algún extraño parque cuajado de plantas exóticas y tallos germinados en las Bermudas o en las Bahamas.

Tal vez, si se quedaba en Snigg's Green o si regresaba allí tras una temporada de ausencia, la gente acabaría olvidándose de Sonia, por lo menos olvidándose de ella como ser humano, aunque siguiesen recordándola y a la vez admirándola como autora famosa de novelas. Quizás el nervosismo de algunos momentos le había hecho ver más dificultades de las que en realidad existían tal vez a fuerza de trabajo acabaría por despreocuparse completamente.

Petticate echaba bocanadas de humo al estilo del presidente Hoover de quien era la frase de que «todas las buenas ideas le venían fumando», mientras pensaba qué podía hacer con los Hennwife. En el fondo era ridículo que se inquietase por su causa. ¿Acaso no era completamente sencillo desprenderse de ellos llegado el momento? Pero, por otra parte, ¿no resultaría peligroso tomar aquella determinación en el caso de que realmente albergasen alguna sospecha?

En cualquier caso, no creía que la materialización del despido encerrase grandes dificultades; les diría simplemente que ya no necesitaba de sus servicios, les daría las cartas de recomendación que necesitasen, les pagaría un mes y lo que fuera preciso, y así terminaría la cosa. Incluso a los Hennwife no les desagradaría la oportunidad de unas vacaciones pagadas tras tantos años de trabajo ininterrumpido y preferirían marcharse a intentar armar escándalo con sus chismorrerías. Siempre habían sido excelentes servidores, y como tales serían los primeros en comprender que para ocupar buenos puestos en Inglaterra no se admitiría nunca a cualquier persona que antes hubiese estado mezclada en el más pequeño escándalo.

Enteramente decidido a actuar de aquella forma, Petticate regresó a su estudio dispuesto a continuar trabajando en «El deseo de la juventud». Volvió a leerse lo que había mecanografiado antes de comer mientras seguía pensando que lo mejor era adoptar toda clase de precauciones. Pensó que los Hennwife estaban acostumbrados a verle pasando a máquina los escritos de Sonia y que de ninguna manera podían darse cuenta de que ahora lo que escribía era un original. Desde luego, en ausencia de Sonia, no podría seguir escribiendo sin interrupción si no quería despertar sospechas ante tal

voluminosa obra para pasar en limpio y aquella serie de pequeños impedimentos eran otra de las causas que le obligaban a deshacerse de sus criados. Estaba decidido a hablar a Hennwife después de la cena.

Petticate entró en su estudio distraídamente, pero al ir a sacar unos papeles de su escritorio se dio cuenta de que junto a la máquina alguien había colocado un librito azul y delgado. En su portada aparecía un rectángulo recortado y dentro del mismo el nombre de su mujer impreso en tinta. Pronto reconoció aquel librito en cuya portada azul, aparecía grabada una enorme vaca lechera. Efectivamente, se trataba de un librito del tipo de los que usan los comerciantes e incluso las amas de casa para llevar sus cuentas; y aquella era la explicación, se trataba del libro de cuentas de Sonia.

Ahora bien, ¿por qué había aparecido ahora aquel libro en el escritorio de Petticate? Sin encontrar respuesta adecuada a aquella pregunta el coronel tocó la campana llamando a sus sirvientes.

Fue Hennwife el que apareció ya que el estudio quedaba bajo su jurisdicción.

—¿Llamaba el señor?

—Sí, Hennwife, quiero preguntarle ¿qué diablos hace aquí este dietario de cuentas de la señora? No estamos a final de mes y en ningún caso usted me trae a mí nunca estas cosas.

—Le pido perdón, señor, la señora Hennwife creyó que a usted podría interesarle. Me parece que dijo algo de un pasaporte de la señora que había encontrado en la habitación y usted mismo fue quien le pidió que lo pusiera en su escritorio. Creo que incluso le hizo algunas observaciones a este respecto; no obstante, ahora veo que mi mujer se ha equivocado confundiendo este librito de cuentas con un pasaporte —y con un gesto que en el fondo parecía encerrar cierta insolencia señaló hacia el librito y la exuberante vaca de la portada.

Petticate dirigió su mirada hacia el librito azul. Indudablemente su parecido con un pasaporte inglés era muy grande. La vaca, a simple vista, podía parecer el león y el unicornio luchando por la corona y en el lugar en que en los pasaportes se lee «Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte», allí ponía «Wm. Snailum, el lechero de la mejor calidad, Snigg's Green». Sí, el parecido existía.

Petticate comenzó a confrontar en su interior diferentes posibilidades, alarmantes todas ellas, si bien una le preocupase más que las demás. Tal vez Hennwife hubiese dicho la verdad y la señora Hennwife, como él solía llamar familiarmente a su mujer, hubiese confundido el libro de cuentas del lechero

con el pasaporte de Sonia, descubriendo después su error al ir a colocarlo sobre el escritorio de Petticate tal como éste le había ordenado. Si esto era cierto, no había duda de que una vez más Petticate se había ido de la lengua, había hablado demasiado y ofrecido demasiadas «observaciones», tal como Hennwife le había dicho. Incluso había hecho notar que en efecto era un pasaporte pendiente para entregarlo en el Foreign Office. ¿Qué deducciones podrían haber sacado sus criados de la actuación de Petticate? Además, una sombría suposición le inquietaba ahora al preguntarse si era en realidad el libro del lechero lo que la señora Hennwife había encontrado en la habitación de Sonia. ¿No sería realmente el pasaporte lo que allí había descubierto y luego ella misma o su marido, preparando alguna trampa al sospechar de Petticate, lo habían cambiado por el librito de cuentas? Si esto era cierto, aquello significaba que los Hennwife tenían el pasaporte de Sonia, válido y en vigor, en su poder; significaba que sabían que Sonia no estaba fuera del país; significaba que sabían que Sonia no podía irse o haberse ido fuera y les colocaba en una clara posición para probar aquellos hechos en cualquier ocasión.

—Gracias, señor —dijo Hennwife que tenía la irritante cualidad de dar las gracias siempre, aun cuando la ocasión no lo requiriera. Recogió el librito y al ver la vaca grabada en la portada volvió a hablar—: Quizás sería preciso que la señora Hennwife redujera un poco la compra de leche, señor.

Petticate se sentía irritado y con enormes ganas de terminar la conversación.

—Sí, sí —dijo—; diga a la señora Hennwife que haga lo que le dé la gana.

—¿Desea usted continuar con el *Daily Telegraph* y el *Times*, señor? Me parece recordar que usted dijo que quería deshacerse de este último periódico y perdone que le mencione ahora este asunto que no tiene nada que ver.

Petticate intentaba mirar a Hennwife con severidad sin lograrlo.

—Sí, no me traiga más el *Telegraph* ni su suplemento semanal en color.

—Muy bien, señor, pero hay otra cosa todavía.

—¿Sí? ¿Todavía tiene algo más que decirme?

—El proyectado mirador, señor.

—No sé de qué me está usted hablando, Hennwife.

—Con mucho gusto se lo recordaré. La señora había hablado de abrir un mirador en la pared oeste de su habitación. Muy agradable, creo que es una excelente idea y se me ha ocurrido pensar que ahora sería el momento adecuado si usted cree que la ausencia de la señora va a ser lo suficientemente prolongada para poder realizar este trabajo.

—Mi mujer estará fuera una larga temporada, pero no creo que eso sea motivo para empezar ahora a abrir ventanas. Cuando lo crea oportuno yo mismo le avisaré.

—Muchas gracias, señor —contestó una vez más con su exasperante sonsonete—; veo que la ausencia de la señora va a ser larga.

Ambas cosas, el fondo y la forma de pronunciar aquellas palabras, acabaron por poner nervioso a Petticate, que ya no podía resistir más.

—Sí, estará unos meses fuera —dijo casi gritando—, dígaselo así a la señora Hennwife. Esto es todo.

—Gracias, señor. La señora Hennwife y yo haremos cuanto esté de nuestra parte para que usted se encuentre bien atendido y viva confortablemente mientras la señora esté fuera; y estoy seguro de que lo lograremos. Mientras ella no regrese, puedo asegurarle que no le quitaremos a usted la vista de encima, naturalmente en el buen sentido de la palabra.

Esta vez, Hennwife no saludó inclinándose servilmente como en otras ocasiones; miró a Petticate de reojo y sin añadir ni una sola palabra, salió de la habitación.

CAPÍTULO III

Petticate debía acudir a la cita de la señora Gotlop, pero aprovechó aún para escribir quinientas palabras más de la historia de Clara y Timmy, mientras la señora Hennwife, tal vez excesivamente silenciosa, le servía el té con irreprochable pulcritud.

A medida que la novela avanzaba iban surgiendo más dificultades, pues la personalidad de Petticate acusaba caracteres distintos de los de Sonia. Además, aparte de la novela que él estaba escribiendo, él, propiamente él, vivía también una auténtica novela en donde Wedge y la señora Gotlop, los Hennwife y Bradnack, eran personajes de carne y hueso que él no podía dirigir a su antojo como hacía con Clara, Timmy y los demás de «El deseo de la juventud».

A veces temía estar metiéndose en un tenebroso atolladero y si por un lado creía que la expulsión de los Hennwife podía ser la solución feliz a sus problemas, por otra opinaba que tal vez sus criados estaban en situación de ser dueños de su propio destino y, en el peor de los casos, estar ya en aquellos momentos planeando algo horroroso para Petticate.

Si los Hennwife sospechaban de él, nada agradable podíase esperar de ellos y no había duda de que les había dado motivos más que suficientes para que sospecharan. Había contado demasiados chismes y había incurrido en numerosos fallos para que los Hennwife, por poco inteligentes que fuesen, tuvieran base en qué poder fundar sus sospechas.

Había llegado la hora de acudir a la reunión de la señora Gotlop y Petticate, que últimamente dejó las bebidas, no sentía demasiado atractivo por aquella fiesta en la que sabía que la ginebra y el *whisky* iba a «correr a raudales», en frase de la propia señora Gotlop. Se vistió elegantemente, pues sabía que la elegancia en el vestir era el primer paso para triunfar en una reunión y aquella noche le interesaba no pasar desapercibido. Traje oscuro y sombrero claro, calcetines también claros y brillantes zapatos negros. Snigg's Green no era muy exigente en aquellos asuntos y, por ejemplo, nadie prestaba demasiada atención a *sir* Thomas Glyde que aparecía en todas las reuniones embutido en un impecable *smoking* de terciopelo.

Mientras Petticate atravesaba el Green en solitario, recordó que antes lo había atravesado ya en otras ocasiones acompañado de Sonia Wayward,

mientras que ahora, extraña circunstancia, él se consideraba encarnando a la propia Sonia.

Frente a la casa de la señora Gotlop aparecían aparcados varios coches. A las reuniones de la famosa escritora acudían gentes de todos los rincones del condado y desde luego no faltaba ninguno de los personajes principales de Snigg's Green. Los invitados que provenían de lugares más lejanos aprovechaban esta circunstancia, la de ser desconocidos en Snigg's Green, para resultar siempre oriundos de familias nobles del condado. Pero Petticate no se impresionaba demasiado ante aquellos dudosos títulos e incluso en alguna circunstancia él había desempolvado ascendentes Petticate del siglo XVI.

De todas formas, le gustaba el ambiente de la alta sociedad y precisamente una de las silenciosas críticas que siempre había tenido para con Sonia a la que tildaba de no saber seguir la corriente en aquel tipo de reuniones.

Petticate frunció el ceño, al tiempo que pulsaba el timbre de la casa de la señora Gotlop. Por un momento se sintió demasiado solo.

La doncella de la señora Gotlop abrió la puerta; los Petticate eran la única familia de Snigg's Green que mantenían a su servicio una pareja casada en lugar de un mayordomo o una doncella. Aunque esta circunstancia no impresionase demasiado a la señora Gotlop, sí por lo menos aumentaba el respeto que su doncella sintió hacia. Petticate al recibirle y guardarle el sombrero.

—Si quiere usted pasar, señor, están en el jardín.

Petticate cruzó el anchuroso vestíbulo de la casa; las paredes aparecían de trecho en trecho adornadas con trofeos de caza, herencia sin duda del padre de la señora Gotlop y bellas pinturas del siglo XVIII, que podían asociarse muy bien a sus trabajos biográficos. También se veía una enorme librería en la que se alojaban ejemplares de todos los libros de la escritora, listos para ser autografiados y regalados a sus más distinguidos visitantes. De esta forma, Sonia había logrado una buena colección de libros firmados por la señora Gotlop.

Sobre la librería se veía una fotografía rodeada de un marco de plata. Petticate había supuesto siempre que representaba al fallecido papá de la señora Gotlop, tocado con alguna extraña peluca de índole legal; pero en aquella ocasión que se le ocurrió mirar más cerca el cuadro, se dio cuenta de que realmente se trataba de Johnson, incluso con bozal. Casi sobresaltado por su descubrimiento, Petticate apresuró el paso y se alejó saliendo por la puerta que desembocaba en el jardín. Pronto descubrió al fondo del parque una

baraúnda de voces y entrechocar de copas y vajillas, siéndole al principio imposible identificar a la señora Gotlop. No obstante, allí estaba la anfitriona señalándole con una mano, mientras con la otra acariciaba a Boswell.

—¡Blimp! —gritó—. ¡Hola, querido! Ven para aquí, hay *gin* en abundancia.

Petticate se volvió hacia ella. La señora Gotlop no podía imparcialmente ser llamada chismosa, pero era de las que no lograban guardarse para ellas nada de lo que tienen en la cabeza y cuando Petticate se sintió observado por todos los presentes, pensó que, sin duda, las noticias de las indefinidas vacaciones de Sorda habían ya corrido por el pueblo. Casi tan interesante como los Martinis lo era su presencia en aquella reunión, aunque estaba seguro de que su ausencia hubiera aumentado el volumen de las especulaciones.

—Ambrose Wedge está aquí —exclamó la señora Gotlop—. Está en el surtidor hablando con Rickie Shotover y el querido Edward Lifton. Le interesan los informes de Edward ¿sabe usted? —La señora Gotlop rió tan fuerte que espantó a Boswell, que se estremeció a su lado—. Desde luego, su pongo que debe usted conocer a la señora de Edward, ¿no es verdad? —y la señora Gotlop, que había dirigido esta última observación a su huésped, giró la cabeza hacia el otro lado para observar al guirigay de la fiesta—. Daphne —gritó—, ven aquí. Tengo que presentarte a un hombre encantador. —Se volvió hacia Petticate y le dijo por lo bajo—: sea amable con ella; es algo tímida.

Petticate, muy agradecido de que *lady* Edward se dignan acudir a su presencia, los Lifton eran sin duda los más importantes huéspedes, se enderezó el nudo de la corbata, pero se sintió verdaderamente desconcertado, cuando *lady* Edward se volvió y se dio cuenta de que tenía el volumen y los ademanes de un vehículo acorazado. La mujer miró a Petticate a través de un monóculo, objeto que él había creído ya en desuso a no ser en algunas comedias del West End, mientras el ruidoso reír de la señora Gotlop se dejaba sentir todavía.

—«The Blues». ¿Los azules? —preguntó *lady* Edward.

Aunque al hacer aquella pregunta no esperaba una respuesta afirmativa, a Petticate no le desagradó que alguien le preguntara si su pasado tenía algo que ver con el aristocrático cuerpo de la Brigada de la Guardia Real.

—Estimada señora —respondió inclinándose respetuosamente— un antiguo doctor del ejército y nada más.

—Augusta Gale-Waming, que se casó con Gotlop, me ha dicho que su esposa es una famosa novelista. Yo nunca leo novelas, mi marido las lee cuando está fatigado, pero él corrientemente prefiere las que escriben los escritores más viejos. Le inspiran una mayor confianza. A Edward, naturalmente, le gusta saber con anticipación que va a divertirse. —*Lady Edward* volvió a mirar a través de su monóculo y, fijando sus escrutadores ojillos en otros invitados, exclamó con satisfacción—: me había parecido que los conocía, pero veo que no.

—¿A quiénes, a los escritores más viejos?

—Ciertamente no, a algunas personas que acaban de llegar —contestó *lady Edward* pausadamente—. Presiento, coronel Petticate, que usted y su esposa desenvuelven su vida en medio de una extensa sociedad artística, como Augusta me ha dicho muchas veces. Sea tan bueno de darme su opinión sobre el señor Gialletti.

—¿Gialletti? —Petticate pareció extremadamente sorprendido al recibir aquella pregunta en apariencia inconsecuente.

—¿Por qué? —preguntó otra vez la mujer—. ¿Acaso no se trata del más grande escultor de bustos que hay hoy en día?

La tímida pequeña *lady Edward* inclinó su majestuosa cabeza hacia su monumental pechera y continuó:

—Así lo tengo entendido y parece que los *amateurs* aprueban su trabajo. Naturalmente, yo lo desconozco.

—Naturalmente —repitió maquinalmente Petticate.

—Además, nunca hasta ahora he tenido oportunidad de encontrarle; al único que he visto es a su hijo. ¿Conoce usted a ese joven?

—Me temo que no.

—Timoteo Gialletti, familiarmente conocido como Timmy.

—¿El hijo de un escultor? ¿Timmy? —Petticate comenzaba a sentirse turbado ante aquellas increíbles coincidencias.

—Un modesto joven con modales francos; no he puesto ninguna objeción para que Clara me lo presente.

—¿Clara es la hija de usted? —preguntó Petticate completamente alarmado.

—Exacto, Clara es mi hija —respondió la mujer—; ya suponía que lo sabía.

—Ah, pues no sabía que esto ocurriese en Snigg's Green.

Petticate dio aquella contestación sin pensarlo y maquinalmente, y sin duda *lady Edward* la encontró extraña y completamente carente de sentido,

pero ocurría que el coronel acababa de referirse a su novela, recordando que durante toda su vida Sonia había acostumbrado a sacar personajes de la vida real sin siquiera cambiar apenas sus nombres. Cuando Wedge efectuaba la definitiva corrección de sus obras antes de imprimirlas, le enviaba siempre una lista de nombres que se había visto obligado a suprimir para evitar posibles contratiempos.

A la luz de aquello, Petticate opinó que también él se vería obligado a introducir varios cambios preventivos en su futura novela. Estaba claro que sin que él se enterase, Sonia había tenido últimamente ciertos contactos con los Gialletti.

¿Pero por qué había *lady* Edward tocado aquel tema tan al principio de su conversación? Lo mejor sería intentar saberlo.

—¿Está usted pensando, *lady* Edward —preguntó él— de encargarle algo a Gialletti? Yo lo he intentado hace unos días y está demasiado cargado de trabajo para cualquier encargo.

—Precisamente —*lady* Edward Lifton hablaba ahora con indignación comedida— el señor Gialletti hizo una escultura de Lifton hace un año, usted debe haberla visto en la Academia Real. Lifton es, desde luego, el cabeza de mi familia y además persona, conocidísima que debe tomarse muy en serio, y ahora el señor Gialletti ha declinado ejecutar una obra similar de mi marido, que algunos de sus colegas en sus muchos negocios y empresas desean regalarle. El importe de la obra, le he dado a entender que no es ningún problema y, no obstante, el señor Gialletti se ha permitido decir que *lord* Edward no tiene un rostro interesante; y es más, parece que ha dicho a su hijo Timoteo que la única parte tolerable de *lord* Edward son sus orejas. Clara, siento decirlo, juzgó que se trataba sólo de una inocente broma, pero teniendo en cuenta que yo actualmente veo al joven a menudo, me veo obligada a considerarle cómplice de la insolencia de su padre.

—Estoy completamente de acuerdo con usted.

Petticate pronunció aquellas palabras con completa sinceridad, identificado con sus miramientos sociales.

Lady Edward inclinó su cabeza; Petticate supuso por un momento que iba a apoyar su enorme cuerpo, sobre él, pero afortunadamente no fue así y levantando de nuevo el rostro continuó tristemente:

—Y yo no puedo perdonar a mi querida Augusta que haya invitado a tan desagradable personaje esta noche. Sea como sea, y tan maravillosa como se quiera, una reunión a la que asiste el señor Gialletti se convierte para mí en completamente desagradable.

—¿Gialletti aquí? —exclamó Petticate, atónito.

Lady Edward volvió a levantar su monóculo, pero esta vez sólo lo usó para señalar.

—Allí está —dijo.

Petticate se volvió. Era verdad, el gran escultor, el auténtico escultor, estaba entre los invitados a la reunión de la señora Gotlop.

CAPÍTULO IV

Lady Edward se movió majestuosamente hacia otro grupo. Entre la ingente muchedumbre ahora presente había bastantes personas a las que ella conocía. *Petticate* estaba observando todavía al escultor cuando *Wedge* le descubrió.

—Bien, bien —dijo *Wedge*—, no esperaba verle por aquí tan pronto. He oído que *Edward Lifton* estaría aquí y he consentido en que el joven *Shotover* me viniese a buscar. Estoy intentando persuadir a *Lifton* para que me haga un libro.

—Ahora está apartado con su mujer; parece que ella no está de buen humor.

—Me parece que no lo está nunca.

—Bueno, se ve que ha tomado como ofensa particular haber sido invitada a la misma reunión que *Gialletti*.

Wedge meneó la cabeza; la mención de *Gialletti* pareció excitarle.

—Creo que ha obrado mal. Los *Lifton* han sido los primeros bastos de *Gialletti* durante muchos años.

—¿Sabe usted? Creo que *Sonia* debe haber tenido algún contacto con *Gialletti* y su familia, pero nunca me lo había dicho.

—¿Es cierto esto? —*Wedge* miraba curiosamente a *Petticate*—. ¡Qué lástima que *Sonia* no pueda estar aquí!

—Sí, cómo le hubiera gustado hoy esta reunión.

Petticate se encontraba nervioso al mencionar a *Sonia*, aun habiendo sido él el que la había introducido en la conversación. Le gustaba, de cualquier modo, dirigir casi sacrílegas citaciones de la lírica de *Thomas Hardy*. *Wedge*, aunque profesionalmente relacionado con la literatura, casi nunca gustaba de alusiones de este tipo.

Wedge miró a su alrededor. En medio de un ambiente refinado los huéspedes de la señora *Gotlop* comenzaban a acusar los efectos de la ginebra. El enorme cuerpo del viejo *sir Thomas* se tambaleaba cada vez más y más, escondiéndose con su *smoking* rojo entre los frondosos arbustos del jardín.

—Sí —dijo *Petticate* siguiendo la mirada de *Wedge*—; y luego se exclamará de que la presión está demasiado alta y de que ya no puede hacer excesos.

—¡Oh, sí, es verdad! —Wedge miró a Petticate extrañamente—. Yo no sé cómo no ocurren más muertes repentinas; cada uno de nosotros, por nuestra propia falta de cuidados, nos exponemos a morir a cada minuto.

Petticate sonrió débilmente.

—Debe usted creerme insensible, pero no es así; mi profesión nos tiene acostumbrados a todo y yo podría contarle muchas cosas acerca del mal que nos causamos por esa nuestra falta de cuidados.

Wedge se bebió de un trago el vaso que tenía entre manos y una vez terminado miró a Petticate sonriente, como queriéndole indicar que no temiera por su salud, pues un vaso de *whisky* no representaba para él ningún peligro.

—Bien —dijo—, conservemos nuestra apostura —y añadió tras un momento de duda—: ¿quiere que le presente a Gialletti?

—Sí, por favor —contestó rápidamente el coronel Petticate, que tras haberse bebido dos combinados se creía en la plenitud de su forma. No había razón para que no intentara saber qué clase de relación había existido últimamente entre Gialletti y su mujer. Todavía añadió—: Siento gran admiración por la obra de Gialletti y me interesa mucho.

Wedge comenzó a caminar cruzando el césped.

—¿Y Sonia no comparte con usted este interés?

Petticate creyó que aquella pregunta debía considerarse con cuidado.

—No estoy seguro de ello —respondió—, no recuerdo que, nunca me hablara de él. Tal vez las maneras de Gialletti no sean del tipo de las que agradan a mi mujer.

Wedge le observaba con curiosidad.

—Pero al menos ella le reconocía como algo más que un aprendiz.

—Eso sí. Nadie tan bien como Sonia es capaz de conocer el verdadero valor de las personas. Formar parte de la colección de Gialletti sería la séptima gloria para ella.

—Pero usted dice que de hecho parece que ha tenido algún contacto con él.

—Sí, ciertamente —en aquel momento Petticate pensó que ya estaba hablando o había hablado demasiado.

—¿Sonia no se había confiado a usted en este sentido?

—Creo que no. —Petticate intentaba ahora hablar lo menos posible y no se cuidaba del tono de Wedge, que era el de un camarada que fuera deliberadamente a aconsejarle algo—. Quizás encontremos algo que me haga recordar.

Wedge no respondió de momento. Futre tanto, iba acercándose un grupo de amigos de la señora Gotlop.

—No estoy seguro —añadió entonces pensativo— si será prudente jugar este *juego*, viejo amigo.

Antes de que Petticate pudiera replicar algo o dar su opinión, se encontraban ya en presencia del gran hombre.

Gialletti era alto y flaco; ciertamente no provenía de una vieja familia hugonote; en este punto por lo menos, la imaginación transformadora de Sonia había trabajado en la fabricación del artista del mármol, padre de Timmy Vedrenne. Es posible que a veces tomara una maza y escarpa, pero sin duda era más feliz manejando barro. Había sido otro de tantos emigrantes italianos, mal situados durante toda su vida, si no hubiese sido por sus ojos. Eran pardos y ensombrecidos y a la vez parecían brillantes y acariciadores. En aquel momento miraba solamente a una docena de huéspedes de la señora Gotlop que se divertían con las ocurrencias del enorme Johnson.

Petticate reflexionó pensando que Gialletti ponía sus ojos en aquel bruto, pensando ya en una futura escultura. Pero Gialletti no estaba del todo embebido pues hizo un gesto al jardinero, enfundado aquel día en una chaqueta negra, indicándole que su vaso estaba vacío. Un momento después, Gialletti empinaba su tercer *cocktail*.

—¿Puedo presentarte a mi amigo el coronel Petticate? —preguntó Wedge al llegar junto a él.

—Por supuesto —repuso el escultor mientras sus ojos parecían lanzar destellos todavía más brillantes.

Estaba acostumbrado a viajar por todo Inglaterra y el continente y no le molestaba ser presentado a los demás.

—Es un placer conocerle —al tiempo que el artista le estrechaba con fuerza la mano.

Petticate estaba impresionado. En circunstancias normales se le hubiera ocurrido decir «¿cómo está usted?», frase con la que cualquier inglés que acaba de ser presentado puede romper el fuego de la conversación, pero Gialletti era un caso privilegiado y por eso empleó aquel otro saludo.

Si se confirmaba que Sonia había hablado con el escultor, realmente habría sido una cosa impropia de ella, mantenerlo en secreto. Además, le resultaba extraño que en Snigg's Green esto no se hubiera sabido, pues estaba seguro de que si él acababa de hablar con Gialletti por primera vez en lunes, aquel encuentro sería tema de conversación y comadreo durante el resto de la semana.

Wedge, que acababa de beberse otra copa, explicó ceremoniosamente:

—¿Sabe usted?, Petticate es otro de los vecinos de la señora Gotlop y viejo amigo de la eminente escritora. La señora Gotlop tiene muchos amigos, Snigg's Green es una pequeña gran comunidad.

Gialletti miró a su alrededor, él también estaba acostumbrado a desenvolverse entre un amplísimo círculo de amistades, crecido y bullicioso como aquél.

—Oh, sí —murmuró—, esta gente es encantadora y aquí se disfruta de un tono social muy elevado.

—Sí —continuó Wedge—, son gente importante, aunque algunos tengan sus rarezas —y al decir esto miró hacia donde se encontraba *sir* Thomas Glyde—. Colecciona lo que él llama «objetos bellos», desde rosas a trajes de montar, es un excéntrico pero buena persona, incluso visita a los pobres en sus propios domicilios.

—Petticate —siguió hablando Wedge— es un viejo camarada, no hay hombre que entienda más que él en el intrincado mundo de la higiene tropical.

Gialletti sonrió cortésmente y miró a Petticate arqueando sus cejas en fingida admiración.

Wedge golpeó amistosamente la espalda del coronel y siempre sonriendo prosiguió:

—Además está casado con una mujer importante; creemos que usted debe conocerla.

Gialletti volvió a sonreír a Petticate diciéndole:

—En realidad me encantaría saber que conozco a la señora Petticate.

—Pues es muy probable que la conozca —replicó Wedge— aunque no tal vez como la señora Petticate.

Gialletti hizo un gesto interrogante.

—¿Usted cree? —preguntó.

Wedge rió sonoramente atrayendo la atención de varios invitados y exclamó:

—En efecto, ¿acaso no ha hablado usted alguna vez con Sonia Wayward, la famosa novelista y uno de mis mejores autores?

—¡Pero... Sonia!

Gialletti lanzó aquella exclamación casi gritando. Buen número de huéspedes de la señora Gotlop se habían ya convertido en atentos oyentes de la conversación y el entusiasmo de Gialletti que acostumbraba a estar serio, fue muy bien recibido. Sin duda aquellos que miraban a la señora Gotlop como el superior ornamento de Snigg's Green, veían con satisfacción que su

principal rival fuese aclamada de aquella manera por un exótico personaje como el escultor.

Wedge, desde luego, estaba particularmente encantado.

—¿No le digo? —dijo sin dirigirse a nadie en particular— la querida Sonia es conocida en todas partes, realmente es la mujer del año.

Petticate, a quien desagradaba aquella absurda definición de su mujer, encontró cierta satisfacción en sentirse foco de un centro de atracción. Sonia, era verdad, había sido la precipitada causa de aquello, pero esta vez ella no estaba para entrometerse.

—¿Está aquí? —preguntó Gialletti con un gesto desprovisto completamente de ficción y apretando por un momento ambas manos de Petticate entre las suyas. Luego repitió impulsivamente—: dígame, ¿está aquí su encantadora esposa?

—Desgraciadamente, no —contestó Petticate dando a sus palabras el tono de contrariedad que el caso requería—. Sonia, como Wedge ya sabe, se ha ido de vacaciones, unas vacaciones indefinidas.

—Estoy seguro que este descanso le será productivo —dijo Gialletti comprensivamente—, me consta que ella trabaja demasiado. No he leído sus libros porque no me queda tiempo de leer, pero su conversación es deliciosa y no se moleste si le digo que cualquiera que esté a su lado se siente continuamente enamorado de ella.

Snigg's Green, que no perdía detalle de la conversación, dio en aquel momento una perceptible boqueada de admiración. Incluso Petticate estaba admirado de la forma en que aquel bohemio escultor se estaba expresando.

—¿Le interesa mi esposa profesionalmente? —preguntó con afectada amabilidad al escultor.

—Su estructura es encantadora. ¡Ah!, su Sonia es algo divino.

Petticate creyó obligado reiterar explicaciones sobre la ausencia de Sonia.

—Sin duda, ella lamentará mucho no haber asistido hoy a esta reunión, pero debo decirle que no se ha ido solamente para unas normales vacaciones sino que un pequeño misterio envuelve su ausencia. No tengo ni idea de a dónde se ha dirigido mi mujer.

Aquella afirmación fue sensacional entre los curiosos de Snigg's Green, que intercambiaron significativas sonrisas, apretando cada vez más el grupo alrededor de los protagonistas de la conversación.

—Pero por lo menos, estará de vuelta el quince de octubre —dijo Gialletti en voz más baja.

Petticate pareció no comprender y repitió:

—¿El quince de octubre?

Gialletti sonrió divertido.

—Pero, mi querido señor, usted es el más modesto de los hombres; ¿puede haber olvidado el propio cumpleaños de usted?

Petticate lo había ciertamente olvidado, pero recordó de pronto que Sonia nunca lo olvidaba; el recuerdo de los cumpleaños era algo solemne para ella. No obstante, era preciso preguntarse cómo podía Gialletti haber llegado a conocer aquel detalle. A pesar de los *cocktails* de la señora Gotlop, Petticate volvió a sentirse invadido de la zozobra que comenzaba ya a serle familiar.

—Si —dijo débilmente—, quizás Sonia esté ya de regreso para entonces.

—Sonia estará de vuelta antes; por lo menos estará de regreso tres semanas antes. —Gialletti se volvió entonces hacia Wedge y preguntó—: Amigo nuestro, ¿no está usted sorprendido?

—Ciertamente, estoy sorprendido y aún más; creo que la actitud de Sonia dejando a Petticate sin más explicaciones, no es jugar limpio.

Petticate habló ahora con mayor debilidad.

—¿Intenta usted —preguntó— hacer una escultura de mi esposa?

—Ciertamente, y quizás se trate de la última de mis esculturas. Sonia, su divina Sonia, es irresistible y ha sido muy amable al pedírmelo; dice que este año quiere ofrecerle un obsequio de cumpleaños digno de usted.

Hubo un murmullo de admiración y asentimiento entre los admiradores de Sonia. Petticate dudó un momento, no sabiendo qué responder a la revelación de Gialletti, finalmente exclamó:

—Estoy atónito, realmente no sé qué decir.

Por lo menos acababa de decir la verdad, pues realmente no esperaba de su mujer tal demostración de cariño. Las frases de Gialletti le hacían sentirse avergonzado ante Wedge, al que solamente el día antes había hecho insinuaciones de que Sonia le había abandonado miserablemente. Realmente estaba confundido.

Afortunadamente en aquel momento, Boswell, que había estado echado debajo de su dueña y de pronto, parecía nervioso, saltó dando un brinco y en su inesperado salto arañó una pierna de *lady* Edward Lifton, organizándose a renglón seguido la consiguiente conmoción, con la urgente búsqueda del doctor Gregory y la llamada telefónica imperiosa al practicante del distrito. Con aquel accidente la reunión comenzó a disolverse.

No obstante, gran número de invitados no querían marcharse sin haber antes hablado con Petticate. Era evidente que cualquier rumor de falta de armonía doméstica que pudiera haber existido en Snigg's Green acababa de

venirse abajo ante las sensacionales afirmaciones de Gialletti. Varias elegantes damas se apresuraron a decir a Petticate que no existía mujer que amase tanto a su marido como la propia Sonia. Petticate recibió gustosamente aquellas demostraciones de afecto, aun dudando de su veracidad.

Minutos más tarde, Petticate caminaba despacio hacia su hogar. Avanzaba lentamente en dirección a su casa mientras en su cabeza se agolpaban las ideas. Tal vez fuese porque la jornada le había proporcionado abundante base para reflexiones de toda índole.

CAPÍTULO V

Ahora el coronel Petticate comenzaba a adentrarse completamente por los misteriosos caminos de su creación artística.

La mañana después de la turbulenta, y en algunos aspectos satisfactoria, reunión en casa de la señora Gotlop, Petticate se encontraba escribiendo la nueva Sonia Wayward con una mayor facilidad y como si de pronto hubiese descubierto una vena de hasta entonces escondida inspiración. Organizó su trabajo en forma metódica y de estudiada técnica. Por la mañana escribía a máquina, después de comer leía lo que había escrito por la mañana y ya una vez corregido, al anochecer volvía a leerse en voz alta. Tras esta tercera operación sus escritos quedaban prácticamente corregidos.

El proceso siguió durante semanas. Aunque a veces se sentía verdaderamente cansado a causa de la peculiar situación en la que se encontraba, la historia de Timmy Vedrenne y su enamorada seguía adelante sin acusar huellas del cansancio de su autor-autora para el público.

Además, en aquel nuevo libro, quedaba perfectamente reflejado el espíritu de la nueva Sonia Wayward; nadie podría imaginarse que aquel escrito fuese de Petticate. Aunque en sus líneas apareciesen algunas libertades últimamente incorporadas por la novela imaginativa, no cabía dudar de que la autora era Sonia Wayward. Es más, se trataba del mejor libro de Sonia; ya desde el comienzo de su tarea Petticate estaba seguro a este respecto.

Petticate deseaba inculcarse completamente la idea de que lo de las vacaciones indefinidas que había ido explicando a todos era la única realidad. Se esforzaba en fijar la situación de Sonia en algún lugar geográfico y sentía como una extraña sensación de espera e imaginario deseo de verla un día aparecer sonriente a la puerta de su casa, de vuelta de sus vacaciones. Colocó su fotografía en un marco de piel sobre su mesa de trabajo, y cuando sufría algún pequeño atasco, parecía que la tranquila mirada de Sonia le ayudaba a proseguir.

Al mismo tiempo solucionó también de forma harto sencilla lo del sargento Bradnack. Por correo certificado le llegó oportunamente la citación cuyo acuse de recibo firmó él con su propio nombre, cosa a la que correos, representado por el cartero de Snigg's Green, no opuso ninguna objeción. Pocos días después hizo una pequeña escapada a París, oportuno descanso en

medio del abrumador trabajo en el que se había metido, y aventuró la primera de las poco frecuentes añagazas que deberían ayudar al desarrollo de su falsificación. Consideró que la carta de Sonia al oficial de los magistrados debía ser una pequeña obra maestra. Era a la vez respetuosa y digna y la envió acompañada de un cheque en blanco, endosado con la siguiente inscripción: «Hasta cinco libras». Petticate calculó que los gastos y derechos, más o menos, quedarían cubiertos debidamente por aquel talón.

«El deseo de la juventud» adelantaba a pasos agigantados y Petticate pensó que debía comenzar a fijar la fecha de entrega de la obra a Wedge. Los finales de una novela de Sonia acostumbraban a estar invadidos de correcciones a lápiz o pluma, introducidas a última hora por ella misma. Pero Petticate no deseaba introducir ninguna corrección manuscrita, puesto que el trabajo le parecía perfecto.

Sería fácil decirle a Wedge que Sonia, todavía alejada de él en sus misteriosos viajes, le había hecho llegar el original escrito a máquina con la petición de que él mismo hiciese las correcciones manuscritas que creyese oportuno; pero que tras haber leído la obra no consideraba necesaria ninguna corrección. Solamente había corregido algún error gramatical debido a la máquina y no había tocado absolutamente nada más.

Además, eventualmente escribió a Wedge la siguiente nota:

«Querido Wedge:

»Aquí está la última obra de nuestra inteligente amiga; usted observará por el título, que Sonia ha abandonado la escuela de Robert Bridges y se pasa a Matthew Arnold. Ambos, me consta, se cuentan entre los poetas favoritos de usted. Lo que le envío es un original escrito a máquina con mucha limpieza, supongo que no tendrá ninguna dificultad para las pruebas de impresión.

»Sonia sigue alejada de mí e intermitentemente se comunica conmigo. Probablemente pronto me reunirá con ella, ya sea por una temporada o para siempre en Snigg's Green, aunque creo que Jamaica, o quién sabe si Ischia, sean buenos sitios en los que tal vez ella desee fijar su residencia.

»Sinceramente,

Ffolliot Petticate

»P. S. En cuanto a los derechos, le ruego me envíe unas líneas acerca de esa escala móvil.

Ff. P.

Petticate leyó con enorme satisfacción aquel escrito antes de despacharlo. El tono era amable, pero quedaba claro el asunto financiero. Sin duda la misteriosa manera de escribir ahora Sonia sus novelas llenaría de curiosidad el espíritu de Wedge. En cualquier caso, Petticate juzgó que la trama estaba muy bien llevada y se sintió plenamente satisfecho.

Dos días más tarde recibía el siguiente telegrama de respuesta:

«Recibido original y carta stop veinte mil veinticinco por ciento cuarenta mil treinta por ciento stop venta libro club, etc. como antes stop comuniqué cualquier oportunidad efectuar reproducción Gialletti busto de Sonia esperó arreglar cena honor Sonia finales otoño stop Alspach presidirá sugiere Hemingway Forster Proust Pasternak como posibles invitados de honor stop Wedge».

Petticate leyó esto con una mezcla de sensaciones.

Por un lado estaba atónito de que Wedge se expresara en términos tan favorables sin oponer ni un solo reparo; por otro agradecía el hecho de que Wedge se decidiera a organizar una cena en honor de Sonia y deseara contar con asistentes de tanta categoría. Era realmente una lástima, pensó Petticate, que aquella celebración no pudiese llevarse a efecto y era igualmente una lástima que el busto del gran Gialletti no pudiese adornar la edición de una o todas las futuras novelas de Sonia.

Fue solamente tras largas cavilaciones cuando Petticate encontró las frases adecuadas al telegrama de Wedge. Su contestación fue la siguiente:

«Agradecido alabanzas Sonia stop avisaré asunto busto stop encantado proyecto cena stop saludos Petticate».

Era lo mejor que podía hacer, pero le dejaba con la decidida sensación de un embarazoso futuro; ahora que se había desprendido de «El deseo de la juventud», debía verse obligado a prestar atención a lo que él creía indudablemente su próximo serio contratiempo. La idea de una temporada

descansada y sin complicaciones serias quedaba todavía lejos y no podía pensar en ello. Era preciso ir tomando resoluciones.

El primer resultado, desgraciadamente, fue un grave error de juicio y concepto y se refirió a los Hennwife. La terminación con éxito de su primer probado esfuerzo como autor, había acarreado a Petticate cierta dosis de confianza. Él era un hombre, estaba completamente convencido que podía poner a flote el buque varado de su existencia. Tras haber finalizado su novela, se sentía poderoso. ¿Acaso no había llevado de la mano a Timmy y Clara, obligándolos al desenlace que él había querido? Ciertamente no era lo mismo manejar personajes ficticios de una novela, que manejar figuras humanas completamente reales como Wedge y Bradnack o la señora Gotlop.

El fastidio que le producía la presencia de los Hennwife era algo que cuando él trabajaba en los episodios finales de su libro le había sido solamente posible saber con intermitencias, pero ahora ellos quedaban directamente metidos en el foco de su atención y no podía haber duda acerca de su actitud. Ellos creían saber exactamente cuando su patrón se desharía de ellos; era verdad que ninguno de los dos hubiera usado aquella vulgar expresión. Hennwife seguía hablando como un sirviente de una comedia de la época victoriana y la señora imitaba a su marido menos exageradamente, pero en el mismo lenguaje; no obstante, era innegable que ellos estaban dispuestos, como aquel mismo modo de hablar indicaba, a tomarse toda clase de libertades.

Y todavía más irritante que las libertades que los Hennwife pudieran tomarse, eran las libertades que animaban a Ambrose a que se tomara.

Ambrose era el pekinés de la señora Hennwife y una criatura, por lo menos así pensaba Petticate, todavía más repelente que el Boswell de la señora Gotlop; por lo menos Boswell tenía un aspecto distinguido que le permitía alternar en sociedad y que hacía a su dueña sentirse orgullosa y presumir entre los propietarios de perros de su misma categoría. Petticate no sabía cómo Hennwife había llegado a hacerse con aquel perro, ni se imaginaba cómo Sonia había permitido que aquel animal entrara en casa. No recordaba haber visto nunca que unos criados tuviesen un perro; un gato hubiera podido pasar, pero un perro... decididamente se trataba de una anomalía.

Además, la actitud de Ambrose cada día se hacía más intolerable. El mayor y más cómodo sofá del salón se había convertido en propiedad del perro y con frecuencia podía vérselo comiendo echado cómodamente en un lugar tan impropio para perros como aquel estupendo sofá.

Quizás el asunto del perro formaba parte del camino que los Hennwife se habían trazado y estaban dispuestos a seguir. No obstante, si es que estaban decididos a intentar un chantaje no habían todavía comenzado a actuar de forma definitiva. No habían pedido aumento de salario ni habían hablado nada a este respecto. Por otra parte, habían llegado a desarrollar su vida a un nivel muy alto por lo que parecía desprenderse de una observación a lo que Sonia había llamado el sector de los criados. En efecto, algunas veces, incluso cuando Petticate estaba cenándose un bisteck frío de cordero, de las habitaciones de los Hennwife salían apetitosos olores a pollo asado. Snailum, «el lechero superior» venía a menudo con un gran cargamento de nata y el vino desaparecía rápidamente de la bodega. Petticate había observado varias veces cómo una extraña mujer, lo que probaba que la señora. Hennwife tenía relaciones entre el vecindario, abandonaba sigilosamente el jardín llevando siempre un pesado cesto. Todos estos desórdenes, que tal vez fuesen normales en una casa que de pronto había quedado sin dueña, no podían admitirse por más tiempo. Un nuevo incidente hizo reflexionar seriamente a Petticate.

Yendo cierto día en busca de una lámpara eléctrica a la despensa y tras abrir un cajón que siempre había estado lleno de cubiertos de plata, descubrió que el cajón estaba completamente vacío. Aquel inesperado descubrimiento estremeció a Petticate, que se percató con claridad de que aquella situación no podía durar y debía mantener la cabeza clara para actuar con resuelta decisión. ¿Debería guardar en secreto su descubrimiento y disimular en todo momento su mal humor o sería tal vez preferible no esperar más y comenzar ahora mismo por pedir explicaciones a los Hennwife? Su actual estado nervioso le obligó a optar por este segundo camino.

Petticate, desde su estudio, hizo sonar la campana. Se sentó en su mesa de trabajo y procuró adoptar la más firme y reposada compostura. Pasados unos segundos, entró Hennwife, que con su sistema profesional de entrar cuando se le llamaba, cerró la puerta sin volverse y silenciosamente detrás de él, detalle que en aquel momento por razones extrañas irritó aún más a Petticate.

—¿Llamaba el señor?

Hennwife hizo aquella innecesaria pregunta en el tono exacto que acostumbraba siempre a emplear. Petticate, antes de contestar, pensó que debía medir y cuidar el control de su voz para no descubrir su nervosismo.

—Acabo de entrar en la despensa. ¿Puede decirme por qué los viejos cubiertos de plata no están en el cajón que siempre han estado?

Durante una fracción de segundo Hennwife pareció dudar. Finalmente habló con perfecta indiferencia.

—No tengo idea, señor; ni la más remota idea.

—¿Sabía que habían desaparecido?

—Sí, señor, es una cosa evidente.

—¿Por qué no me había dicho nada?

—Siempre había supuesto que usted estaba enterado.

—¡Usted no debe suponer nada, Hennwife! —exclamó Petticate congestionado— y está perfectamente claro que esa plata ha sido robada.

—Muy posible, señor; pero de ninguna manera puedo considerarme responsable del robo de unos cubiertos para cuya custodia no ha habido nunca ningún cuidado y que han estado siempre guardados en un cajón sin llave ni cerradura.

Efectivamente, Hennwife tenía razón y no podía negarse que ni él ni Sonia habían tenido ningún cuidado especial para guardar aquellos cubiertos de plata. Pero no era el momento más oportuno para entrar en cavilaciones.

—Mi intención es llamar a la policía ahora mismo —dijo y señalando hacia el aparato, ordenó—: póngame con la policía.

Entonces Hennwife hizo algo que a Petticate le pareció que no hacía antes nunca: sonrió ampliamente. Y aquella sonrisa a Petticate se le antojó amenazadora.

—Permítame que le haga observar —comenzó a decir Hennwife tras su sonrisa— que en mi vida he asistido a muchos contactos con la policía y sinceramente creo que ahora no es el momento más oportuno para una visita de este estilo, creo que la agitación que traería consigo podría perjudicar su actual estado de salud; y perdóneme que le hable de esta forma.

Se produjo un momento de silencio entre los dos hombres. Petticate pensó que la batalla decisiva había estallado. Pensó también que de ninguna manera podía él ahora, por su propia mano, marcar el número de teléfono de la policía; tal vez sería mejor esperar una hora y llamar después. Pero lo que hiciera, debía ser hecho sin achicarse ante Hennwife.

Miró decididamente a su criado y con voz grave dijo:

—Hennwife, tengo razón al pensar que usted ha confundido completamente su posición en esta casa. No me gusta sentirme amenazado ni me gusta que me roben lo que es mío. Márchese de aquí y consulte con su mujer acerca de la grave situación en la que se han metido. Vuelva dentro de media hora y pensaré lo que debo hacer.

La sonrisa había desaparecido del rostro de Hennwife que ahora aparecía completamente serio. Petticate notó que las manos de su criado temblaban y se sintió contento de su propia actuación.

Hennwife, sin añadir ni una sola palabra, abandonó la habitación. Por esta vez, no dio las gracias a su patrón por darle permiso para abandonar la habitación, como hubiera hecho en cualquier otra ocasión.

Petticate dio una vuelta por su estudio y encendió un cigarro puro. No era un cigarro lo que en aquel momento más necesitaba. Pero la acción de poderse permitir el lujo de encender un cigarro en aquellos instantes era puramente simbólica y con ella, quería demostrarse a sí mismo que pertenecía a un mundo mucho más poderoso que el del desgraciado Hennwife, que no tenía cigarros para fumar; aunque puntualizando con más precisión había que ir pensando que Hennwife había comenzado ya a fumar habanos, pues últimamente las provisiones de Petticate estaban desapareciendo mucho más aprisa de lo normal.

Petticate se fumó el puro pensando en los posibles caminos que tomarían a partir de entonces los acontecimientos.

No estaba seguro de que los Hennwife sospechasen de él, si esta posibilidad fuera cierta, si en efecto la pareja de criados sospechara fundadamente de él, el camino a recorrer podía estar lleno de serios peligros. A pesar de ello, los criados no podían tener la conciencia tranquila tras la ininterrumpida serie de anormalidades que venían sucediéndose en la casa que habían culminado con la desaparición de la plata. Petticate dudaba, no sabía qué hacer. Un pensamiento le atormentaba sobre todos: ¿Y si los Hennwife, tal como había pensado, estaban en posesión del auténtico pasaporte de Sonia sin el cual su esposa no podía haber abandonado las Islas Británicas?

Cualquier declaración en este sentido podría ser motivo de una investigación por parte de la policía y llegados a tal extremo era de esperar que el coronel Petticate no saliera muy bien parado.

El problema era decisivo: ¿quién se creería más fuerte con la ley en la mano, Petticate acusando de ladrones a los Hennwife o éstos acusándole a él de haber hecho desaparecer a su esposa?

Si ellos salían triunfantes tal vez incluso llegarían a aprovechar la oportunidad para ganar unas cuantas libras y algún periodicucho de sucesos contaría su historia. «Cómo desenmascaramos a Petticate (en exclusiva)». Sí, sin duda el título rezaría así.

Ahora bien, los Hennwife no eran ignorantes y sabían que el mezclar sus nombres en el asunto escandaloso era suficiente para terminar para siempre con la posibilidad de volver a trabajar como criados de cualquier ciudadano inglés y ciertamente aquella posibilidad no podía resultarles nada interesante.

La conclusión de Petticate era terminante, debía echarlos fuera de casa; ahora y de prisa sin esperar a más. Se irían sin rechistar sabiéndose culpables y guardarían sus sospechas sin airearlas.

No obstante, pensó, podía ocurrir una cosa: ¿y si pasaban los días y no encontraban trabajo y el malhumor acababa por obligarles a contar lo que sabían o sospechaban de Petticate?

De nuevo todo se vendría abajo. Además Petticate no era ningún asesino y estaba convencido de que si las cosas rodaban mal y se veía envuelto en una investigación por parte de la policía, era muy posible que la ley acabara creyéndole el asesino de Sonia y condenándole por lo menos a cinco años de reclusión mayor, más doce años de fraude que planeaba perpetrar en la personalidad del editor Wedge y todos los lectores de lengua inglesa del mundo al presentar su propia obra como obra de Sonia Wayward.

Efectivamente esto era lo más probable que podía ocurrir porque nadie creería la verdad de los hechos que el propio Petticate intentaría hacer creer.

Por otra parte, el espíritu orgulloso del coronel Petticate le llevaba el mismo tiempo a imaginar la posibilidad de un juicio en el que resplandeciese la verdad y lo único que hiciese fuera convertirle en hombre famoso por sus propios medios y colocarle en la lista de los escritores de categoría universal.

Se imaginaba sentado en el banquillo y esperando el veredicto ya que el jurado acababa de retirarse a deliberar durante diez minutos. Aquellos diez minutos se le antojarían sin duda, diez horas al acusado. Finalmente el jurado volvería a la sala y sería declarado inocente; un murmullo de aprobación inundaría la sala; varias personas del jurado y espectadores se apresurarían a felicitarle. Fuera, los periodistas aguardarían impacientes para poder enviar a sus periódicos las primeras declaraciones de aquel nuevo descubrimiento literario que había estado a punto de ser condenado.

Petticate volvió a la realidad. No podía precisar cuánto tiempo habían durado aquellas divagaciones fantasiosas, pero sabía que había pasado largo rato porque su cigarro aparecía convertido en ceniza y disuelto en el cenicero. La respuesta clara a todos sus problemas no podía ser más que una, la primera que se le había ocurrido: debía deshacerse de los Hennwife.

Había llegado a aquella conclusión definitiva en el preciso instante en que la puerta se abrió y entraba Hennwife seguido de su mujer. Fueron hacia donde estaba Petticate y se situaron delante de él, impasibles y en silencio, esperando órdenes.

Petticate se puso en pie.

—Bien —dijo dirigiéndose al marido—, ¿tiene usted algo que decirme?

Hennwife arqueó las cejas en gesto de asombro.

—Yo no, señor —dijo—, creo que es usted el que desea comunicarme alguna nueva.

Petticate guardó silencio ante aquella nueva impertinencia y dirigiéndose a la señora Hennwife preguntó:

—¿Y usted señora, se ña percatado de una vez de la necesidad de hacer entrar a su marido en razón?

—No comprendo, señor, lo que usted quiere decir con esta pregunta; tanto él como yo siempre estamos en razón.

—Me imagino —replicó Petticate— que ustedes saben muy bien a lo que me estoy refiriendo y me imagino también que saben que con su actitud se han jugado el puesto que hasta ahora han venido ocupando. En primer lugar, deben ustedes devolver la plata que han sustraído del cajón de la despensa; inmediatamente después harán las maletas y saldrán de mi casa. Si se creen agraviados pueden buscarse un abogado. Además, otra cosa —Petticate hizo un esfuerzo aparentando sangre fría—, si creen poseer informaciones interesantes para la policía pueden acudir ahora mismo al puesto más cercano y dar cuenta de cuanto ustedes crean necesario. No creo que les sea muy beneficioso, pero como todo ciudadano están en su derecho. Y ahora pueden irse.

Petticate estaba satisfecho de su fulminante disertación y esperaba con interés los efectos que la misma causaría en Hennwife y su esposa. Pensó que había empleado las palabras exactas y que su actuación, por una vez, había sido perfecta. Desde luego, no estaba preparado para lo que a partir de aquel momento iba a suceder.

Hennwife no se retiró sino que comenzó a avanzar amenazadoramente hacia el coronel. Petticate estaba seguro que su criado venía decidido a atacarle. Notó, como hasta entonces nunca había notado, que bajo el traje se adivinaba un cuerpo musculoso mucho más poderoso que el suyo propio. Pero Hennwife no pensaba atacarle, se dirigió tranquilamente hacia la chimenea, pasó por delante del atónito coronel y se sentó cómodamente en un sillón.

Petticate se quedó de pie en medio de la habitación mirándole con la boca abierta.

CAPÍTULO VI

—Deseo beberme un *brandy* —fueron las primeras palabras del increíble Hennwife—, debe saber que de un tiempo a esta parte ignoro dónde guarda usted sus licores.

Petticate no pudo impedir una mueca de sorpresa ante aquella insolente actitud de su criado, actitud que sin duda no era casual, sino fruto de proyectada meditación.

Efectivamente el coronel Petticate había abandonado casi por completo la bebida y las pocas veces que bebía procuraba estar seguro de que nadie le observaba. Además, guardaba sus botellas escondidas y bajo llave de forma que sus propios criados ignoraban el paradero de las mismas que antes aparecían esparcidas por todos los rincones de la casa.

Para Petticate la bebida se había convertido en algo furtivo y clandestino que llevaba consigo el recuerdo de tiempos pasados que le eran sumamente desagradables. Pero aquel no era el momento más oportuno para meditar sobre lo que había representado la bebida en la vida de Petticate.

Sin salir de su asombro, exclamó señalando a su criado:

—¡No me ha oído! Está usted despedido, ¿me entiende bien? ¡Despedido!

Hennwife no se inmutó y siguió recostado en aquel cómodo sillón que había elegido. Sólo movió su boca para iniciar una sonrisa suave y llena de cinismo.

—No fuimos contratados por usted —dijo tranquilamente— y por lo tanto usted no es quién para intentar despedirnos. ¿No es verdad, señora Hennwife?

—Exacto, así es.

La señora Hennwife no se había movido de su posición inicial y continuaba junto a la puerta de forma que Petticate debió volverse hacia ella para escucharla repetir otra vez las mismas palabras.

—Exacto, así es. Todo el mundo sabe quién nos contrató; su esposa debe pagarnos, señor coronel Petticate, pues fue ella quien nos contrató. Si alguien nos echa de esta casa, sólo puede ser una persona: la señora Sonia.

Petticate no fue capaz de interrumpir a la señora Hennwife que prosiguió sin inmutarse:

—Y esto sólo puede ocurrir cuando la señora vuelva a casa. Puede usted estar seguro de que cuando ella regrese y nos ordene salir, haremos nuestras

maletas y nos iremos sin rechistar.

Hennwife se puso en pie. Aparentemente había olvidado su capricho de beber *brandy*; se dirigió al escritorio de Petticate con mirada agresiva y señalando al coronel añadió:

—Pero en el caso de que la señora retrase su regreso, lo mejor que puede usted hacer es comenzar otra de sus putrefactas novelas.

Petticate cerró sus puños arañándose las palmas de la mano; no sabía si estaba soñando o era cierto lo que sus oídos escuchaban.

Hennwife, adoptando nuevamente modales de criado, continuó:

—Porque creo que si no lo hace así, señor, pronto su bolsillo va a comenzar a notar sensiblemente la ausencia de su esposa y perdone que me haya permitido esta observación.

Luego se dirigió despacio hacia la puerta, la abrió, hizo un gesto a su mujer para que le siguiera y volviéndose otra vez hacia Petticate preguntó inclinándose servilmente:

—¿Desea algo más el señor?

—¡No! —bramó el coronel incapaz de pronunciar alguna otra palabra aparte de aquel monosílabo.

La puerta se cerró y Hennwife desapareció seguido en silencio por su mujer.

La mente de Petticate estaba hecha un verdadero mar de confusiones. Le era difícil enfocar con claridad los acontecimientos que acaban de desarrollarse y que nuevamente habían cambiado la situación. Había tenido una desagradable sorpresa al constatar que Hennwife sabía perfectamente cómo y quién había escrito «El deseo de la juventud». Ciertamente, ahora se daba cuenta, no debía haberle sido demasiado difícil, sólo con unas cuantas inspecciones a sus cajones o a su escritorio la cosa debía habersele presentado completamente clara. Lo que más le extrañaba ahora a Petticate, era la actitud de Hennwife, que estaba portándose como un consumado chantajista.

Esta actitud era en efecto, en extremo alarmante, porque era de esperar que Hennwife no se habría contentado con su descubrimiento, sino que habría tomado fotografías del primer trozo escrito por Sonia y corregido minuciosamente por su marido y de las cuartillas a medio mecanografiar por Petticate. Sin duda sus planes chantajistas estaban trazados con toda perfección.

Además, si ellos habían sido capaces de preparar fríamente una trampa para hundir a Petticate, no había duda de que alguna fuerte razón les impulsaba a convertirse de pronto en feroces enemigos del coronel. A partir

de aquel momento sólo podía esperarse una despiadada lucha entre amo y criados, con la particularidad de que si un bando tenía todos los triunfos en la mano, éste no era otro que el integrado por los esposos Hennwife.

Petticate temblaba más que si se encontrase al pie de la horca. Para solucionar el problema creado por Hennwife, sólo le quedaba un camino. Los Hennwife debían desaparecer, pero ahora ya no en el sentido que antes había intentado; por este camino le constaba que sus criados no estaban dispuestos a marcharse. Bien, mucho peor para ellos. Desaparecerían, no había otra solución.

Cuando el coronel Petticate volvió a meditar en lo que su mente acababa de planear, se extrañó al darse cuenta de no descubrir ningún escrúpulo de conciencia en su interior. Ahora lo veía todo más claro y por un momento parecía que no le iba a costar demasiado llegar a una solución radical para liquidar definitivamente a sus criados, sin escrúpulos.

Petticate abandonó su estudio y salió al jardín con el ánimo de respirar un poco de aire fresco y desentumecer sus piernas. El aire era otoñal y el sol brillaba descolorido cerca del horizonte. No obstante el aspecto triste de la tarde, extrañas circunstancias hacían a Petticate no sentirse desafortunado y pasear tranquilamente entre los árboles de su jardín con la satisfacción de todo propietario que visita su hacienda. En efecto, tras la trágica muerte de su esposa, él había pasado a ser el único propietario de aquella casa y aquel jardín, pero esto sólo él podía saberlo.

La casa era de construcción moderna pero el jardín era igual a tantos otros jardines ingleses que conservaban el encanto y personalidad de épocas más románticas. A un lado del jardín se veía un palomar y junto a él un viejo granero abandonado; las hojas cubrían el suelo de una espesa alfombra y el viento susurraba entre las ramas de los numerosos árboles. El cuadro era maravilloso.

El parque de la casa de Sonia Wayward era envidiado entre las clases superiores de Snigg's Green y, como en todo parque, no podía faltar el encantador estanque de los peces, que como siempre repetía Petticate, no debía ser nunca mayor que la mitad del área de la mansión a la que pertenecía. El estanque del jardín de Petticate era un pequeño paraíso acuático en el que vivían felices numerosas carpas doradas.

Nunca como ahora se había detenido a contemplar aquel estanque con tanto interés. Sólo había dos pies de agua, pero aquello era suficiente para ahogar a una persona. El dramaturgo Webster en una de sus novelas, presenta a uno de sus personajes contemplando uno de estos estanques.

«Cuando me estaba contemplando en el estanque de mi jardín vi una figura que inclinada sobre mí, armada con un rastrillo iba a golpearme por detrás...».

¿Y si él golpease a los Hennwife con un rastrillo y los zambullera después entre las carpas? Esta idea motivó una leve sonrisa un tanto diabólica, en el rostro de Petticate, pero pronto se dio cuenta de que era completamente irrealizable. Aunque un estanque tenga sólo dos pies de agua no es imposible que una persona se ahogue, lo que sí resultaría totalmente incomprensible es que las ahogadas fuesen dos personas.

Petticate se alejó del estanque encaminando sus pasos hacia el palomar. ¿Y si los Hennwife, descubiertos sus robos y maquinaciones anormales, apareciesen un buen día colgados de la viga más alta del palomar? Petticate se detuvo y su interior se estremeció al imaginarse los cuerpos rígidos de sus dos criados balanceándose en el aire de un frío atardecer otoñal. Pero no, tampoco aquello podría creerse natural, resultaba muy difícil ahorcarse en aquella viga y sin duda el hecho no sería aceptado por la policía sin iniciar alguna investigación.

Una vez más, Petticate, siguió caminando.

Estaba oscureciendo cuando Petticate entró de nuevo en la casa. Se sentía algo fatigado tras aquel desacostumbrado ejercicio, pero estaba satisfecho, pues en los últimos momentos creía haber dado con la solución a su problema.

Era cosa segura que los Hennwife serían beneficiarios de alguna compañía de seguros de vida y cuando una compañía envía un equipo de peritos a estudiar las causas de una muerte es preciso que dichas causas aparezcan completamente claras si no se quiere provocar una serie de encuestas que a la larga acaban o pueden acabar descubriendo un asesinato. La palabra le estremeció por un momento.

El tejado del viejo granero aparecía en estado ruinoso y con frecuencia tejas y trozos de cemento se desprendían del mismo precipitándose al suelo y con serio peligro para quienes en aquel momento pudiesen encontrarse allí. Últimamente había estudiado cuidadosamente la necesidad de derribar el granero antes de que acabase de hundirse del todo. Pero he aquí, que ahora aquella inútil instalación se convertía de pronto en el instrumento decisivo que él necesitaba para llevar a cabo sus planes.

Durante una semana estuvo estudiando con atención todos los rincones del granero, procurando siempre no permanecer más que unos minutos en su interior para no levantar sospechas por parte de los Hennwife.

La actitud de sus criados era de nuevo completamente normal y como si nada hubiese pasado en sus relaciones con Petticate. Ya fuera por un sentido irónico que diesen a su actuación o porque en el fondo temiesen a la policía, lo cierto es que el coronel Petticate tenía sus comidas a sus horas, las habitaciones estaban siempre limpias y sus trajes planchados impecablemente.

La señora Hennwife tenía una actuación completamente discreta mientras que Hennwife seguía alternando sus exageraciones serviles con alguna que otra insolencia a las que ya le tenía acostumbrado.

Petticate no podía hacer nada más que esperar a que su plan estuviese completamente maduro. En esta espera, le llegaron las pruebas de imprenta de «El deseo de la juventud» que Wedge le enviaba para que diese su visto bueno o introdujese las correcciones que creyera necesarias.

A primera vista las pruebas le parecieron perfectas, se notaba que la impresión del libro se había llevado a efecto con gran cuidado y precisión. Además, se trataba de «su» libro y aquella circunstancia bastaba para que todo le pareciese magnífico.

Se leyó la obra que una vez más le pareció magnífica, introdujo alguna pequeña corrección como siempre había hecho hasta entonces con las obras de Sonia y se dispuso a remitir nuevamente la novela al editor Wedge.

Sentía una extraña ilusión al pensar que el nombre de Sonia Wayward, la desaparecida Sonia, la nueva Sonia, iba a aumentar en popularidad y brillantez y que era precisamente él quien iba a ser capaz de realizar aquel milagro.

Petticate era un hombre decidido y tras la corrección de la prueba y su correspondiente envío a Wedge volvió a ocuparse del problema que en aquel momento resultaba crucial.

Estaba decidido a que Sonia, por lo menos en sentido metafórico, siguiera viviendo, pero para lograr aquello era preciso estar también decidido a acabar para siempre con los Hennwife.

TERCERA PARTE
LA NUEVA SONIA WAYWARD

CAPÍTULO PRIMERO

El coronel Petticate había trazado sus planes con matemática precisión, pero... ¡necesitaba un gato! Ambrose, el pekinés de los Hennwife, seguía siendo el dueño de la casa. Si Ambrose escogía el mejor sillón para acomodarse en su interior, Petticate sabía que no podía molestarle. Tal como él estaba ahora planeando su actuación para con los Hennwife, no le interesaba tener más discusiones y no intentaba meterse con Ambrose. Además, para realizar sus planes, le interesaba que Hennwife sintiese el mismo aprecio por Ambrose que por su maldita esposa.

Pero de todas formas, necesitaba un gato. No podía comprarlo inmediatamente pues temía despertar sospechas con su acción. Y la posibilidad de pedirlo prestado quedaba similarmente excluida. Si acaso, lo que sí podía hacer era atrapar un gato, o por lo menos poner los medios para que llegado el momento de la gran operación pudiese sin dificultad atrapar un gato.

Petticate comenzó a estudiar con interés los hábitos de los gatos locales. A causa de los pésimos modales que gastaba Ambrose con ellos, no eran muchos los que intentaban acercarse a la casa de Petticate pero observó que existía una excepción en la figura de un enorme gato rojizo, color mermelada, que se aventuraba en el parque y sobre todo en el granero con inusitada frecuencia.

Tras discretas indagaciones llegó a saber que se trataba nada menos que del gato de la señora Gotlop, circunstancia que no le agradó demasiado y siguiendo su investigación conoció también el nombre del gato rojizo que a menudo entraba en su jardín: se llamaba Señora Williams. Aquel nombre le pareció ridículo y creyó que sólo una mujer como la señora Gotlop era capaz de poner a su gato el nombre de Señora Williams.

Comenzó a tratar de captar la amistad del felino y los primeros días encontró en ello serias dificultades, pues se resistía al llamarle en voz baja: ¡Señora Williams! ¡Señora Williams!

Al gato no parecían preocuparle los problemas de Petticate y se contentaba con menear su cola cada vez que escuchaba su nombre. A Petticate le daba la sensación de que aquel gato siempre estaba harto, sin duda cada día recibía sus buenas porciones de pescado.

Petticate comenzó a frecuentar la pescadería comprando cebo para el gato. Después de un buen número de intentos vanos en los que la señora Williams sólo se comía él pescado de Petticate cuando éste se había ya alejado, el coronel pudo constatar que no había perdido el tiempo y que comenzaba a existir una corriente de simpatía entre él gato y él.

En efecto, ahora cada atardecer, el gato se acercaba y acudía al lugar en donde sabía encontraría a Petticate. La ocasión estaba cercana, ya no le sería difícil atrapar a la Señora Williams el día o el momento que para él creyese conveniente.

Cierto día cuando esperaba recibir la vista de la Señora Williams se dio cuenta que otro animal, un perro, rondaba junto al gato en la oscuridad. Pronto descubrió a Johnson mirándole fijamente, al mismo tiempo que a muy pocos metros de donde él se encontraba; sonaba la estruendosa carcajada característica de la señora Gotlop.

—He aquí a Blimp —exclamó todavía riéndose—, el amigo de los animales. ¡Bien, Blimp, bien!

—Buenas noches —replicó Petticate—. ¡Qué gato tan hermoso tiene usted!

—Sí, pero, ¿qué diablos hace usted con eso? —y al hacer esta pregunta señaló el paquete que Petticate se disponía a servir a la Señora Williams.

—¿Esto? —preguntó un tanto desconcertado el coronel—, nada, un poco de pescado; a nuestro Ambrose le gusta y últimamente he descubierto que también a su Señora Williams le agrada.

—¿Y usted sale cada día para darle de comer a la Señora Williams?

Petticate intentó insinuar una sonrisa.

—Pues, sí, no cada noche pero si de cuando en cuando. La Señora Williams es una criatura encantadora.

Hubo un momento de silencio. Johnson sentado sobre sus poderosas patas miró a su dueña y meneó la cabeza con fuerza. Ambos, el perro y su dueña, estaban convencidos de que el coronel Petticate estaba desquiciado.

—¿Y eso? —preguntó de nuevo la señora Gotlop.

Petticate se dio cuenta que señalaba el plato que él había tomado para llevarlo al granero y en el que servía el pescado a la Señora Williams.

Se daba cuenta de que no era un plato para servir a tales menesteres. Los Hennwife servían a Ambrose sus comidas en las mejores porcelanas y Petticate había seguido inconscientemente su ejemplo.

—Una buena pieza —dijo débilmente—, la tengo expuesta en un estante.

La señora Gotlop volvió a reír estrepitosamente y cambiando de conversación dijo:

—¿Sabe que el otro día vi a Gialletti? Está buscando a Sonia, tiene unas ganas locas de volverla a ver.

—¿Ah, sí? Y hace mucho que no le he visto, desde el día que le conocí.

—Por cierto, he oído lo que Ambrose Wedge ha dicho a Rickie Shotover acerca del nuevo libro de Sonia. Nunca lo hubiera creído.

—¿Por qué no iba a creérselo? —preguntó Petticate maquinalmente.

La señora Gotlop le miró con ojos sagaces, luego miró a sus dos compañeros caninos y terminó diciendo:

—Ah, ya veo que no sabe nada de esto. Más sorpresas me imagino; bueno, bueno.

Y con un breve carraspeo final de regocijo la señora Gotlop se alejó.

Petticate se dio cuenta de que su inesperado encuentro con la señora Gotlop le había puesto nervioso y la situación no le permitía nervosismos que podían echar por tierra sus tan bien proyectados planes. Debía actuar rápido antes de que fuese demasiado tarde.

Volvió al granero para examinar por última vez sobre el terreno su plan de ataque. El tejado, en efecto, completamente desvencijado, se mantenía sólo apuntalado por unas cuantas viejas vigas de madera entrelazadas algunas de ellas con cuerdas corroídas. No había duda de que el simple corte; de una de esas cuerdas podía provocar inmediatamente el hundimiento de la techumbre.

La oscuridad reinaba ya dentro del granero y aturridos murciélagos revoloteaban en su interior. Sus nervios iban en aumento.

Petticate se detuvo un momento junto al portal y sin mover ni uno solo de sus músculos intentó escuchar. Ningún sonido; un cuarto de milla le separaba del centro de Snigg's Green, de modo que aquella parte de su propiedad se encontraba prácticamente situada en pleno campo.

Petticate se aseguró de la posición exacta en la que debería, poner el cesto dentro del cual llevaría a la señora Williams. Luego, animado y de buen talante, regresó a casa dispuesto a acabar con la cena que sus víctimas le hubieran preparado.

Ambrose correteaba tranquilamente la noche siguiente entre el jardín y el huerto, cuando fue sorprendido por Petticate a quien familiarmente no opuso ninguna resistencia,"

La caza de la señora Williams fue más difícil: A la hora que ella acostumbraba a acudir a la cita de Petticate, aquella noche no se presentó. Petticate comenzaba a pensar que la señora Gotlop, desaprobando la dirección que la señora Williams había tomado para ampliar el círculo de sus amistades, la había encerrado en su casa. Aquello podía convertirse en un auténtico desastre ya que se vería obligado a comenzar de nuevo el complicado procedimiento de la caza del gato.

Pero la suerte le acompañaba. La señora Williams, o los ojos de la señora Williams, se acercaban en la oscuridad. No obstante, pasó un rato antes de que pudiese confirmarse su presencia. Tal vez la señora Williams estaba asegurándose de que Ambrose no estaba allí o tal vez, algún instinto animal detenía sus pasos, indicándole que aquella noche era distinta a las demás.

Petticate, agazapado en la oscuridad, abrió su paquete de pescado; el olor desprendido decidió definitivamente a la señora Williams. Petticate abrió el cesto, el gato saltó sobre su pescado y Petticate saltó sobre el gato. La señora Williams, por una vez, sacó sus uñas, pero nada pudo hacer para impedir que el coronel Petticate la encerrara inmediatamente en el cesto.

La operación había comenzado y con la Señora Williams en el cesto dirigió sus pasos hacia Ambrose y el granero. La rapidez con la que había realizado sus proyectos, le había impedido preparar debidamente aquellos detalles complementarios y ahora se daba cuenta de que no había cogido ni una mala linterna para iluminar sus pasos en la oscuridad. Debería desenvolverse completamente a ciegas.

Con su carga se dirigió al granero; a partir de medio camino aceleró el paso, pues Ambrose había comenzado a ladrar dentro del granero. La Señora Williams, dentro de su cesto, comenzaba también a demostrar cierta inquietud. Petticate estaba seguro de que sería solamente necesario situar el cesto en el suelo a pocos pies de la nariz de Ambrose, para que se armase el más tremendo pandemónium.

El granero tenía una puerta pequeña, normalmente abierta, que miraba hacia la fachada de la casa, mientras que en la parte opuesta se abría la puerta principal. Petticate se introdujo por esta última entrada y colocó el cesto en el suelo a la distancia que creyó más conveniente del cada vez más nervioso Ambrose.

Luego agarró con su mano el final de una de las cuerdas que apenas sostenían las vigas del tejado y se colocó junto a la puerta grande, es decir, opuesto al lugar por donde los Hennwife se introducirían.

Ambrose, al notar la presencia de la Señora Williams, comenzó a ladrar desesperada y furiosamente. Sus ladridos debían oírse desde medio camino de Snigg's Green. Pasaron dos minutos; Petticate, aguzando sus oídos en medio de la barahúnda organizada por los ladridos de Ambrose, creyó percibir voces al otro lado del huerto. Un momento después estaba seguro de que se trataba de voces cada vez más cercanas. Los Hennwife, tal como él había previsto, se acercaban presurosos hacia el granero. No se veía ni una sola luz, lo que demostraba que su precipitada salida les había impedido, lo mismo que a Petticate, proveerse de una linterna. A pesar de ello, las voces se oían mucho más cerca, pues los Hennwife conocían la finca tan bien como el mismo coronel.

La Señora Williams maullaba como loca y se revolvía dentro de su cesta, mientras Ambrose seguía atronando el espacio con sus ininterrumpidos ladridos. Petticate tomó una astilla afilada de la que se había provisto con anterioridad y pinchó al animal para agudizar aún más sus ladridos, de forma que ahora parecía que fuesen dos los perros que ladraban en el interior del granero. La voz de la señora Hennwife se escuchaba perfectamente llamando al perro por su nombre. Hennwife venía soltando palabrotas, dispuesto a acabar con el enemigo de Ambrose, fuese quien fuese.

Petticate apuntaló sus pies y apretó la cuerda entre sus manos. El momento supremo había llegado. Debía tirar con fuerza exactamente en el instante en que ellos acabaran de entrar en el granero, pero antes de hacer esto, debía asegurarse por sus voces de que efectivamente estaban dentro. Su acción debía ser instantánea.

Pero ahora ocurría que tras llegar a la puerta, los Hennwife habían dejado de hablar y Petticate creyó por un momento que su plan se venía abajo. La más completa oscuridad le rodeaba por todas partes. Petticate temblaba y un enorme pánico agarrotaba sus miembros. El silencio, por lo menos por parte de la representación humana en aquel sombrío drama comenzaba a prolongarse alarmando a Petticate, cuando de pronto los Hennwife comenzaron a gritar a la vez. El hombre parecía indignadísimo, mientras la señora Hennwife seguía pronunciando el nombre de Ambrose. Estaban dentro del granero y se dirigían hacia el lugar de donde provenían los lastimeros aullidos de Ambrose.

La trampa estaba a punto de cerrarse. Petticate reunió todas sus fuerzas, cogió con ambas manos la cuerda que mantenía desde el principio de la operación, dobló sus rodillas y dio un fuerte tirón.

CAPÍTULO II

El tejado se vino abajo con tal violencia, que el propio Petticate creyó por un momento verse envuelto en el estruendoso terremoto que acababa de provocar; el suelo vibró bajo sus pies y un ruido atronador de cascotes desprendidos inundó el espacio. No parecía que sólo se hundiese el tejado, sino que una ciudad entera estuviese viniéndose abajo. En medio de aquel desconcierto horroroso a Petticate le pareció oír un solitario grito agonizante.

Segundos después, en plena oscuridad, se sintió envuelto por una espesa nube de polvo que apenas le permitía respirar. Experimentó una sensación de pánico como nunca había sentido y pensó que aquel tremendo hundimiento, que tal vez no había dejado ni un cristal de ventana intacto en Snigg's Green, provocaría la alarma en el pueblo y no tardaría en aparecer la gente que habría salido en ayuda de los posibles siniestrados.

De momento no se oía nada. El campo estaba envuelto en el silencio. Sólo Ambrose, que se había salvado, lloriqueaba a sus pies; sin duda el cesto debía ahora contener un gato muerto.

Pensó que lo primero que debía hacer era eliminar los detalles que pudiesen comprometerle. Metió la cuerda completamente cubierta de polvo debajo de un montón de cascotes, como si hubiese caído junto con los demás trozos que entrelazaban algunas vigas. Buscó el cesto en el lugar que debía estar y sacó de su interior el cadáver aplastado del gato, de pronto había olvidado su nombre, metiéndolo también bajo unas vigas y todo ello cubierto de una espesa capa de polvo. El cesto quedó aplastado debajo de un gran trozo de cemento. Una vez terminada su tarea, Petticate decidió volverse a casa.

Petticate atravesó el huerto llevando a Ambrose detrás de él, sujeto por una débil correa. Todo seguía en silencio, sólo en la mente del coronel se seguía escuchando aquel desgarrador grito de agonía. ¿Había sido la voz de un hombre o la de una mujer? ¿Era Hennwife o sería su mujer quien por un momento se había percatado que la casa se le venía encima? Era imposible saberlo ahora ya que los dos dormían eternamente bajo las piedras y polvo del granero hundido.

Cuando estaba ya en pleno huerto soltó a Ambrose para que corriera solo hasta la casa. Aquel detalle también formaba parte de su plan, pues una vez

iniciada la investigación podría demostrarse que los Hennwife habían acudido juntos al granero en busca de su perro.

En la casa, completamente vacía, sólo había una luz encendida y era precisamente la de su estudio. La habitación en donde él guardaba sus bebidas, allí le esperaba su *brandy*, que en aquellas circunstancias le sería muy beneficioso.

Ellos, los Hennwife, estaban muertos, muertos para siempre. Petticate todavía envuelto en la oscuridad se repetía una y otra vez aquella afirmación y compulsaba los beneficios que para él significaría de ahora en adelante. No obstante, su mente seguía invadida por una sombra de terror, se detuvo un momento creyendo haber escuchado algún ruido; decididamente lo que necesitaba era una copa de *brandy*.

Entró en la casa y se dirigió rápidamente a su estudio. En la chimenea ardía un fuego reconfortante que Hennwife, sin duda, acababa de encender.

Ahora debería buscar todas sus cosas y recobrar el pasaporte de Sonia; debería buscar con sumo cuidado hasta encontrar los demás detalles que formaban parte del plan de ataque de los Hennwife, manuscritos, fotografías, etc. Sin duda la gente del pueblo no tardaría en llegar, tal vez le quedarían solamente cinco minutos de tiempo. Aunque fuesen sólo cinco minutos debía aprovecharlos bien y beberse la copa que debería calmar sus nervios.

Petticate se quedó de pronto paralizado en medio de su estudio. ¿Era posible que hubiese oído algo, o peor aún, se engañaban sus sentidos al ver lo que parecía haber visto? Corrió hacia la botella de *brandy* y la destapó nervosamente, miró de nuevo hacia la puerta del estudio y se convenció de que lentamente se estaba abriendo. Petticate llenó un gran vaso y se lo bebió de un trago. La puerta acababa de abrirse del todo.

—¿Llamaba el señor?

Petticate soltó la botella que se estrelló estrepitosamente contra el suelo salpicándole los pies. Hennwife se hallaba de pie delante de él.

Petticate creyó desvanecerse y le pareció que la habitación giraba vertiginosamente a su alrededor. No pensó en ningún momento que se encontraba ante la aparición de un fantasma, porque en realidad no creía en fantasmas, nunca se le habían aparecido. No, en aquella ocasión del tren, no se había enfrentado al fantasma de Sonia sino a alguien de carne y hueso que se le parecía asombrosamente; ¿y si aquel hombre fuese ahora el doble de Hennwife o alguien muy parecido a él? Tanto él como su esposa, tenían que haber muerto forzosamente debajo de varias toneladas de piedras y cemento.

Petticate hizo un esfuerzo y volvió a mirar hacia «lo» que acaba de entrar en su estudio. En efecto, no era ningún fantasma, se trataba de un hombre y este hombre no era otro que su criado Hennwife, completamente sano y sin señales de accidente alguno.

—No, no llamaba, gracias.

Las palabras sonaban de forma extraña en el estudio y a Petticate le pareció que un eco desacostumbrado se las devolvía apenas pronunciadas.

—Creo que ha perdido algo, señor.

—¿Perdido algo? —preguntó Petticate con gesto estúpido y mecánicamente.

Aquel horrible monstruo de Hennwife hablaba en el tono que últimamente había siempre empleado y que sabía torturaba a su amo.

—Sí, señor, su aparato, veo que no está en su sitio de costumbre —y al decir esto Hennwife señalaba una pequeña mesa vacía.

Petticate palideció; acababa de darse cuenta de lo que en realidad había perdido. De pronto, como en un instantáneo relámpago, la verdad de lo acaecido apareció en su mente con claridad. Se trataba realmente de algo increíble. De la mesa había desaparecido su aparato de cinta magnetofónica. Los Hennwife, en su increíble malignidad y tras descubrir, o cuando menos pronosticar la decisión trágica que para ellos había planeado el coronel, decidieron obrar de la forma más diabólica que se les ocurrió. Hicieron una completa grabación de sus voces y siguiendo los pasos de Petticate se dirigieron en la oscuridad hacia el granero. La mujer se quedó en el huerto mientras Hennwife, con sus propias manos, depositaba el aparato en el suelo del granero, lo conectó de forma que comenzara a funcionar segundos más tarde y regresó al lado de su esposa que le aguardaba en el huerto.

Incluso el malvado Hennwife había pensado en grabar aquel lastimero quejido del último momento.

Petticate no se atrevía a hablar. Ahora podía escuchar ya con claridad el rumor de la gente de Snigg's Green, que acudían alarmados por el estruendoso hundimiento del granero. Su obligación era acudir junto a las gentes que viniesen, fuesen quienes fuesen, y demostrar su asombro ante el espectáculo del granero en ruinas. Pero en realidad el asombro de Petticate era mucho mayor al contemplar en ruinas el plan que tan cuidadosamente había estado proyectando con tanto tiempo. ¡Tanto planteamiento perfecto para que ahora, junto a él, estuviese de pie y completamente sano su horripilante criado Hennwife! La señora no estaba allí, porque sin duda había salido para hacerse cargo de Ambrose.

¿Qué ocurriría ahora y cuál sería la actitud de sus criados frente a los comentarios del alarmado vecindario? Desde luego, el granero podía haberse venido abajo sin la intervención de nadie; precisamente en más de una ocasión gentes de Snigg's Green le habían hablado de la conveniencia de hacerlo derribar o reconstruirlo por completo. Pero ¿y aquellos cabos sueltos de cuerda? ¿Y aquel aparato magnetofónico hecho añicos bajo los escombros? Petticate razonó con sensatez y pensó con seguridad que Hennwife se encargaría de todo. Hennwife era muy capaz de resolver todos aquellos problemas, le parecía increíble que alguna vez hubiese llegado a confundirle con un idiota. Ciertamente no era aquel el momento adecuado para que Hennwife decidiera enfrentarse a la policía.

La campanilla de la entrada sonó débilmente. Petticate, recuperando algo su situación, le dijo a su criado:

—Vaya y atienda a quien sea; dígales —la frase le sorprendió y en aquel momento se le antojó impregnada de un humor macabro—, dígales que no ha ocurrido nada serio.

Pero Hennwife, que sin duda también tenía su sentido del humor, respondió como en sus mejores momentos:

—Muchas gracias, señor, así se lo diré.

Más tarde Petticate se unió a las gentes que inspeccionaban el granero.

El sargento Bradnack, que más que nunca se creía investido de *la* máxima autoridad, presidía el grupo. La mayoría eran gentes de clase humilde, labriegos y jardineros, pero entre ellos se había intercalado el ineludible *sir* Thomas Glyde, tan idiota como siempre, que lo primero que hizo al llegar a la casa, fue descorchar una de las botellas que Petticate guardaba celosamente. No ocurrió nada extraordinario, todo pareció normal; nada hacía sospechar que pudiese haber alguna persona bajo los escombros y a nadie le extrañó que el granero se hubiese venido abajo. Todos recordaban el penoso estado en el que se encontraba el tejado y los más opinaban que no habría pasado del primer temporal de invierno. El jardinero de la señora Gotlop se encontró el cabo de cuerda que Petticate había usado, pero no pareció darle ninguna importancia y todo acabó allí.

Ahora ya se habían ido todos y Petticate permaneció como sumergido en un extraño sueño vigilando al viejo Clyde, que bebía sin parar y no cesaba de hablar cosas completamente desprovistas de sentido. No obstante, el viejo

Glyde también acabó por abandonar la casa y Petticate quedó completamente solo.

Mejor dicho, no se quedó enteramente solo ya que no pudo encerrarse en su estudio ya que la llave de la puerta había desaparecido. Era presa fácil de las maquinaciones de los Hennwife y ahora, sentado junto al fuego, sintió miedo. Sintió el mismo terror que puede sentir un niño pequeño que sabe que en cualquier momento puede ser víctima de los juegos de los chicos mayores que ocupan la habitación de al lado y que esperan agazapados la ocasión para lanzarse sobre él.

¿Acaso no podía si lo intentaba librarse de sus perseguidores? Los Hennwife dormían, era de esperar que no hubieran organizado turnos para no quitarle la vista de encima tal como le habían advertido y él podía fácilmente hacer sus maletas, llevándose sólo lo imprescindible y abandonar la casa. Con su coche le era posible salir inmediatamente y en pocas horas encontrarse lejos de sus criados. Podía llegar a Londres a la hora de abrir los Bancos, sería el primer cliente de la jornada, no dejar ni un penique en su cuenta y desaparecer.

Petticate meditaba y su proyectado proceder se le antojaba simultáneamente una idea acertada y una irrealizable chifladura.

Una vez más un fuerte sobresalto sacudió su cuerpo. El teléfono había comenzado a sonar. Su primer pensamiento fue el de que la policía deseaba de nuevo hablar con él, sospechaban de él; y además le atemorizó la idea de que Hennwife, atraído por el sonar del teléfono, podía acudir de un momento a otro. Se puso en pie de un salto y descolgó el auricular:

—Gialletti —dijo una voz.

—¿Cómo? —preguntó Petticate, a quien el nombre no le dijo nada. Todavía medio amodorrado no relacionó aquello como un nombre y le pareció algo así como una extraña exclamación de alguien que llevara bebidas unas cuantas copas de más.

—Gialletti. Soy el escultor.

—Sí, desde luego —replicó el coronel completamente identificado con la persona que le hablaba al otro lado del hilo—, ¿en qué puedo ayudarle?

Aquella pregunta, quizás apropiada en casa de un dentista o de un agente de seguros, provocó naturalmente una breve pausa.

—En nada y lo lamento de veras.

—Entonces, ¿por qué diablos me llama usted a estas horas? —Petticate se extrañaba de verse a sí mismo hablando en aquel tono a un hombre de la categoría de Gialletti—. Iba a irme a la cama.

—Le llamaba para que me diga qué noticias tiene de Sonia. La necesito cada vez de forma más urgente, no comprendo cómo todavía no ha regresado; tenía una cita conmigo.

—Mi esposa sigue de viaje, siento no poderle ayudar y lamento que haya olvidado el compromiso de su cita con usted.

—Pero me imagino que usted podrá comunicar con ella y decirle que la estoy esperando, que me urge su regreso, querido general, hágame ese favor.

—Bien, Gialletti, haré cuanto pueda por conseguirlo. ¿Conoce usted bien a mi mujer?

—No muy bien, pero lo suficiente para sentirme un rendido admirador de sus encantos. Sus trazos, su línea es maravillosa y deseo hacer de ella una obra inmortal; por eso quiero encontrarla, incluso pondré un anuncio si no aparece pronto.

—¿Qué? —preguntó Petticate, aturdido—. ¿Quiere decir en el *Times*?

—Desde luego, en ése y en todos los grandes periódicos de Europa y América. Cuando el mundo sepa que Sonia está perdiendo la oportunidad de posar en mi estudio, en el estudio de Gialletti, todos se lanzarán en su búsqueda y no hay duda que la traerán a mi lado. ¿No lo cree usted así?

—No, digo, sí, supongo que sí. Pero espere por lo menos una semana, una semana a partir de hoy. Tal vez entretanto, pueda comunicarme con ella, Su último cable fue desde... desde Nassau. Según parece seguía disfrutando de un tiempo maravilloso y de encantadoras reuniones en medio de una brillante y alegre sociedad. Y usted, Gialletti, ¿cómo se encuentra?

—En la cúspide de mi imaginación creativa; por eso debo aprovechar este mi mejor momento para encontrarme con su incomparable esposa. Mi querido Mayor, esperaré... pero sólo una semana. ¡Buenas noches!

Petticate no tuvo tiempo de contestar y ya Gialletti había colgado el aparato. El coronel colgó también y disponíase a caer rendido sobre una silla cuando nuevamente el teléfono volvió a sonar.

—Ya sé, coronel, que estas no son horas de molestarle, pero estos días estoy sin secretaria y durante la jornada no encuentro un momento para poder llamarle. Tiempos difíciles para los editores, sí, tiempos muy difíciles.

Tal vez, sin aquella última información, Petticate no hubiera conocido a su interlocutor, pero tras aquellas palabras supo que era Wedge quien ahora le llamaba. Inconscientemente recordó que Wedge se llamaba también Ambrose. Se sentía tan fatigado, que fue otra vez el editor quien volvió a hablar.

—¡Hola! ¿Hay alguien aquí? Soy yo, Wedge, su compañero de garaje — exclamó el editor bromeando sobre la circunstancia de que sus coches se guardaban uno junto al otro: en el mismo garaje.

—Ah, hola, Wedge, ¿cómo está usted?

—Bien, sólo que intranquilo por la falta prolongada de noticias de Sonia. ¿No ha sabido nada de ella últimamente?

—Pues, no, estos últimos días no he tenido noticias.

—¿Y no se siente usted intranquilo? Así no podemos seguir, amigo; necesito dar con ella, conectarme urgentemente.

«Malo», pensó Petticate, aquella nueva circunstancia ampliaba de modo alarmante el círculo de sus contrariedades.

—Nada menos que «el Ruiseñor de Oro», amigo mío, ¿sabe usted lo que eso representa?

—Pues no tengo ni idea, ¿qué es eso de «el Ruiseñor de Oro»?

Petticate escuchó una extraña explosión al otro lado del teléfono interpretándola como una cerrada carcajada.

—Pero Dios mío, ¿no ha oído usted hablar nunca del más importante premio literario del mundo? Pues bien, he obtenido el «Ruiseñor de Oro» para la nueva novela de Sonia y ella todavía no lo sabe. «El deseo de la juventud» es un libro de interés extraordinario e impecable estilo; mis agentes piden continuamente nuevas ediciones. El público ve en esta obra calidad superior a la del propio Alspach. Le digo Petticate, que es esta una ocasión única.

El coronel sentíase sensiblemente halagado al escuchar el efecto que su obra, encarnando a Sonia Wayward, estaba produciendo al darse a conocer entre sus lectores, pero no comprendió exactamente a qué se refería Wedge.

—¿Una ocasión única? Pero, ¿para qué?

—¿Qué preguntas hace, Petticate? Este premio puede dar culminación a la vida literaria de Sonia.

—Ya comprendo. ¿Y quién lo entrega?

—Una sociedad llamada Academia Minerva.

—¿Minerva? Mejor parece para entregar lechuzas que no ruiseñores.

—¿Usted cree? —preguntó Wedge—. Se trata de una sociedad aposentada en el pequeño Estado de San Giorgio, ¿conoce San Giorgio? Algo así como San Marino, pero con la diferencia de ser un principado gobernado por un auténtico monarca viviente. Es un estado muy pequeño, pero sus casinos le han convertido en económicamente poderoso. Sonia se entusiasmará al conocer la noticia.

—Sin duda —respondió Petticate sin demasiado calor.

Tras la llamada telefónica de Gialletti, aquella subsiguiente demanda de Wedge parecía situarle definitivamente en un callejón sin salida. Todo el mundo parecía dispuesto a que Petticate les pusiese sobre la pista de Sonia. Ahora Wedge, antes Gialletti. Al recordar al escultor, el coronel asoció su nombre al del Estado de San Giorgio.

—¿San Giorgio? —preguntó—. ¿Acaso es Gialletti originario de esa localidad?

—En efecto, es usted inteligente. No obstante, Gialletti es republicano y desde hace mucho tiempo no pone los pies en San Giorgio. Necesitamos el busto de Sonia, el busto que Gialletti va a hacerle, para colocarlo sobre un pedestal, en el momento en que el Príncipe de San Giorgio haga entrega a la academia del importante premio y tal como siguen las cosas me temo que no vamos a llegar a tiempo.

—Lo siento sinceramente, permíteme si no me entusiasmo demasiado por la consecución de ese galardón, nunca me han interesado este tipo de óperas cómicas.

—No, ya lo sé, me consta que a usted le han interesado otras cosas. Pero, ¿escribió usted «El deseo de la juventud»?

—Exactamente, yo lo he escrito por completo.

Transcurrió un segundo en el que ninguno de los dos intentó hablar. Petticate, una vez más, creyó desvanecerse y un miedo cerval le invadió por completo. Su maravillosa impostura acababa de finalizar sin ninguna gloria.

—No he oído lo que me decía, Petticate, está usted demasiado nervioso, debe procurar tomarse algún descanso.

Wedge hablaba sinceramente y era cierto que no había podido oír la fatal sentencia que inconscientemente el coronel se había dictado contra sí mismo. El editor prosiguió:

—Amigo mío, aunque a usted no le interesen estos premios debe comprender el valor que tiene escribir una obra como la que Sonia ha escrito. ¡Cuando uno no ha escrito, no sabe el valor que eso encierra! Sé que tiene usted elevados conocimientos literarios, pero Sonia es algo fuera de serie. Bien, Petticate, ayúdeme a dar con Sonia lo antes posible. ¡Adiós!

—¡Adiós! —repitió Petticate todavía no repuesto del pánico que acababa de pasar. Colgó el auricular y dirigiéndose a un sofá se desplomó pesadamente; instantes después Petticate dormía profundamente.

La mente de Petticate se sumergió en el vacío y allí permaneció durante largo rato. Luego el terror, una vaga sensación de terror fue haciendo nuevamente presa en él y se sintió en sueños completamente atrapado y sin solución.

Por un lado los Hennwife amenazándole a cada minuto, por otro los siete días de ultimátum de Gialletti y por un tercer lado el no menos imperioso ultimátum de Wedge. No había solución posible; Petticate no podía imaginarse a Gialletti incapacitado a causa de un accidente para la práctica de la escultura en el resto de sus días. Tampoco podía imaginarse a Wedge internado de pronto en un hospital tras haber sufrido un arrebato de demencia que le convertía para siempre en un vulgar loco. Le era imposible imaginar al pequeño Estado de San Giorgio arrasado por la hirviente lava de un volcán vecino que súbitamente hubiera entrado en erupción, y no podía tampoco esperar ver a los Hennwife sufriendo tortura en las cámaras de una renacida Gestapo o Inquisición. Las horas iban pasando y las pesadillas se agolpaban en su cerebro. No obstante, de cuando en cuando, un sueño más agradable anidaba en la mente de Petticate.

Sonia había regresado; iban juntos al estudio de Gialletti y cenaban en algún lugar familiar del Soho. Acudían a casa de la señora Gotlop y reían ante las escandalosas explosiones de su anfitriona. Visitaban San Giorgio y el propio Petticate mantenía largas e interesantes charlas con el Príncipe.

¿Y los Hennwife? Petticate imaginaba a Sonia entrando casualmente en la casa e indicándoles inmediatamente que debían marcharse. Ellos no oponían ninguna resistencia, los veía haciendo tranquilamente las maletas y tomando un taxi hacia Snigg's Green.

Aquellas visiones resultaban particularmente agradables a Petticate, pero no tardó en despertarse sobresaltado. Sonia no podría resolverle el problema de los Hennwife ni ningún otro problema, porque Sonia no regresaría nunca. Tal vez dentro de un mes ya todo habría cambiado, los Hennwife se habrían decidido a actuar, se acercaría la fecha de «el Ruiseñor de Oro», el ultimátum de Gialletti habría finalizado, Wedge pediría más explicaciones.

Decididamente, estaba atrapado por los cuatro costados. En el transcurso de una semana iba a jugarse su destino.

De pronto y sin saber cómo, Petticate descubrió que podía existir un camino, un camino que aunque sólo fuera brevemente hiciera reaparecer a Sonia, sacándola de la muerte. Sin duda era peligroso, fantástico tal vez, pero ciertamente no dejaba de ser el único camino.

No le quedaba otra solución que lanzarse por aquel camino y para ello debía tomar a la mañana siguiente el primer tren para Oxford.

CAPÍTULO III

Petticate abandonó la casa antes del desayuno. No vio en ninguna parte a los Hennwife, que supuso habrían salido de compras. No vio a ningún conocido hasta subir al tren.

Pero en el momento en que ponía el pie sobre la plataforma se encontró de pronto frente al doctor Gregory, su ineludible compañero de viaje. Hubiera deseado no encontrarse con ningún vecino y esperaba que así ocurriese a aquellas horas, pero el anciano médico era un ave matutina y aquella hora era para él completamente normal.

—Buenas días, Petticate —saludó Gregory sin demostrar demasiado interés ni parecer haber oído algo acerca del hundimiento del granero—, qué, ¿de nuevo a la ciudad?

—Sólo hasta Oxford, tengo que consultar una o dos cosas en el Bodleian. Mi historia militar, ¿sabe?

—Nunca había oído hablar de esto —replicó Gregory mientras le lanzaba su acostumbrada y familiar mirada profesional—. ¿Sigue cuidando su salud?

—Sí, doctor, me cuido mucho y espero que Sonia regrese para, tal como le dije, irme con ella a vivir en algún rincón del globo en donde el sol brille con más fuerza.

—Le aseguro que le envidio sinceramente —dijo Gregory finalmente y luego se dirigió a uno de los maleteros de Snigg's Green.

A Petticate se le quitó un peso de encima, pues por un momento había estado convencido de que Gregory le seguiría a su mismo departamento y ahora se había dado cuenta de que no era así. Le convenía viajar solo hasta Oxford y preparar a conciencia su visita a la famosa ciudad universitaria. Si el juego de Oxford no tenía, éxito, los resultados serían aquella vez fatales.

El tren se puso en marcha y el coronel Petticate encontró un compartimiento vacío. «Smith», se dijo en el momento en que se sentaba en un ángulo del asiento, «116 Eastmoor Road, Oxford». Era notable que recordase con toda claridad el nombre y dirección y tal vez era también un buen augurio. Lo que ahora debía intentar recordar eran más detalles acerca de aquella mujer asombrosamente parecida a Sonia.

Lo que más fuertemente le había quedado grabado era el tremendo susto que le había proporcionado al decirle: «su mujer está muerta y usted lo sabe

muy bien».

Y recordaba también cómo luego se le había dirigido como a un tal Henry Higgins, cuya comparación le había resultado en extremo ofensiva. La mujer tenía algo que no había quedado muy claro, se encontraba envuelta en algún negocio sucio organizado por el propio Henry Higgins, que se había hecho pasar ante su tía como un millonario. En realidad a Petticate no le interesaban demasiado aquellos detalles. Ahora bien, era muy probable que una mujer como a él le había parecido aquélla se prestase a personificar el papel de Sonia a cambio de un buen puñado de billetes y aquello era lo único que en realidad le interesaba.

La mayor dificultad estribaba en que una mujer que desarrolla su vida en un nivel social muy bajo difícilmente alternaría en sociedad con la debida compostura y sin que los demás observasen una diferencia notable con la auténtica Sonia. Aquello, desde luego, podía resultar en extremo desagradable, pero era preciso arriesgarse tal como había decidido al despertarse a medianoche.

Llegó a Oxford sin novedad y en un taxi se dirigió hacia Eastmoor Road. Fue cruzando los hermosos barrios de la ciudad para adentrarse en la zona humilde, sombría y húmeda habitada por las clases inferiores.

El taxi le dejó frente al número 116 y sin detenerse comenzó a subir las escaleras; al llegar a la puerta pulsó el timbre.

Nadie abrió la puerta. Petticate miró a su alrededor, sólo dos pies más abajo se veía una destartada ventana de la que colgaban unas deshilachadas cortinas; en el interior pudo descubrir una mesita en cuyo centro estaba colocada una estatuilla de plástico representando a una muchacha en extraña pirueta. Más adentro y hasta donde su mirada podía llegar había una gran mesa repleta de papeles y libros. Petticate volvió a llamar.

Por segunda vez nadie respondió. Junto a la escalera jugaban dos chiquillos que ahora miraban al coronel Petticate con rostro asombrado. Petticate, al que la pegajosa mirada de los chiquillos ponía nervioso, decidió empujar la puerta e intentar introducirse en la casa.

Lo hizo así y la puerta cedió encontrándose frente a la caja de una estrecha escalera que ascendía verticalmente. El camino estaba obstruido por dos deterioradas bicicletas que aparecían apoyadas en la pared; afortunadamente al otro lado de las bicicletas apareció un hombre que aparentemente salía de la habitación de la izquierda, su aspecto era agradable y de persona inteligente, cabellos largos y despeinados y una también muy

larga americana que daba la sensación que nunca en su vida se la había quitado.

—¿Busca a alguien? —preguntó—. Me ha parecido oír el timbre.

Petticate le miró agradecido mientras los dos chiquillos se acercaban a curiosear.

—Busco a la señorita Smith —dijo Petticate con inseguridad, pues no estaba acostumbrado a conversar con aquel tipo de gentes e ignoraba el tono que debía usarse para iniciar la charla.

Antes de que el hombre pudiese contestar, una voz femenina, que salía de la habitación de la izquierda, gritó:

—Siga hasta arriba de todo. Suba por esta escalera.

A la voz siguió la aparición de la mujer que había hablado. Era una muchacha pálida y de belleza notable cuyo cabello negro y desordenado le colgaba hasta la espalda formando un espeso matorral. Mientras miraba a Petticate, gritó dirigiéndose a los dos pequeños:

—Marcos, Marcos y Dominica, entrad en casa por favor; basta de jugar fuera.

Las dos diminutas criaturas acudieron a la llamada de su madre con envidiable obediencia y el hombre, levantándolas una a una como si fueran muñecos, las hizo pasar por encima de las bicicletas que cerraban el paso.

—Se refiere usted a Susie —dijo después mirando a Petticate—; no creo que tenga usted mucho que hacer con ella.

—¡Pobre chica! —exclamó la muchacha—. No es mala.

—No comprendo la forma de hablar de ustedes —dijo por fin Petticate—, y no estoy seguro de que estén refiriéndose a la señorita Smith.

—Sí, sí, ésa es Susie —contestó el hombre— y le advierto que es más decente de lo que parece. Con nuestros dos pequeños se ha portado muy bien y nos los cuida magníficamente cada vez que nosotros tenemos que dar alguna clase o cumplir con nuestra tarea de lectores en algún lugar.

—Ya comprendo —dijo Petticate.

El coronel, efectivamente, creyó comprender que aquella joven pareja, que suponía casados, eran los progenitores de los dos pequeños que momentos antes jugaban junto a la escalera y que se trataba de gente intelectual ocupando tal vez puestos auxiliares en algún colegio o en la Universidad. El hombre, casi tan joven como su mujer, tenía incluso el aspecto de un «poet maudit», arrancado del ambiente francés del siglo diecinueve.

—Muchas gracias por sus indicaciones —prosiguió el coronel—. ¿Quiere ayudarme a retirar por lo menos una de estas bicicletas?

El hombre, sin hacerse repetir la petición, levantó las bicicletas y las dejó apoyadas sobre la pared de al lado, dejando de esta forma expedita la entrada a la escalera que debía conducirle a la parte alta de la casa.

Persephone, que así se llamaba la joven esposa, le advirtió todavía:

—Supongo que Susie ya debe estar ahora arriba, aunque no estoy segura de que esté disponible.

Petticate no añadió nada más y verdaderamente extrañado por las frases de Persephone y su marido, comenzó a subir la estrecha escalera. ¿Qué había querido decir aquella mujer con sus últimas palabras? ¿Qué había querido decir el hombre con aquello de que le parecía que no había mucho que hacer con ella ahora? ¿Y si Susie Smith no fuese más que una... Sí, estaba seguro de que debía ser esto y también veía claro que él, un aristócrata de elevado rango social, no había sabido descubrirlo al encontrarse con aquella mujer en el tren. El coronel Petticate no tenía ningún trato con mujeres de este tipo.

Era demasiado tarde para efectuar ahora aquellos descubrimientos. Fuese quien fuese aquella mujer, ahora ya no podía echarse atrás; estaba en el baile y tenía que bailar. Petticate subió decidido el último tramo de escaleras y se encontró con una única puerta situada arriba de todo, debajo mismo del tejado. Sin detenerse a considerar sus últimos pensamientos llamó con los nudillos sobre la puerta.

—Adelante —contestó una voz femenina.

Ahora sí que Petticate dudó unos segundos; no esperaba que la contestación fuese tan rápida ni esperaba que le invitasen a entrar sin que nadie antes abriese la puerta. No obstante la voz no era alarmante, sino todo lo contrario, su acento estaba impregnado de melosa musicalidad. Petticate estaba seguro de que sus pronósticos se confirmarían.

Abrió la puerta y penetró en la casa deteniéndose tras haber avanzado sólo un par de pasos dentro de la habitación. Sonia, o por lo menos la mujer que tanto se parecía a Sonia, estaba allí, pero todavía no se había levantado de la cama y apareció a la turbada mirada de Petticate tumbada sobre su lecho y vestida solamente con un leve camisón que apenas la cubría. Por un momento Petticate, constató con horror que aquella mujer, como nuestros bárbaros antepasados Elisabethanos, era de las que acostumbraban a dormir completamente desprovistas de ropa, pero luego se percató de que llevaba puesto un ligero y transparente camisón que juzgó en extremo indecente. Por otra parte, el nervosismo de Petticate, no le impidió observar que Susie Smith

era realmente una mujer atractiva. Rubens o Renoir hubieran disfrutado con aquel hermoso cuerpo. Su edad no sería quizás mucho menor que la de Sonia; podía considerársela joven aunque en plena madurez.

Petticate nuevamente estuvo tentado de dar media vuelta y salir corriendo, pero tal vez fuese que no podía perder la oportunidad que aquel parecido le ofrecía o tal vez incluso el enorme atractivo que aquella mujer rezumaba, la cuestión es que decidió quedarse. Tras aquella agradable visión del doble de Sonia envuelta en tenues ropas de cama, Petticate pensó que la presencia de la señorita Smith a su lado no podría nunca producirle ninguna inquietud.

La señorita Susie tampoco pareció alarmarse, se incorporó ligeramente y, mirando fijamente a Petticate, sonrió diciendo:

—Bueno, ¿no es maravilloso?

CAPÍTULO IV

—¿No es maravilloso que volvamos ahora a vernos después de tanto tiempo? Me acuerdo perfectamente de aquel viaje en tren, ¿recuerda?... la historia de mi tía y Henry Higgins y la posibilidad de que la policía se interesara por aquellos cheques. Todo ha terminado y todo está bien si termina bien.

Petticate no se había todavía atrevido a hablar y observaba a Susie. La mujer se levantó de la cama exhibiendo una vez más sus maravillosas líneas y se dirigió a un armario de donde sacó un salto de cama que se colocó sobre el transparente camisón. Petticate se sintió entonces más tranquilo y la mujer siguió hablando:

—Sí, me equivoqué completamente en el tren confundiéndole a usted con Henry Higgins. Recuerdo que usted se ofendió mucho y le dejé enfadadísimo. Pero ¡ya ve!, todo ha pasado y las ofensas deben perdonarse.

Petticate la miraba fascinado. Le parecía imposible que aquella mujer fuese la misma del tren y sin embargo no había ninguna duda. Susie Smith era, al mismo tiempo, mucho más vulgar de lo que él había supuesto y mucho, muchísimo más inteligente.

—Y bien, ¿qué desea usted de mí? —preguntó finalmente Susie—. ¿Se trata de algo normal o viene usted por otro asunto? ¿Me das un cigarrillo?

Petticate se sacó el paquete de cigarrillos y, mientras se los ofrecía, comenzó a hablar y haciendo un esfuerzo la tuteó:

—Pues no vengo por nada normal; se trata de algo que podríamos llamar así como futuro y saneado negocio, ¿comprendes?

Susie miró a Petticate con severidad y cierta precaución, alargando el cigarrillo puesto en sus labios, le interrumpió:

—Un momento, ¿tienes fuego?

Petticate encendió una cerilla y alumbró el cigarrillo de Susie.

—Mira —le dijo—, quiero que seas mi mujer. Pero no exactamente mi mujer, sino que ocupes el puesto de mi esposa durante una o dos semanas. Eres exactamente la imagen de ella. Sois completamente iguales.

—Sí, ya alguien me lo ha dicho antes.

—¿Cómo? —preguntó Petticate asombrado—. ¿Cómo es posible que hayas hablado antes de este parecido?

Susie se acercó a una estantería y tomó en sus manos un libro.

—«Sonia Wayward» —dijo—. Su fotografía aparece en todas las contraportadas de sus novelas. He pagado tres chelines por ésta y la verdad es que no me he divertido demasiado, tal vez sea un estilo muy actual y productivo, pero no me gusta. Desde luego, no hay duda de que el parecido existe, sobre todo de la barbilla para arriba, que es la parte en que la gente se fija más. Me imagino que pudieras confundirte el día que me viste en el tren, coronel Petticate.

Susie conocía aquel nombre tras leer la pequeña biografía de Sonia, que aparecía al pie de la fotografía.

—¿Pero por qué quieres que haga el papel de tu esposa? Me parece una cosa de locos.

—Tal vez sea así, pero no voy a tener mucho tiempo para poder explicártelo con detalle. Ocasión tendremos para que lo vayas viendo todo más claro. ¿Conoces muchas cosas acerca de las «señoras»?

Susie Smith aceptó aquella pregunta sin ofenderse y replicó:

—Sí, sé cómo se comportan las señoras, hubo un tiempo en que yo también lo fui —y al decir esto su rostro pareció ensombrecerse.

Petticate se sintió desconcertado y pensó que el pasado de Susie debía encerrar, como en otros muchos casos, una triste historia.

—Siento que tal vez te parezca un poco brusca mi actitud, pero es preciso adaptar precauciones pues se trata de algo muy serio.

—Sí, me imagino que debe haberte pasado algo muy grave. ¿Qué ha ocurrido con la auténtica Sonia? —preguntó Susie levantando la voz y echando una bocanada de humo—. ¿Por qué necesitas otra mujer?

Petticate dudó. Era prácticamente imposible seguir adelante sin hacer a Susie partícipe de su más íntima confidencia.

—El hecho es —dijo bajando la voz— que mi esposa ha muerto. Pero no me interesa, por varias razones, que se sepa su muerte hasta por lo menos unas cuantas semanas más adelante. Se trata de la legalización de unas propiedades y el cobro de unos seguros. Además, le acaban de conceder un importante premio y quedaría sin efecto si se supiese que había muerto. No obstante, todos estos detalles y otros muchos te los explicaré más adelante. La pregunta ahora es sólo una: ¿quieres ayudarme? ¿Quieres que discutamos las condiciones?

—¿Condiciones? —preguntó Susie mirándole con rostro ingenuo poco corriente en ella—. No me interesa hablar de condiciones, me eres simpático y me arriesgo a ayudarte.

Petticate hubiera preferido que la mujer pusiera inmediatamente precio a su trabajo, pero por otro lado, no se sentía descontento de encontrar tales facilidades.

—Querría poder hablar contigo acerca de estas condiciones, es justo que te pague tu trabajo como las circunstancias lo requieren. No será nada fácil, tendrás que hablar, asistir a dos o tres reuniones, etc.

Susie le miraba con interés.

—Me gustan las reuniones y desgraciadamente no tengo muchas oportunidades de asistir a ellas; estos últimos años mi vida ha sido algo completamente insípido y tal vez esta ficción pueda serme beneficiosa. Haré tanto teatro como sea necesario y además, puedes estar seguro, me portaré como una perfecta dama.

—Así debe ser —afirmó Petticate dudando en su interior de si el acento y sintaxis y en general el idioma de Susie serían los más apropiados para imitar a Sonia.

—No temas, te repito que cualquiera que me vea podrá confundirme con una perfecta señora —y fingiendo hablar con un invisible visitante, exclamó—: Oh, *lord*, es muy posible; tal vez recuerda usted haberme visto en la India.

—¿En la India? —preguntó Petticate asombrado.

—Sí, a menudo me relacionaba con soldados. Una vez estuve a punto de casarme con uno, coronel como tú, tal vez fue una lástima no haberlo hecho. Los jóvenes oficiales eran no obstante los que más me tentaban. ¿Quieres tomar una copa?

Susie volvía a estar echada sobre la cama y Petticate sabía que el ofrecimiento de una copa llevaría consigo un paseo por la habitación en su provocativo *deshabillé*. Por lo tanto declinó la invitación.

—Sí —continuó diciendo la mujer—, la vida trae consigo muchas desilusiones, yo también había sido feliz cuando fui joven e incluso tuve criados.

—Criados —repitió Petticate intentando encauzar nuevamente la conversación—; esto me hace pensar que una de tus primeras tareas será expulsar a mis actuales criados, un matrimonio llamado Hennwife. ¿Crees que lo lograrás?

—Sí, por Dios, soy muy capaz de expulsar a tus criados por ariscos que éstos sean.

—No puedes imaginarte cómo son, soy víctima de un chantaje y si no me los sacudo de encima acabarían hundiéndome del todo.

—¡Sinvergüenzas! ¿Sospechan que tu esposa ha muerto?

—Sí, por eso van a tener una gran sorpresa cuando tú aparezcas en mi casa, que ahora parece que sea de ellos.

—Ah, ya comprendo —replicó Susie, que parecía ir asumiendo su papel rápidamente—, se han adueñado de tu domicilio con la excusa de que la señora no está en casa.

—Exactamente —confirmó Petticate—; ya ves que tu tarea va a ser laboriosa y desagradable, pero al final de unas tres semanas tendrás tu premio: quinientas libras y mi agradecimiento.

—Bien, creo que no hay razón para que reciba ese dinero y desde luego, por su causa no nos peharemos. No quiero dejarte abandonado.

—Gracias, Susie, sé que lo harás lo mejor posible.

—Sí, no te atormentes más y sigamos hablando de tu mujer; ya sé muchas cosas de ella, pero sin duda debes hablarme de sus gustos.

—Lo mejor que podemos hacer ahora es salir a dar un paseo. Te invito a comer y te iré dando detalles. Supongo que en Oxford debe haber un buen restaurante.

—Amigo, creo que hay algo muy urgente. Debemos tomar el tren de Londres que sale a las once y cinco y además debes darme por lo menos trescientas libras. Más importante que la información que puedas darme acerca de Sonia son, —y Susie rió feliz— sus vestidos.

Ciertamente el vestuario de Susie dejaba mucho que desear y la primera providencia fue de ir de compras en Londres para solucionar aquella cuestión. A la hora del té, las trescientas libras habían desaparecido y sobrepasadas y en las últimas tiendas Petticate se vio obligado a usar su talonario de cheques.

De esta forma, Susie iba mejorando su equipo hora a hora y la atmósfera entre ella y el coronel se hacía cada vez más franca y optimista frente a la batalla que ambos se preparaban a presentar. Además, con la adquisición de aquellos vestidos, parecía que en realidad el nivel social de Susie fuese en aumento y las conversaciones que mantenía con el coronel iban mejorando paulatinamente. Tanto es así que a Petticate le parecía mentira que aquella mujer fuese la misma que había encontrado cierto día en el tren, ahora, cuando menos, parecía ya una señora normal de clase media y ciertamente bien distinta a la que un día se viese envuelta en la desagradable historia de Henry Higgins.

Tras haber comprado el último sombrero, Susie decidió que debían ir al Fortnum's a tomar el té. La mujer quería en poco tiempo practicar y visitar los ambientes que durante su comedia se vería obligada a frecuentar. Por lo menos así lo pensaba Petticate mientras atravesaban alegremente Piccadilly.

Entre la copa a la que había sido invitado aquella mañana en casa de Susie y la taza; de té que ahora iban a tomarse había un gran abismo; Susie iba convirtiéndose rápidamente en una señora de verdad y adentrándose más y más en el papel que debía encarnar.

Aunque Petticate no esperaba, no se le había ocurrido pensar en ello, tener que comenzar gastándose tanto dinero, no dejaba de sentirse satisfecho ante el avance progresivo de Susie. El triunfo futuro de Susie sería su propio triunfo y, viendo el actual comportamiento de la señorita Smith, forzosamente debía sentirse optimista.

Entraron en el restaurante y se sentaron en la mejor mesa del comedor. Susie y el coronel estaban entretenidos en una animada charla, cuando de pronto se oyó una voz femenina y a la vez chillona, que exclamó a muy pocos metros de donde se encontraban:

—¡Sonia!

Petticate giró su cabeza, horrorizado. La señora Gotlop acababa de ocupar un puesto en la mesa vecina, acompañada nada menos que de *lady* Edward Lifton. El coronel creyó desfallecer. Susie había aprendido todo lo referente a los vestidos de Sonia, pero había rehusado tratar hasta ahora de otros puntos tan interesantes como el de sus amistades y, de pronto, se encontraba completamente falta de instrucciones frente a aquel encuentro verdaderamente muy peligroso.

—¡Querida! —exclamó sencillamente Susie lanzándose con naturalidad en los brazos que la señora Gotlop le abría al tiempo que lanzaba una de sus carcajadas.

—¡Has vuelto a Blimp! —exclamó la escritora—. ¡Ya sabía que regresarías al lado de Blimp!

Si Susie no sabía nada de aquel apelativo nadie lo hubiera notado, pues su rostro no mostró la más leve sensación de asombro.

—Sí, querida —replicó—, y tú estás estupenda, siempre estás igual.

—No lo creas, Sonia, supongo que conoces a Daphne, nuestra vieja amiga.

Susie dudó unos segundos.

—No recuerdo haber hablado nunca con *lady* Edward, pero sí he oído hablar mucho de usted, ¿cómo está?

Lady Edward pareció impresionada por la presencia de la falsa Sonia y contestó inmediatamente:

—Muy bien, ¿y usted? Es un placer tener oportunidad de saludarla.

—Muchas gracias —respondió Susie con una agradable sonrisa—, es una lástima que no podamos quedarnos a charlar ampliamente, pero debemos marcharnos ahora mismo. Hemos de ir a ver al sastre de Ffolliot, es un absurdo que los maridos ingleses vayan solos a visitar a sus sastres y escoger el tejido de sus trajes. Eso no pasa en Roma ni en Madrid y a mí me gusta siempre acompañarle.

—¿De veras? —preguntó *lady* Edward, impresionada todavía y sin duda con el propósito de obrar en el futuro como lo hacía Sonia.

Susie se levantó de la mesa calzándose sus guantes al tiempo que decía dirigiéndose a las dos señoras:

—Bien, no tardaremos en vernos. Me alegro de que sigas tan bien. Adiós, adiós.

Y haciendo una señal con la mano, señal muy apropiada en una distinguida mujer de letras, se alejó seguida del atónito Petticate.

Una vez fuera, ya en la calle y mientras esperaban, un taxi Petticate comenzó a reaccionar asustado todavía de la tremenda experiencia que acababan de pasar.

—Bien, ¿cómo me he portado? —preguntó Susie con sincera ansiedad—. ¿Crees que me he parecido a Sonia?

—No está mal, pero no es perfecto. No puedes imitar a Sonia desde el momento que no la has conocido, ni siquiera nunca la has visto. Nos hemos metido en un juego difícil y peligroso. No obstante, supongo que por esta vez la señora Gotlop no habrá sospechado nada raro.

—Sí, debes contarme cómo era Sonia y cuáles eran las cualidades características de ella. Todavía no sé nada de esto.

—En efecto —respondió Petticate—, pero así y todo creo que tienes más información de la que yo te he dado. ¿Cómo supiste que la otra señora era *lady* Edward Lifton?

—Las fotos de los periódicos, amigo, siempre he sido aficionada a leer cotilleos de la alta sociedad y tal vez ahora esto me sirva de ayuda. Ya te he dicho que quiero ayudarte y en cuanto esté más al corriente de Sonia, encarnaré su personalidad con tanta perfección como me sea posible.

Petticate estaba convencido de que Susie pondría de su parte todo el interés necesario, pero seguía dudando de que su truco tuviese el éxito final que a él le era, necesario. En cualquier caso, las tres semanas que debía pasar en compañía de la falsa Sonia prometían ser una auténtica pesadilla.

Susie se dirigió a Petticate y señalando al taxista, dijo:

—Dile que pare en la plaza Oxford; allí bajaré yo.

—¡Que tú bajarás! —exclamó Petticate desconcertado—. Vamos a Paddington y no tenemos tiempo que perder si queremos tomar el tren de las seis cuarenta y cinco.

Susie meneó su cabeza negativamente y respondió:

—Esta noche todavía no, querido. Mañana tomaré el primer tren. Plasta entonces Susie Smith tiene vacaciones; hacía muchos años, muchísimos, que no había estado en Londres con un poco de dinero en el bolso.

Fue imposible intentar convencerla y una vez más, Petticate tomó el tren hacia Snigg's Green completamente solo. En Paddington compró un diario de la tarde, simplemente para esconderse detrás de él si algún vecino se sentaba en su mismo compartimiento. Seguramente todos le hablarían del premio de San Giorgio. Estaba tan cansado, que apenas se sentó en un rincón del asiento quedó profundamente dormido sin tiempo de abrir el periódico que acababa de comprar al subir al tren.

CAPÍTULO V

Durante todo el recorrido del ferrocarril, cosa poco corriente en él, el coronel Petticate durmió plácidamente. Acababa de finalizar un día lleno de emociones y la noche anterior no había sido menos fantástica y en realidad se sentía enormemente fatigado. No obstante, cuando se dirigía despacio desde la estación hacia su casa envuelto en la oscuridad, se dio cuenta de que su cabeza estaba más clara y se encontraba en mejores condiciones de estudiar su situación actual.

Últimamente le había preocupado el recuerdo de su cinta magnetofónica hecha añicos bajo los escombros y de la cuerda que había usado para el derrumbamiento del granero, pero pensándolo bien, no creía que aquello fuese un serio peligro ya que, incluso los propios Hennwife, podrían inventarse historias que apartasen la posibilidad de cualquier investigación más profunda.

No, el granero hundido no podía ser problema y el asunto de los criados ahora podría ser resuelto con rapidez y de forma harto sencilla. Petticate estaba deseando poder comunicar a los Hennwife que su esposa llegaba mañana por la mañana. Era lo primero que pensaba hacer en cuanto llegara a casa; luego no añadiría más y crearía en sus sirvientes una atmósfera de incertidumbre que les destrozaría los nervios. Estaba claro, desde luego, que ellos sabían que Petticate había intentado matarlos, pero también sabían que aquello había sido la fatal consecuencia de su insolente y desordenada conducta de los últimos tiempos.

Petticate caminaba alegremente, pero despacio, entretenido en estos pensamientos, cuando al dar la vuelta a la última esquina y enfocar la calle que le llevaba directamente a la puerta de su casa, descubrió una furgoneta estacionada a poca distancia de donde él ahora se encontraba.

Era tarde para que aquella furgoneta perteneciese a algún comerciante y estuviese efectuando todavía el diario reparto de mercancías. Petticate, sobresaltado por un alarmante presentimiento, apretó el paso. A muy pocas yardas de la furgoneta y detrás de ella, se encontraba estacionado un automóvil negro; encima del techo de este último coche Petticate descubrió una inexplicable lucecita azul.

Inexplicable sólo durante un segundo, pues al acercarse más se dio cuenta que aquella lucecita no quería decir otra cosa que «POLICÍA». Ahora comprendía con claridad que la furgoneta pertenecía también a la policía y era de las que en su juventud él había tantas veces llamado la «negra María». Un tremendo temblor invadió su cuerpo, pues no se le había ocurrido pensar en la posibilidad de que la policía le estuviera esperando. Junto a la puerta de entrada a su casa, se veían entre la oscuridad varias figuras de hombres, que sin duda formaban parte de la patrulla y vigilaban la casa. Quería salir huyendo, pero sus piernas eran incapaces de obedecerle. El pánico le agarrotaba los músculos.

No obstante, hizo un esfuerzo e intentó dar media vuelta y huir; no le fue posible, la potente luz de una linterna le cegó momentáneamente al tiempo que una poderosa mano le apretaba el brazo con fuerza.

—Bueno —oyó decir al sargento Bradnack—, supongo que no se esperaba esto y debemos haberle dado un tremendo susto.

Petticate parecía un autómatas cuando fue conducido al vestíbulo de su propia casa. Allí estaban los Hennwife y un elevado número de policías. Petticate los miró con desconfianza; sin duda toda aquella gente había acudido allí para levantar las ruinas del granero y efectuar una completa investigación del caso. Quedaba claro que los Hennwife habían explicado a la policía los planes criminales del coronel.

Petticate permanecía de pie en el centro de la habitación y sin intentar siquiera quitarse el abrigo que llevaba puesto. Hubo un momento de extraño silencio, hasta que él sargento Bradnack lo rompió para hablar:

—Un asunto muy delicado, coronel, ciertamente muy delicado. Tengo rigurosos órdenes del superintendente de hablar lo menos posible. Lamento molestarle, pero a usted como patrón de los detenidos, debemos una explicación.

Petticate no tuvo más remedio que buscar una silla para sentarse. Durante unos segundos vio todo lo que le rodeaba envuelto como en una espesa nube; cuando la nube desapareció o, por lo menos se hizo más tenue, vio perfectamente a los Hennwife situados delante de él. No había duda, algo había pasado y la situación se había agravado de pronto para sus criados, que según todo hacía presumir estaban detenidos.

El sargento Bradnack siguió hablando:

—Un caso de chantaje, señor, siento comunicárselo. Como usted sabe, siempre es un asunto delicado y las víctimas procuran que su nombre no aparezca durante el juicio; incluso muchas veces su acción pone

impedimentos a que la ley les proteja. Esta es la razón, coronel, de que me vea obligado a hablar poco.

El sargento Bradnack había hablado en voz alta, pero de repente, bajó el tono de su voz y acercándose al oído de Petticate dijo:

—El viejo degenerado de *sir* Thomas Glyde, coronel. ¿Usted me comprende? Costumbres deshonestas, verdaderamente muy deshonestas y su apreciada pareja de criados lo sabían y aprovechaban esta circunstancia para hacerle víctima de su chantaje.

—Ya voy comprendiendo —por primera vez desde que la linterna de Bradnack le cegara, el coronel Petticate se había atrevido a hablar. Hizo una breve pausa y continuó—: Nunca hubiera creído eso de ellos. Sí, nunca hubiera pensado eso de ustedes —dijo mirando a sus criados—; me imagino que una repentina tentación se ha apoderado de sus voluntades. Me han proporcionado ustedes un enorme disgusto.

Hennwife pasó su lengua por los resecos labios y dijo dirigiéndose a Petticate:

—Gracias, señor, confío en que usted dará testimonio de nuestra buena conducta. Creo estar seguro de haber siempre hecho lo posible por agradar y dar satisfacción.

—Sí, Hennwife, lo tendré en cuenta, a este respecto no he tenido quejas —respondió Petticate todavía con mirada de abatimiento y volviendo su rostro hacia Bradnack, continuó—: esperemos, sargento, que las acusaciones no aumenten y aparezcan a la luz nuevos cargos. Si se confirma y prueba que se trataba de algo así como chantajistas profesionales pueden salir bastante mal parados; no creo que quince años se los quite nadie.

—Exacto, coronel —respondió el sargento Bradnack que parecía disgustado por el giro de los acontecimientos—; nos interesará mucho averiguar si han hecho o intentado hacer chantaje con alguna otra persona, por ejemplo, con usted mismo, Petticate.

El sargento hizo tras aquellas palabras una pausa, como si de pronto se hubiese dado cuenta de que su frase no había estado acertada y prosiguió:

—No exactamente un chantaje, desde luego, porque si no existe una causa para hacer chantaje éste no puede producirse, pero si cualquier otro tipo de anormalidad, desaparición de objetos de valor...

Petticate movió la cabeza.

—No, no; en lo que a mi servicio respecta, ambos son intachables; ahora bien, sargento Bradnack, creo que lo mejor que puede usted hacer es llevárselos de aquí y terminar con esta desagradable situación.

Miró luego de forma extraña a los Hennwife al tiempo que decía:

—Me alegro que esto no haya ocurrido tras el regreso de la señora Petticate mañana por la mañana, Le hubiéramos proporcionado un gran disgusto y siendo el primer día que estará a mi lado tras su larga ausencia, habría sido una verdadera lástima. Buenas noches, señores.

La señora Hennwife no dijo nada, mientras su esposo ofreció al coronel Petticate la expresión de agradecimiento que acostumbraba a emplear antes de retirarse de su presencia. Rodeados de policías y sin que Hennwife abandonase por un momento sus modales profesionales, salieron del vestíbulo por la puerta central de la casa.

Petticate les vio salir y vio salir también al sargento Bradnack y a todos sus subordinados. Cerró las puertas de su casa y con una leve sonrisa dibujándosele en su rostro, subió lentamente las escaleras y se dirigió a su habitación.

Apenas tuvo tiempo de quitarse la ropa y tumbarse en la cama, cuando un profundo sueño le invadió.

CAPÍTULO VI

Por algunas horas Petticate se olvidó de todo y disfrutó de aquel olvido, si es que el olvido puede disfrutarse. Fue entonces cuando su mente se vio sumida en extraños sueños.

Soñó que estaba en el yate con Sonia, la auténtica Sonia, y que acababan de tener un altercado. No había sido una pelea como las que en realidad siempre había tenido con su esposa, caras largas un día y olvido al siguiente, no, aquella discusión había sido mucho más fuerte y era de las que podía acarrear una fatal decisión por cualquiera de las dos partes afectadas.

De pronto en el sueño, una poderosa llama envolvió a Petticate y comprendió que la idea de asesinar a Sonia acababa de apoderarse de él. No pudo darse cuenta de cómo lo había hecho, pero descubrió que el cuerpo de Sonia yacía sobre la cubierta del yate, rígido y sin vida. Petticate lo levantó en sus brazos y sin detenerse a pensar lo lanzó por la borda. Escuchó el ruido que al chocar contra el agua produjo aquel cuerpo sin vida y dirigió tranquilamente sus pasos hacia la parte opuesta del yate.

Una súbita aparición paralizó sus músculos. Sonia acababa de subir a bordo, trepando desde el agua. Pero esta vez no era Sonia Wayward sino la falsa Sonia, Susie Smith. Susie salía del agua y sin embargo sus ceñidos vestidos aparecían completamente secos. A Petticate, no le sorprendió que sus vestidos estuviesen secos pues por una extraña asociación de ideas, recordó haber visto películas en las que las actrices, tras sumergirse en el agua y salir a flote, aparecen por una misteriosa razón con sus vestidos completamente secos.

Petticate, asaltado por la necesidad de matar, se propuso acabar también con la falsa Sonia y agarrando un arpón que apareció a su lado se dirigió corriendo hacia Susie Smith. El arpón atravesó el cuerpo de la mujer y a Petticate no le fue difícil lanzarlo al agua como antes lo había hecho con el de Sonia.

El coronel desde la borda vio cómo el cuerpo de Susie se hundía lentamente, tan lentamente como suelen hacerlo siempre los cuerpos sin vida y se sobrecogió ante el impenetrable silencio que ahora le rodeaba. Pero aquel silencio no había de durar mucho. En efecto, detrás de él, dentro del camarote, alguien tecleaba en la máquina de escribir. Corrió como un loco para

cerciorarse de que sus oídos no le engañaban y descubrió, horrorizado, pero ya sin demasiada sorpresa, que Sonia, la auténtica, había llenado la cabina de hojas mecanografiadas y seguía escribiendo sin cesar.

Petticate pensó que verdaderamente era una lástima que todo aquello se perdiera, pues Sonia chorreaba agua por sus cuatro costados y el camarote se estaba convirtiendo en una verdadera piscina en la que flotaban todas las hojas que iban saliendo de la máquina de Sonia. Su sueño fue haciéndose cada vez más confuso y finalmente la pareció ver el granero hundiéndose y arrastrando entre sus ruinas a ambas Sonias.

Al hundirse el granero produjo un ruido intenso que provocó en Petticate el que se despertara sobresaltado. El ruido provenía de la puerta central que alguien golpeaba con decisión.

Susie Smith esperaba delante de la puerta cuando oyó que alguien abría una ventana sobre su cabeza.

—Hola —gritó—, ¿pero estás ahí? Estaba empezando a pensar que la casa se había quedado deshabitada. ¡Vamos, ven, baja a recibirme!

Por unos momentos, Petticate miró a la mujer con estupefacción; cuando atravesaba su habitación caminando hacia la ventana, estaba convencido de que era medianoche y ahora al sacar su cabeza al exterior había descubierto que el sol lucía muy alto en el horizonte de un hermoso día otoñal. Por primera vez, desde hacía muchos años, había estado durmiendo hasta cerca del mediodía.

Susie estaba rodeada por todas partes de maletas y cajas de sombreros y de trajes. Sin duda acababa de despedir al taxi que la había transportado hasta allí. Petticate, al ver tanto equipaje, no pudo menos de dedicar un recuerdo a su talonario de cheques. Él sabía lo que le costaba todo aquello.

—Hola —dijo, usando una expresión de saludo que no era normal en él ante la imposibilidad momentánea de encontrar otra mejor.

—No pareces muy contento de verme —replicó Susie fingiendo estar enfadada, pero con el mismo tono meloso de siempre—, venga, baja y ábreme la puerta, no querrás que trepe como en una historia de Romeo y Julieta vuelta al revés, eso no quedaría bien en un viejo matrimonio como nosotros.

—Bajo en un minuto —exclamó Petticate al tiempo que se dirigía hacia el lavabo; no tuvo necesidad de vestirse demasiado, pues llevaba puestos los pantalones que la rapidez con la que la noche anterior había caído en la cama le había impedido quitarse.

Quiso darse aunque sólo fuera una pasada con la máquina eléctrica de afeitar, pero afeitarse rápido no resulta fácil y además la tortuosa noche que

los sueños le habían hecho pasar, a pesar de haberle proporcionado cierto descanso habían dejado cierto desequilibrio en sus nervios que ahora, al ver temblar su mano, acusaba. Por otra parte, no le hacía mucha ilusión ver de nuevo a la substituta de su esposa, en realidad le hubiese agradado más ver aparecer a la verdadera Sonia. La situación no era de momento todo lo clara que a él le hubiera gustado y sin duda le esperaban todavía muy malos ratos.

Al atravesar la casa en dirección a la puerta de entrada, a Petticate, se le antojó más fría y vacía que nunca, todo estaba todavía en el mismo desorden en que había quedado tras la retirada de la policía y sus detenidos, los Hennwife. Abrió la puerta y se encontró frente a Susie que le aguardaba impaciente.

—¿He hecho bien, verdad? —preguntó— he venido en el tren de las diez y cinco y ¿a qué no sabes quién me ha acompañado durante el viaje?

Petticate sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. Susie hablaba alegremente y en un tono de verdadera sinceridad. El coronel la miraba intentando completar la impresión que de ella había sacado el día anterior.

—Pues no, no tengo idea —respondió—. ¿Quién ha sido tu compañero de viaje?

—Nuestra querida Augusta.

—¿Augusta? —preguntó Petticate con gesto estúpido—. ¿Quién es Augusta?

—Augusta Gotlop, nuestra querida biógrafa.

El coronel Petticate respiró profundamente; no cabía duda de que Susie Smith era algo así como una auténtica artista. Sólo de esta manera podía haber logrado resolver la difícil papeleta del día anterior en el Fortnum's y sin duda la más difícil de su viaje en tren en compañía de la señora Gotlop. Ocasiones tendría en las que debería echar mano de aquellas excepcionales condiciones, de eso Petticate estaba seguro y a pesar de comprobar que Susie era la mujer indicada —dejando aparte su fabuloso parecido con Sonia— para encarnar aquel difícil papel, no podía por menos que sentirse alarmado y desear que los acontecimientos pasasen lo más rápidamente posible.

—Bien —dijo por fin— será mejor que entremos; voy a echarte una mano para subir tus maletas.

—¿Y los criados? —preguntó Susie—. ¿Dónde se han metido? Ya deberían estar aquí para ayudarnos a subir todo esto.

Y tras aquellas palabras miró por detrás de Petticate al vacío y desordenado vestíbulo. Su rostro denotaba evidente sorpresa.

—No podrán ayudarte nuestros criados porque ya no están aquí.

—¿Ya no están en casa? Bueno, supongo que nosotros también podremos subir este equipaje; de todas formas, si lo hubiera sabido, hubiese dicho al taxista que se esperase y nos hubiera ayudado él. Las maletas son muy pesadas. ¿No tienes chofer?

—No, conduzco yo mismo; siempre me ha gustado hacerlo así.

—Me parece, que sería una buena idea qué tomases los servicios de un chofer, desde luego un chofer muy activo; Augusta tiene uno. De todas formas, llama al jardinero y él podrá ayudarnos.

—No hay en casa ningún jardinero; tengo uno pero viene solamente tres días a la semana y hoy no le toca venir, es uno de sus días libres.

A Petticate le estaba poniendo de mal humor aquella conversación y por otra parte, cada vez se sentía más alarmado al ver el inmenso equipaje que Susie había traído consigo. Estaban entrando cajas y maletas y parecía que no iban a terminar nunca. Susie parecía disfrutar en aquel trabajo de acarreo de sus vestidos y no dejaba de sonreír.

—Si acaso podríamos llamar a alguien del pueblo para que nos ayudara y viniese a echarnos una mano y limpiar y arreglar un poco la casa. No esperaba encontrarme con la sorpresa de que los criados ya no estaban en la casa.

Susie hizo una breve pausa y como si de pronto hubiese recordado algo, preguntó:

—¿Y qué hay acerca del chantaje de los criados? ¿Supongo que no se habrán ido por temor a que los delataras?

—Los Hennwife están detenidos por haber hecho chantaje, pero esta vez el chantaje no ha tenido nada que ver conmigo.

—Ah, ya comprendo y por eso ahora ellos no se atreverán a hablar nada de ti para no aumentar los posibles cargos que se les imputen.

—Exacto, ya tienen bastante con los que ahora les pueda caer. El chantaje está muy castigado y ambos quedarán clasificados como criminales.

—Bueno, querido, una dificultad que se nos ha resuelto por sí sola. Ahora voy a dar un vistazo a mi habitación y luego prepararemos algo para comer. Supongo que en la fresquera encontraremos alguna cosa.

—Por lo menos —respondió Petticate— estoy seguro de que estará el pescado para Ambrose.

Luego tomó una maleta en cada mano y comenzó a subir las escaleras al tiempo que añadía riendo:

—Desde luego tenemos que comer algo, pero nos espera en la casa un trabajo arduo. Los Hennwife ya no están aquí y debemos felicitarlos por esta

circunstancia, pero los condenados podían haber dejado la casa en mejores condiciones.

Susie Smith siguió detrás de él llevando también un par de maletas.

Al ilegal a arriba. Petticate, dudó unos momentos. Los Hennwife que eran los únicos que sabían cuál era la habitación de Sonia ya no estaban en casa.

Petticate creyó que no había razón que impidiera acomodar a Susie en una habitación cualquiera, alejada de la suya propia. Los vestidos que Susie se había comprado, incluso la ropa interior, eran decorosos. Pero Petticate que recordaba el modelo de Rubens que había visto el día anterior sobre la cama de la vieja casa de Oxford, no creyó oportuno colocarla en una habitación separada tan sólo por una débil pared y comunicada por una puerta interior con la suya propia.

—Desde luego, quiero la habitación de Sonia, no podría desenvolverme en ninguna otra. La comedia debe ser perfecta y si no se cuidan todos los detalles no hay perfección posible —dijo Susie como presintiendo los pensamientos que en aquellos momentos cruzaban la mente de Petticate.

Este no supo qué responder, pero resignadamente encaminó sus pasos hacia la verdadera habitación de Sonia. Abrió la puerta y señalando al interior, dijo:

—Esta es; desde luego, tienes tu baño particular detrás de esta puerta y aquella otra no se usa. Está cerrada.

Susie no se preocupaba demasiado de lo que Petticate le estaba diciendo y observaba atentamente todos los detalles de la habitación. Se acercó a la cama y se tumbó tranquilamente sobre la colcha, dando tres o cuatro vueltas y colocándose en distintas posturas, Petticate que no estaba acostumbrado a reacciones de este tipo, creyó por un momento que aquello que estaba haciendo Susie era un acto provocativo, pero pronto se dio cuenta de que Susie no pensaba en él. Ella miraba solamente de estudiar con cariñoso cuidado todos y cada uno de los aspectos de su habitación.

—Muy bien, me parece muy bien —dijo la muchacha—, incluso me recuerda un poco mi habitación de Eastmoor. Road; sólo me falta haberme traído a los chicos.

—¿Qué chicos? —preguntó confundido Petticate que ya creía que los incontrolados amores de Susie habían dado frutos que él todavía ignoraba.

—Me refiero a los niños de Persephone, Marcos y Dominica, tal vez algún día les invite a que me vengán a ver; son encantadores. No creas que yo no he conocido la felicidad, con estos dos pequeños he pasado horas maravillosas.

—Estoy seguro de ello.

—Bien —siguió diciendo Susie cambiando esta vez de tema—. Es lástima que en este paño de pared no se haya abierto una ventana, aquí podía haber un mirador estupendo sobre el jardín; incluso podrían colocarse tiestos con plantas y quedaría delicioso. No te tomes a mal que te haga estas observaciones, digo lo que pienso.

—Muchas gracias, Susie. Ahora lo que debemos hacer es acabar de subir las maletas e intentar encontrar algo que comer.

—Perfecto, querido —dijo Susie que se había quitado los zapatos y retorció sus piernas en posturas y gestos que a Petticate también se le antojaban provocativos—; creo que yo traigo alguna media botella de Hock y si es así, estamos salvados; la ponemos quince minutos en la parte fría del refrigerador y estará riquísima. Seguro que debo traer alguna media botella, no creo habérmelas olvidado.

La señora Smith se olvidaba muy poco de las cosas y aprendía, aprendía sin cesar. Después de haberse bebido la botella de Hock, no fue posible encontrar medias botellas porque todo eran botellas enteras. A Susie le quedaban muy pocas cosas por saber acerca de los asuntos de su putativo esposo. Petticate admiraba la inteligencia y rapidez de asimilación de aquella mujer pero con la intención de no provocar confusiones o posibles malentendidos, procuraba darle solamente las instrucciones justas para el buen cometido de su difícil papel.

Realmente aquella señorita Smith que ahora se disponía a vivir con él en su propia casa, encarnando la personalidad de su desaparecida esposa Sonia, era bien distinta a aquella otra señorita Smith que tiempo atrás encontrara en el coche restaurante de un ferrocarril. Sus vestidos, sus charlas con Petticate y sus primeros difíciles encuentros con la «sociedad» la estaban cambiando; incluso sus costumbres iban transformándose. Era una mujer simpática, de más afabilidad que la propia Sonia y sus primeros éxitos la habían llenado de confianza que aseguraba con mayor firmeza la posibilidad de futuros éxitos. Petticate se daba cuenta, cada vez con mayor claridad, que el día que la señorita Susie desapareciera para siempre de su lado, habría perdido una ayuda de inapreciable valor.

Susie quería asegurarse cuanto antes de una serie de detalles que todavía ignoraba.

—Acerca de ese San Giorgio —preguntó—; ¿había estado Sonia alguna vez allí?

—Nunca, por lo menos conmigo, aunque no me extrañaría que hubiera ido ella sola alguna vez.

—Bueno, no creo que eso sea demasiado serio. ¿Qué idioma se habla en San Giorgio?

—¿En San Giorgio? ¡Italiano, naturalmente!

—Ah, ¿está en Italia? Ya estuve allí en una ocasión diez días viajando en autocar. ¿Hablaba Sonia el italiano?

—Sí, un poco; las palabras más corrientes.

—¿Con buena pronunciación?

—No, muy mala —se apresuró a contestar Petticate que presumía de hablar la lengua de Toscana mejor que un romano pudiera hacerlo.

—Bien —dijo Susie— yo también conozco unas cuantas frases y puedo hablarlas con mi mal acento. Además, no creo que sea necesario estar mucho tiempo en San Giorgio, podemos ir en avión y llegar allí en el momento en que comience el acto, al día siguiente nos inventaremos una cita en París y esa cita nos obligará a salir precipitadamente del principado. ¡Viejo Parea!^[3]

Petticate frunció el ceño.

—No emplees esa palabra, Susie, es de una vulgaridad inaceptable y no intentes inventar citas en París.

Susie parecía muy divertida cuando replicó:

—No creas que digo tonterías. Puedo conquistar, por ejemplo a *lady* Edward para hacer una escapada juntas a París. Siempre les es agradable a las mujeres una visita a esta ciudad y esa escapada puede ser exactamente al día siguiente de nuestra llegada a San Giorgio, ¿no lo crees interesante?

—Pues, no puedo negar que la idea sea interesante dijo Petticate pensando una vez más que Susie era una mujer con vista y capaz de planear sabiamente la solución a las difíciles situaciones con las que en el próximo futuro deberían enfrentarse.

Cuando él había escrito «El deseo de la juventud», lo había hecho rodeado de amenazas y peligros por todas partes y alternando su escritura con innumerables situaciones de alarma que habían amenazado una y mil veces acabar con él. Pero había luchado y sobrevivido a todos aquellos sinsabores y ahora había descubierto a una mujer todavía casi desconocida que le estaba dando el empujón definitivo de su salvación.

—¿Y qué hay de Gialletti? —siguió preguntando Susie—. Es otro asunto que hay que estudiar, pues me preocupa seriamente.

—Tú crees que es peligroso —replicó Petticate sorprendido por el punto de vista de ella—, en realidad no creo que nunca haya llegado a conocer a Sonia demasiado bien, pues habla de ella en un disparatado tono de alabanza que no creo justo. Todo lo que deberás hacer será sentarte en un trono o como se llame lo que haya en su estudio y esperar a que él termine su obra; no creo que tengas que hablar mucho.

Susie meneó la cabeza.

—Sí, ciertamente, también yo creo que mi labor no es tan difícil como podría creerse delante de Gialletti; estoy convencida que lo único que a él le gusta de Sonia es mirarla de una manera ideal y poco detallista, casi espiritual. Los artistas son una gente extraña y su mirada es distinta a la de cualquier otro tipo de hombres. Los conozco bien, yo también he posado.

—¿Has posado? —preguntó Petticate confundido.

—Sí, querido, también he sido modelo; y todos los pintores, he posado muchas veces, han coincidido en sus apreciaciones sintiéndose atraídos hacia mí por la forma, te hablo completamente en serio, de mi ombligo, que según parece es algo poco corriente y de una extraña perfección. Cualquier día te lo enseñaré.

Susie hizo una pausa, sonriendo ante el alarmado gesto de Petticate.

—Sí, querido, ninguno se ha interesado por el resto de mi cuerpo, solo les ha interesado a todos mi extraordinario ombligo y puedes estar seguro que Gialletti solo ha sentido la tentación de mirar o imaginarse a Sonia rodeada de una extraña nube de espiritualidad sin interesarle saber cómo hablaba o cómo era en realidad. Creo que no me creará demasiadas dificultades.

Petticate guardó silencio unos momentos recordando que a Gialletti le había oído hablar en la reunión de la señora Gotlop de las maravillosas sienes de Sonia y que sin duda eran aquellas sienes el punto débil del afamado escultor. Quizás él fuera capaz de distinguir las sienes de Sonia de las de cualquier otro ser humano. Sería una tragedia si se daba cuenta de que las sienes de Susie eran completamente diferentes.

—Sí —añadió a las frases de Susie sin demasiada convicción—; yo también opino así. Creo que el desmedido interés demostrado últimamente por Sonia, era sólo debido a su proyecto de hacer un busto de ella en un futuro muy próximo.

—Sin duda alguna. ¿Y sabes cuánto tiempo suele emplear en sus obras?

—Trabajando continuamente, es decir todos los días, tengo entendido que suele emplear una semana.

Susie meditó el plan que le parecía más recomendable con una sobriedad que hasta entonces no había mostrado.

—Creo, querido, que lo mejor que podríamos hacer sería adelantarnos a los acontecimientos y presentarnos mañana en casa del artista, tocar el timbre y esperar a que nos abrieran. Sería una sorpresa de efecto psicológico muy importante, creo que podemos intentarlo...

—Si —respondió Petticate maquinalmente— podemos intentarlo.

—Iremos directamente en coche —añadió Susie que definitivamente se había hecho cargo de la dirección de los asuntos de Petticate— ¿qué tipo de coche tienes, querido?

Petticate nombró la más respetable marca que había suplido con eficiencia sus necesidades durante muchos años, pero Susie meneando la cabeza replicó:

—Creo, coronel, que deberíamos ir pensando en adquirir un Aston-Martin. Un coche así siempre hace quedar bien.

CAPÍTULO VII

La casa de Gialletti en Chelsea miraba hacia el río del lado de Battersea Park. La soñolienta mañana de otoño que escogieron Susie y Petticate para llegar a la casa, parecía envolverla con un invisible halo de mágica tranquilidad. Las ventanas aparecían cerradas y la mansión aparentaba estar deshabitada.

—Tal vez hayan salido —dijo Susie de pie junto a la puerta de entrada.

Por primera vez desde que Petticate le había conocido aquella mujer acusaba síntomas de nervosismo; había algo que perceptiblemente le ponía nerviosa. Sabía perfectamente que si Susie se ponía nerviosa el juego podía venirse abajo y considerarse irremisiblemente perdido y mirándola no era difícil descubrir en ella la existencia de aquel hasta entonces desconocido estado de nervios. Muchas otras actrices antes que Susie Smith, tras haber realizado actuaciones sensacionales se han visto incomprensiblemente asaltadas por los nervios y han acabado fracasando. No obstante, Petticate, pensó que el nervosismo que se había apoderado de Susie era una muestra más de su inteligencia, pues demostraba claramente que no actuaba de forma insensata y sabía que su entrevista con Gialletti era la prueba más difícil, a pesar de lo que hubiesen hablado acerca de ello, por la que tendría que pasar.

—Prueba a llamar otra vez —replicó él—, tal vez Gialletti esté solo en casa y se encuentre trabajando en su estudio en situación difícil para oírnos.

Susie pulsó de nuevo el timbre. Pasaron unos segundos y la puerta no se abrió, pero de pronto una de las ventanas de la parte alta de la fachada se abrió con violencia y una mujer que parecía indignada preguntó chillonamente:

—*Ha lei chiamati?*

—Ciertamente, hemos llamado —contestó Petticate a quien la pregunta de la mujer le parecía superflua y antojándosele ridículo comenzar a hablar italiano en una calle de Londres, prosiguió en inglés— ¿está en casa el señor Gialletti?

—*Il signore e partito. Partiremos presto. Viva la liberta!* —contestó la mujer moviendo exageradamente sus brazos y pareciendo también hallarse sumida en gran excitación.

—¿No hay nadie en casa?

—*La scala secondaria* —contestó la airada mujer señalando al mismo tiempo de forma poco concreta hacia un lugar de debajo de su ventana.

—¡Qué mujer más incivil! —exclamó Petticate disgustado.

—Es italiana, ¿no? Tal como está no podemos esperar que nos ayude —dijo Susie con tranquilidad— pero, ¿qué es lo que ahora ha dicho?

—Parece que por aquí abajo debe de haber otra escalera.

—Demos la vuelta, tal vez no nos sea difícil dar con ella; a veces los estudios están situados en establos o caballerizas abandonadas.

Susie Smith tenía razón. Al fondo de la casa se levantaba otro edificio de menor tamaño que sin duda había sido construido para guardar caballos, coches e incluso para vivienda de los propios cocheros años atrás, cuando el nombre Gialletti todavía no había sobrepasado las fronteras de la fama.

—Eso debe ser —dijo Petticate, señalando al edificio que acababan de descubrir.

—Supongo —dijo Susie— que nos será difícil dar con la escalera que nos conduzca al piso superior en donde me imagino que Gialletti debe tener su estudio.

Plegaron a una puerta que era sin duda la que daba a la escalera de la que la mujer les había hablado. La puerta estaba cerrada, pero en el centro de la misma aparecía un pequeño letrero en el que se leía: Gialletti. No cabía duda, aquello era lo que buscaban. Petticate sin esperar llamó con los nudillos. Pasaron unos minutos y nadie bajó a abrir la puerta. Petticate exclamó:

—¡Entremos! Tal vez desde dentro no pueden oírnos.

Empujó la puerta que no estaba cerrada con llave y no desembocaron a una escalera sino a una galería abierta al fondo de la cual se veía un amplio estudio iluminado por una débil luz que se filtraba a través de las cortinas corridas que tapaban todas las ventanas. Los cortinajes y alfombras abundaban en el estudio y daban al mismo tiempo una notable apariencia lujosa. Por todas partes aparecían cajas y embalajes y la primera sensación que se experimentaba, era la de que estaba todo preparado para llevarse de allí. Sólo quedaban abandonados —por lo menos era lo único que no había sido empaquetado— varios grandes trozos de mármol blanco que todavía sin forma parecían figuras geológicas, icebergs quizás, que hubiesen aparecido de pronto en el suelo del estudio.

Petticate tenía su mirada puesta en aquellas frías masas marmóreas cuando se oyó un ruido en la galería y apareció frente a ellos un muchacho joven de porte atlético. Su cuerpo casi enteramente desnudo se cubría sólo por unos pequeños pantalones deportivos. Petticate y Susie, pudieron admirar su

torso bronceado y sus miembros musculosos recubiertos por una fina y delicada piel.

—¡Hola! —exclamó Susie—, ¿podíamos entrar?

—¡Cómo no, señora Petticate, qué tontería! —el joven miró luego al marido de la señora Petticate y sin titubear ni un segundo, prosiguió—: Buenos días, señor, usted no me conoce pero yo soy Timmy Gialletti. Me alegro muchísimo de tener ocasión de conocerle, acompáñenme, por favor.

Bajaron por una escalera que era sin duda a la que se había referido la mujer chillona y mientras lo hacían Petticate se dio cuenta que se había metido de lleno en el mundo de «El deseo de la juventud». Había olvidado por completo la existencia de aquel joven Timmy Gialletti, que sin duda había conocido a Sonia cuando ésta estaba haciéndole el estudio necesario para convertirle en personaje de su novela.

—Lamento que me hayan encontrado así, pero ocurre que cuando trabajo suelo hacerlo de esta manera.

Al decir esto, Timmy sonrió amablemente ofreciendo al mismo tiempo a Susie una silla para que se sentara. Luego prosiguió:

—Es la única forma de combatir el calor que se siente cuando se trabaja el mármol. Por cierto, señor Petticate, ¿no le interesan cinco toneladas del más maravilloso mármol de Carrara qué jamás haya visto?

Susie rió sinceramente la broma de Gialletti hijo y dando un cariñoso golpecito en sus desnudos hombros, golpecito que heló la sangre a Petticate, exclamó:

—Tú, Timmy, siempre tan chistoso.

A Petticate le interesaba enfocar cuanto antes la verdadera cuestión que les había llevado allí y todavía simulando una sonrisa, dijo dirigiéndose a Timmy:

—Hemos venido a visitar a tu padre y concretar detalles acerca del busto de mi esposa, supongo que habrás oído hablar de este proyecto.

—Oh, sí, desde luego —Timmy Gialletti pareció perderse un momento y luego prosiguió—: mi padre desea ejecutar ese busto, lo desea con toda su alma. Va a estar —Timmy dudaba como buscando la palabra adecuada—, va a estar desolado al saber que han estado ustedes aquí; pero supongo que ustedes no saben las noticias.

—¿Las noticias? —preguntó Petticate completamente desconcertado. ¿A qué noticias se referiría Timmy al hablar de su padre? ¿Acaso le había ocurrido algún incidente grave?

—Sí, señor Petticate, ha estallado la revolución en San Giorgio; tal vez a usted se le haya pasado por alto la noticia que han publicado los periódicos, desde luego no era muy grande, pero para mi padre es el mayor acontecimiento de su vida; algo por lo que ha luchado durante muchos años.

—¡Es maravilloso! —exclamó Susie en una explosión sincera de fervor republicano anidado tal vez en su pasado anglo-indio.

—Sí —prosiguió Timmy— él había puesto mucho dinero en la empresa, pero ahora está pagando con creces. La pasada noche salió en avión hacia San Giorgio y hoy le seguirán muchos de sus compañeras residentes aquí. Yo no voy, me quedo en Inglaterra, yo ya soy completamente inglés y además voy a casarme muy pronto con una muchacha inglesa.

—Felicidades, Timmy —se apresuró a exclamar Petticate a quién la situación se le antojaba por demás confusa— y supongo que tu padre con su presencia influirá enormemente en el ánimo de los rebeldes y conste que no los llamó así despectivamente.

Timmy Gialletti rió divertido.

—No hay rebeldes, señor. El golpe de estado ha sido un éxito rotundo y no ha habido necesidad de lucha. Mi padre se ha convertido en el hombre fuerte y va a ser nombrado, primer Presidente de San Giorgio.

—¡Fantástico! —exclamó Susie en un nuevo arrebato de entusiasmo—. Supongo que no se olvidará de sus amigos. ¡Cómo nos gustará a Ffolliot y a mí cenar algún día con él en el encantador San Giorgio! ¿No es así, querido?

—¡Oh, ya lo creo! —respondió Petticate que comenzaba a percatarse de que había llegado el momento de evitar que la conversación con Susie se prolongara por más tiempo—; no dudo que las actuales circunstancias impedirán por el momento la realización del busto que a él tanto le ilusionaba.

—Efectivamente —respondió Gialletti, haciendo después una pausa como si por segunda vez intentase encontrar las palabras que debía emplear— pero ocurre una cosa y no deben ustedes pensar que esto sea falta de palabra o que él rompa su promesa, más bien se trata de un acto religioso y en materia de religión hay que transigir. Él tenía hecho un voto y en acción de gracias por la liberación de San Giorgio tras un siglo de tiranía, debe cumplirlo. De ahora en adelante deberá dedicar todas las energías de su vida artística, al colosal monumento conmemorativo dedicado a los héroes de la revolución. Será una obra sin precedentes, todo en mármol. Espero poder ir en breve a echarle una mano.

—Bien —replicó Susie con un gesto de resignación—, he sufrido una gran desilusión, pues no creí que Gialletti pudiera hacerme eso. ¡Qué le

vamos a hacer!... ¡Fastidiarse!

Los Petticate, como era natural llamarles, se pusieron en marcha hacia Snigg's Green en silencio. Sus pensamientos caminaban por distintos senderos y acusaban la forma de proceder de dos temperamentos tan diferentes como eran los suyos entre sí.

Petticate se alegraba del rumbo que inesperadamente habían tomado los acontecimientos para el escultor Gialletti, mientras que Susie tenía un verdadero disgusto por la desilusión que acababa de sufrir. Petticate era un hombre prudente que no gustaba de buscar los peligros sin necesidad; en cambio. Susie, con espíritu de artista creía que se había frustrado su mejor oportunidad de lucimiento y le disgustaba que su busto no pudiese aparecer en público el día de la entrega del premio de la Academia Minerva.

De todas formas Petticate tampoco estaba satisfecho del todo. La parecía un poco rara la forma en que todos sus problemas se le iban resolviendo y temía que de un momento a otro pudiera surgir lo inesperado, el problema al que no se le había ocurrido prestar atención y todo su tinglado se viniese estrepitosamente abajo. Los Hennwife, su principal amenaza, habían desaparecido de su presencia prácticamente sin su intervención y sin tener necesidad de enfrentarlos con la falsa señora Petticate y ahora había ocurrido lo mismo con Gialletti. No había duda de que los horizontes de Petticate iban apareciendo cada vez más despejados y sin embargo, por alguna razón que le era imposible precisar, el coronel no se sentía enteramente feliz.

Comieron en Oxford y Susie aprovechó la oportunidad para visitar a Marcos y Dominica; los quería mucho y a menudo hablaba de ellos como si fueran parte de un pasado que recordaba con nostalgia. Petticate prefirió no acompañarla pues no quería ver a los padres de los pequeños que sin duda se extrañarían del súbito cambio sufrido en el modo de vida de Susie Smith y a los que la falsa Sonia querría dar alguna explicación contándoles que cuando la comedia finalizase regresaría con quinientas libras limpias en su bolso. Petticate quedó en el restaurante fumándose un cigarro puro y sin poder dejar de pensar ni un solo momento en la aventura que estaba corriendo y que parecía destinada a finalizar pronto. Al cabo de una hora, Susie regresó junto a su ocasional marido.

A media tarde, a la hora del té, regresaron a casa. Susie se empeñó en parar en el pueblo y entrar un momento en la panadería. Petticate, que la esperaba impacientemente en el coche, pudo verla charlar alegremente con la esposa del panadero. Petticate pensó que Susie se estaba extralimitando en su

papel y lo venía demostrando desde casa de Gialletti. Regresó al coche y poniendo un paquetito de papel sobre el asiento trasero, exclamó:

—Bolos blandos para hoy y mojicones para mañana he comprado.

A Petticate no le hizo aquello ninguna gracia y gruñó malhumorado al tiempo que ponía en marcha el motor.

—Eso te gustará a ti, porque yo no tomo nada con el té fuera de unas cuantas galletas.

—Entonces, ¡espera! —exclamó Susie bajando otra vez del coche y regresando rápidamente con una lata—. Son de Edimburgo —le dijo señalando su nueva compra—, y creo que te gustarán. En cierta ocasión viví en Edimburgo con un delicioso mayor, se llamaba Alex, y también a él de gustaban con locura.

Petticate no quiso hacer ningún comentario a aquel trivial e innecesario recuerdo. Se estaba dando cuenta de que su intranquilidad iba en aumento y negros presentimientos volvían a abatirse sobre él.

Todavía estaba bajo la influencia de sus últimos pensamientos cuando, terminado el té, Petticate decidió descolgar el teléfono y llamar a Wedge. Debía liquidar uno de sus graves problemas y no podía olvidar que Wedge era el editor de sus novelas. Se sentía a disgusto con su nueva mujer, por lo menos en teoría, pero él sabía que Susie Smith le acompañaría por un camino de cara al público que les rodeaba mientras que por el gran camino de la fama, el camino que llevaría de triunfo en triunfo el auténtico nombre de Sonia Wayward, él se bastaría por sí solo en compañía de su máquina de escribir.

—¿Wedge? —dijo Petticate.

—Ah, ¿es usted? —respondió al otro lado Wedge reconociendo la voz del coronel.

Petticate prosiguió en tono cordial:

—¿Sabe que tengo muchas noticias para usted? Sonia está en casa.

—Bien —contestó el editor.

A Petticate le sorprendió que Wedge no hiciese más comentario que aquel y repitió:

—¿Me ha oído lo que le he dicho? Digo que Sonia está en casa.

—Le oigo perfectamente, Petticate, Sonia está en casa. Y bien... ¿qué?

Ahora sí que Petticate estaba realmente alarmado. El tono de voz del editor era completamente distinto al que acostumbraba a usar normalmente.

—Pues que ahora podremos fijar el plan para la entrega del «Rruiseñor de Oro» o como se llame el premio que le ha sido concedido.

Petticate no obtuvo respuesta a su comentario y sólo pudo escuchar un extraño gruñido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó completamente perplejo.

—¿Qué ha sido? —repitió Wedge—. Un rugido de rabia y escuche cómo me castañetean los dientes.

—Pero, ¿qué le ocurre, amigo? —preguntó Petticate que ahora estaba ya seguro de que el estado de Wedge era alarmante.

—¡Nos han engañado, Petticate! ¿Ha oído usted lo de la revolución de San Giorgio? Pues bien, se han terminado los premios. Ya no habrá premios y la Academia Minerva se ha disuelto. Todo ha terminado.

—¡Pero no puede ser! ¡Esto es un ultraje! —exclamó el coronel sinceramente contrariado—. ¿Es posible que esto lo haya hecho el propio Gialletti, nuevo presidente? ¡El que es un apasionado admirador de los libros de Sonia!

—Sí, Petticate, ahora Gialletti se ha olvidado de todo; además sinceramente le diré, que no creo que Gialletti admirase los libros de Sonia, Gialletti es un artista y no admiraba esas cosas. Yo por lo menos, opino así.

Hizo una pausa y prosiguió:

—¿Y, sabe, Petticate, cuántas copias tengo tiradas de «El deseo de la juventud»? ¿Sabe usted o tiene usted noción de lo que voy a perder? No se imagina el dinero que me va a mí a costar la revolución esa de San Giorgio.

Petticate no encontraba palabras adecuadas a las preguntas que el editor acaba de hacerle. Nuevamente las ideas se agolpaban en su cerebro y no estaba seguro de si las últimas noticias que acababa de conocer eran para él, buenas o malas.

Por un lado, aquello representaba una pérdida económica considerable, mientras que por el otro, la anulación del premio significaba la desintegración y completa desaparición del último peligro importante y decididamente el más serio de cuantos podían plantearsele.

—Pero, Wedge —dijo por fin—, ¿qué voy a hacer ahora con Sonia?

—¿Que qué va a hacer? ¡Dios mío! ¡Haga lo que quiera! Envíela o llévesela a las Bermudas o a donde sea; si hemos de juzgarla por su última obra, es preferible que siga escribiendo desde cualquier rincón del mundo que no ahí en el propio Snigg's Green.

Wedge no había bajado el tono airado de su voz cuando prosiguió:

—Vaya y cómprele una isla tropical en donde sea y con su yate preséntese allí una vez al año para retirar los últimos manuscritos. Ya discutiremos nosotros dos el asunto de la escala de comisiones.

Petticate colgó el aparato, salió de su estudio y se dirigió como en sueños hacia el salón. Susie había retirado ya el servicio del té y sentada junto al fuego hacia media.

Petticate la observó unos instantes y comenzó a hablar:

—He llamado a Wedge —dijo—; todo lo del premio de San Giorgio se ha venido abajo. La revolución ha acabado con el premio y la Academia.

—¿Quieres decir que ya no vamos a San Giorgio?

—Exacto, ya no vamos.

—Pero, ¡qué vergüenza! —exclamó con sinceridad Susie—. ¿Cómo es posible que todos los esfuerzos de un escritor, o escritora, por obtener un premio puedan venirse estrepitosamente abajo a causa de una estúpida revolución? ¡Bueno!

Pero eso no debe disgustarnos, ahora mismo voy a organizar una reunión y celebraremos aquí la consecuencia del frustrado galardón.

—¿Una reunión? —preguntó Petticate extrañado.

—Sí, nos tomaremos unas copas con nuestros amigos. Comenzaré por llamar a Augusta a quien estoy segura que le gustará la idea.

—¿Augusta? —siguió preguntando Petticate al que aquel nombre sonaba como el tañido de una enorme campana en su oído.

—Sí, Augusta Gotlop y también a *lady* Edward le gustaría venir. Llamaré a muchos otros será nuestra última fiesta.

El rostro de Petticate adoptó un gesto extremadamente serio y palideció al comenzar a decir:

—Debemos poner punto final.

—Pero antes, hay otra cosa importante; antes de que salga el correo —le interrumpió Susie—, el anuncio en el *Times*.

—¿El anuncio en el *Times*? —preguntó Petticate ignorando completamente a qué se refería.

—Sí, necesitamos cuanto antes volver a tener criados, no podemos recibir a nuestras amistades sin que nos ayuden en el servicio de la casa, querido.

—Supongo que no tendremos demasiados problemas durante los pocos días que nos quedan porque puedes comprender que la comedia está a punto de terminar. Tal como se han desarrollado las cosas, ya no será necesaria tu presencia.

Petticate rió fingidamente y prosiguió:

—Tal como ha ido todo, primero los Hennwife, luego lo de Gialletti y San Giorgio; no hubiera tenido que inventarte, no era necesario.

—Sí, querido, me inventaste y aquí estoy —dijo Susie con una expresión de tristeza basta ahora desconocida por Petticate.

—Sí, desde luego —Petticate ideó una respuesta que pudiese ser genial—, y lo has hecho muy bien y no hay duda de que seguirías haciéndolo bien, estoy seguro; pero ya no es necesario. Hemos llegado al fin y mañana te pagaré las quinientas libras.

Por un momento Susie pareció considerar aquellas palabras con seriedad. Luego tomó nuevamente en sus manos la labor que había comenzado y prosiguió tristemente:

—Desde luego, este era el arreglo, querido; pero yo no quiero dejarte, por lo menos ahora. ¡Me siento tan bien aquí rodeada de cosas tan bellas y confortables con las que yo siempre había soñado!

Susie abandonó por un momento su labor para lanzar una melancólica mirada a las paredes del salón.

—¡Todo es tan agradable y me siento tan feliz aquí! Amo estas habitaciones y la escalera, me gusta mi habitación y me imagino lo hermosa que quedará el día que te decidas a abrirle un ventanal. Estoy enamorada de todos y cada uno de los rincones de la casa, pero lo real, lo decisivo es que no puedo, me es imposible ya separarme de ti.

Susie hizo una nueva pausa, esta vez para mirar con ojos sinceros a Petticate.

—Tal vez tú no puedas comprenderlo —dijo— acaso ni yo misma, pero la verdad es que me tienes hechizada.

Durante el tiempo empleado por Susie para pronunciar aquellas frases, Petticate permaneció en silencio, petrificado, como presintiendo el camino que el destino parecía predestinarle. Finalmente hizo un esfuerzo y preguntó con voz débil:

—¿Tú lo crees así?

—Sí, querido, lo creo así y creo también que tú me necesitas, me esforzaré y te ayudaré, cumpliré tus órdenes. Ffolliot Petticate sin Sonia Wayward, una auténtica Sonia Wayward, en el hogar y a bordo del yate, no podría seguir trabajando y acabaría por fracasar y abandonar el camino que se había trazado y tú no debes fracasar. Comenzarías a deslizarte por una pendiente inclinada y quién sabe si en tu soledad de aquí a un año estarías: hundido en el más lamentable estado anónimo.

Petticate creyó desfallecer. Escuchó en silencio aquellas palabras de Susie y se convenció de que en el fondo sus fatales predicciones encerraban buena parte de verdad. Una verdad ciertamente horrible.

—Tú crees —se atrevió a decir con débil sarcasmo—. ¿Tú serías capaz de ocupar el puesto de Sonia en todo momento? Me imagino que también escribirías sus novelas.

Susie rió alegremente.

—No, querido, conozco quién podrá hacer esto sin ningún esfuerzo extraordinario y aún te diré más, será capaz de escribir dos por año. Y eso a la vista de la sociedad tendrá un mérito enorme y económicamente será un éxito. Ya verás cómo en breve tendremos nuestro Aston-Martin. Y ahora voy a llamar a Augusta.

Susie se levantó y salió de la habitación. Petticate la vio partir y pensó que ya no le quedaba otro camino a seguir que el que aquella mujer apenas conocida, le trazaba. Su destino era inevitable. Aquella muchacha del ferrocarril, la señorita Susie Smith se había convertido en la auténtica ama de su casa y nadie podría negarlo.

Suavemente y sin un intento de protesta contra su destino, Petticate se hundió cómodamente en su sillón. Ahora veía claramente que el resto de su vida, debería transcurrir en más de un sentido a la sombra de aquella maravillosa creación suya: la nueva Sonia Wayward.

F I N



JOHN INNES MACKINTOSH STEWART (Edimburgo, Escocia, 30 de Septiembre de 1906 - Coulson, Londres, Inglaterra, 12 de noviembre de 1994) fue un novelista y académico escocés.

Estudió Literatura Inglesa en el Oriel College de Oxford. En 1929 estudió psicoanálisis en Viena. Fue lector de inglés en la Universidad de Leeds (Yorkshire, Inglaterra) entre 1930 y 1935. Se casó con Margaret Hardwick en 1932, tuvieron 3 hijos y 2 hijas. En 1936 se traslada a Adelaide (Australia) donde continúa su carrera como docente. Durante el viaje escribe su primera novela que publicaría como «Michael Innes», seudónimo que utiliza hasta 1986. En 1945 vuelve a Gran Bretaña y se establece en Belfast hasta 1948.

Entre 1949 y su jubilación en 1973 imparte clases en el Christ Church College de Oxford. En 1954 publica su primera novela con su propio nombre «Mark Lambert's Supper». También publicó estudios críticos sobre la obra de James Joyce, Joseph Conrad, Thomas Love Peacock Rudyard Kipling y Thomas Hardy.

Murió en Surrey, en el sur de Inglaterra, en 1994. Fue uno de los escritores preferidos de Borges y Bioy Casares.

Notas

[1] Blimp: dirigible pequeño. (*N. del T.*) <<

[2] Pronunciación incorrecta. (*N. del T.*) <<

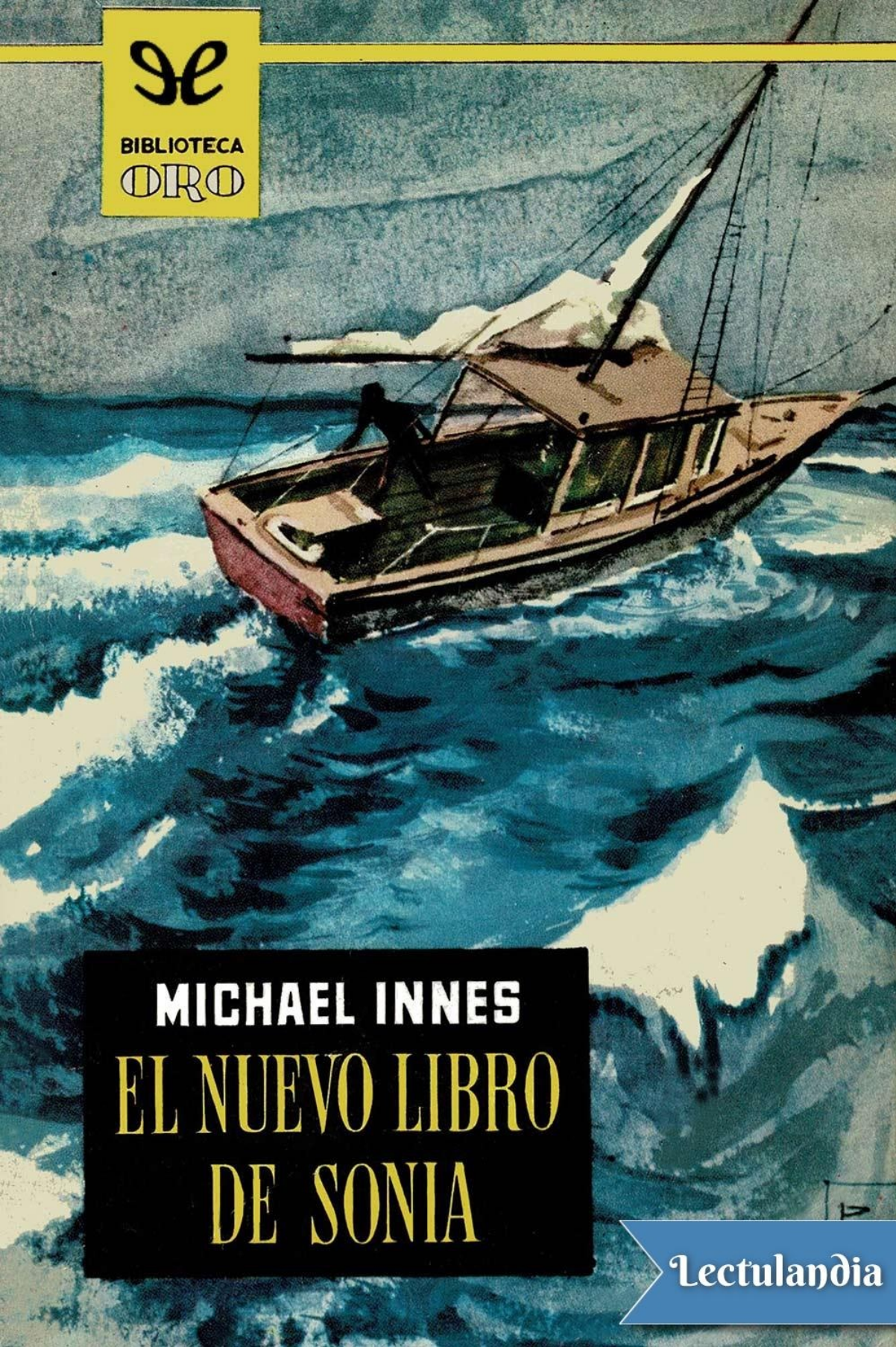
[3] Vulgarísimo inglés de París. (*N. del T.*) <<



se

BIBLIOTECA

ORO



MICHAEL INNES
EL NUEVO LIBRO
DE SONIA

Lectulandia